



Título: Tula y los toltecas en la historiografía mexicana del siglo XVIII al XXI

Autor(es): Pastrana Flores, Gabriel Miguel

Fecha de publicación: 2023

Primera edición electrónica en pdf: 2023

ISBN edición impresa: 978-607-30-8020-0 [Versión impresa]

ISBN de pdf: en trámite

Forma sugerida de citar: Pastrana Flores, Gabriel Miguel.

Tula y los toltecas en la historiografía mexicana del siglo XVIII al XXI. Teoría e Historia de la Historiografía 16. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas, 2023.

<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3400>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

**MIGUEL
PASTRANA FLORES**



**TULA Y LOS
TOLTECAS**
EN LA HISTORIOGRAFÍA
MEXICANA DEL SIGLO
XVIII AL XXI



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

TULA Y LOS TOLTECAS
EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA
DEL SIGLO XVIII AL XXI



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Serie Teoría e Historia de la Historiografía / 16





INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

MIGUEL PASTRANA FLORES

TULA Y LOS TOLTECAS
EN LA HISTORIOGRAFÍA
MEXICANA DEL SIGLO
XVIII AL XXI



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO 2023



Pastrana Flores, Miguel, 1967- , autor.

Tula y los toltecas en la historiografía mexicana del siglo XVIII al XXI / Miguel Pastrana Flores.

Primera edición. | México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2023.

LIBRUNAM 2214589 | ISBN 978-607-30-8020-0

Sitio arqueológico de Tula (Tula de Allende, Hidalgo) -- Historia -- Fuentes. | Toltecas -- Historia -- Fuentes. | Manuscritos mexicanos precolombinos. | México -- Historiografía. LCC F1219.1.T8.P37 2023 | DDC 972.12 --dc23

Primera edición: 2023

D. R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n,
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

ISBN 978-607-30-8020-0

Portada: Rebeca Bautista Gómez

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México



Tula y los toltecas
en la historiografía mexicana del siglo XVIII al XXI

editado por el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM,
se terminó de imprimir el 27 de septiembre de 2023
en Gráfica Premier, Calle 5 de Febrero 2309,
San Jerónimo Chicahualco, 52170, Metepec, Estado de México.

Su composición y formación tipográfica,
en tipo Source Serif de 11:14, 10:13 y 8.5:10 puntos,
estuvo a cargo de F1 Servicios Editoriales.

La edición, en papel Cultural de 90 gramos,
consta de 300 ejemplares
y estuvo al cuidado de Jazmín P. Mejía Sandoval



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Este libro trata de una historia interminable. Su temática tiene unas largas, sinuosas, y complicadas raíces en una antigua mitología, su relato se prolonga y se diversifica en narraciones incontables de muy diversas épocas y lugares, y, además, los mismos lectores de la historia entran luego, sesgadamente, a formar parte de la misma. Tal vez sea imposible, por muy hábil que sea quien escarba, descubrir del todo esas raíces, tan entreveradas como las arenarias, hundidas en el humus mítico.

Carlos García Gual, *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la tabla redonda*



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



*Miguel León-Portilla, Rosa Camelo Arredondo
y Álvaro Matute Aguirre, in memoriam*



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
LUCES Y SOMBRAS DEL PASADO TOLTECA EN EL SIGLO XVIII	
Preámbulo, siglos XVI-XVII	21
Lorenzo Boturini Benaduci (1698-1755)	26
Mariano Fernández de Echeverría y Veitia (1718-1780) ..	32
José Francisco Granados y Gálvez (1743-1794)	39
Francisco Javier Clavigero (1731-1787)	42
José Antonio Heredia y Sarmiento (¿1773?-1809)	47
Para cerrar	49
TULA DEL SIGLO XIX AL XX, ERUDICIÓN, NACIONALISMO	
Y ANTROPOLOGÍA	51
Preámbulo	51
Manuel Orozco y Berra (1816-1881)	53
Alfredo Chavero (1841-1906)	57
David G. Brinton (1837-1899)	62
Eduard Seler (1849-1922)	64
Désiré Charnay (1828-1915)	67
Walter Krickeberg (1885-1962)	70
Para cerrar	74
REPLANTEAMIENTO Y PERSISTENCIA DE LA CUESTIÓN	
TOLTECA	77
Preámbulo	77
Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985)	80
Jorge R. Acosta (ca. 1904-1975)	84
Hugo Moedano Köer (19??-1955)	87
Enrique Juan Palacios (1881-1953)	89
Laurette Séjourné (1911-2003)	91



Paul Kirchhoff (1900-1972)	94
César Augusto Sáenz Vargas (1916-1998)	97
Henry B. Nicholson (1925-2007)	98
Román Piña Chan (1920-2001)	100
Para cerrar	103
 EL SIGNIFICADO CULTURAL DE TULA Y EL ETERNO	
RETORNO DEL MITO	105
Preámbulo	105
Miguel León-Portilla (1926-2019)	106
Nigel Davies (1920-2004)	110
Alfredo López Austin (1938-2021)	113
David Carrasco (1944-)	117
Michel Graulich (1944-2015)	118
Guadalupe Mastache 1942-2004 y Robert H. Cobean (1948-)	122
Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1964-) . .	126
 PARA TERMINAR	 131
 OBRAS CONSULTADAS	 137



LUCES Y SOMBRAS DEL PASADO TOLTECA EN EL SIGLO XVIII

*Siento tener que decepcionarle [...] pero sobre la época que
le apasiona sólo oír leyendas y cuentos de genios y divs.
Esta ciudad los cultiva con delectación.*

Amin Maalouf, *Samarcanda*

Preámbulo, siglos XVI-XVII

Para comprender el panorama historiográfico reinante en la Nueva España al comienzo del siglo XVIII respecto del tema de Tula y los toltecas es necesario atender a lo que, con toda justicia, señaló Julio Le Riverend al afirmar que

La historiografía de México en el siglo XVIII no es un fenómeno cultural más o menos espontáneo; tiene, por el contrario, profundas raíces en el pasado, no menos que en el presente. Puede asegurarse que sus antecedentes se pierden en la penumbra de una vieja tradición precortesiana cuya presencia se advierte hasta nuestros días.¹

En ese sentido es pertinente señalar que a comienzos del siglo XVIII imperaba un desconocimiento generalizado, tanto de los vestigios materiales de las sociedades mesoamericanas que permanecían ocultos bajo tierra o ignorados en diversas colecciones, como de la historiografía y los documentos de los siglos XVI y XVII referidos al pasado indígena. Efectivamente, se había perdido la pista de obras históricas tan importantes como la *Historia general de la cosas*

¹ Julio J. Le Riverend Brusone, “Historiadores de México en el siglo XVIII”, México, tesis de maestría en Historia, El Colegio de México, 1946, p. 1. Agradezco a Tania Ortiz Galicia el facilitarme esta tesis. Un extracto del primer capítulo de este trabajo se publicó como artículo, véase Le Riverend, “Problemas de historiografía”, *Historia Mexicana*, v. 3, n. 1, julio de 1953, p. 52-68.

de Nueva España de fray Bernardino de Sahagún, la *Historia de las Indias e islas de la tierra firme* de fray Diego Durán, la *Historia de la nación chichimeca* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, la llamada *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, así como textos en lengua náhuatl como los *Anales de Cuauhtitlán*, la *Leyenda de los soles*, la *Historia tolteca chichimeca* o “las pinturas de los indios”, como el llamado *Códice Vaticano A*.²

Estas obras prolongaban, recuperaban, transcribían y trasvasaban la antigua tradición mesoamericana acerca de su historia y su cultura, ya fuera a manera de copias actualizadas de viejos códices, como de transcripciones en caracteres latinos de discursos orales, o refundiciones de diversos materiales en nuevos moldes. Las obras de los siglos XVI y XVII fueron los vehículos a través de los cuales la tradición náhuatl sobre su propio pasado tuvo larga vida y continuidad. Si los autores eran indígenas el acceso a la tradición se daba desde el seno del hogar, como es el caso de Hernando de Alvarado Tezozómoc al afirmar que en su obra se registran las antiguas tradiciones

según lo dijieran y asentaran en su relato, y nos lo dibujaran en sus “pergaminos” los que eran viejos y viejas, nuestros abuelos y abuelas, bisabuelos y bisabuelas, nuestros tatarabuelos, nuestros antepasados; aconteció que nos dejaron dicha relación admonitiva, nos la legaron a quienes ahora vivimos, a quienes de ellos procedemos, y nunca se perderá ni olvidará lo que hicieran, lo que asentaron en sus escritos y pinturas.³

² Lo que sigue es un breve resumen del tema, para más detalles véase Miguel Pastrana Flores, “Fuentes para el conocimiento de la religión de los antiguos nahuas”, en *La religión de los pueblos nahuas*, edición de Silvia Limón Olvera, Madrid, Trotta, 2008, p. 73-96; “Historiografía de tradición indígena”, en *Historia general ilustrada del Estado de México*, 6 v., Gobierno del Estado de México/El Colegio Mexiquense, 2011, v. II, p. 55-85; “Una historiografía en busca de historiadores. La historiografía de tradición indígena”, *Historiagenda*, octubre de 2018-marzo de 2019, 4a. época, n. 38, p. 5-13 y “Escritura e imagen de la historia náhuatl. La historiografía de tradición indígena de la conquista”, en *Tenochtitlan. La caída de un imperio*, Eduardo Matos Moctezuma, Miguel Pastrana Flores y Patricia Ledesma Bauchan, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2021, p. 277-290.

³ Hernando de Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, 2a. edición, introducción, paleografía y traducción de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, p. 4-5.

Si se trataba de autores hispanos, estos igualmente recurrieron a la tradición de los ancianos indios, tanto de forma oral como documental. Así lo resume el fraile franciscano autor de la llamada “Historia de los mexicanos por sus pinturas”:

Por los caracteres y escrituras de que usan, y por relación de los viejos de los que en tiempo de su infidelidad eran sacerdotes y papas, y por dicho de los señores y principales á quien se enseñaba la ley y criaban en los templos para que la deprendiesen, juntados ante mí y traídos sus libros y figuras que según lo que demostraban eran antiguas [...] parece...⁴

Debido a estos procesos, las obras historiográficas de tradición indígena recogieron la imagen que del pasado tolteca se habían forjado los autores de sus propias fuentes, la cual se nutría de la tradición náhuatl de resguardo del pasado. En ella Tula era vista como la ciudad ideal de los antiguos mesoamericanos donde todas las maravillas tenían lugar y sus habitantes, los toltecas, se presentaban como la encarnación de las más notables virtudes y habilidades; eran depositarios de grandes conocimientos y creadores de excelsas e incomparables muestras de artes plásticas, todo ello bajo la benevolente mirada de su gobernante, dios, sacerdote y personaje central Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl. Como ejemplo de esta visión idealizada pueden citarse las palabras de fray Bernardino de Sahagún:

Estos primeros pobladores, según lo manifiestan los antiquísimos edificios que agora están muy manifiestos, fueron gente robustísima, sapientísima y belicosísima. Entre otras cosas muy notables que hicieron, edificaron una ciudad fortísima, en tierra opulentísima, de cuya felicidad y riquezas aún en los edificios destruidos de ella hay grandes indicios. A esta ciudad llamaron Tulla, que quiere dezir “lugar de fertilidad y abundancia”, y aún agora se llama así, y es lugar muy ameno y fértil. En esta ciudad reinó muchos años un rey llamado

⁴ “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Juan Bautista Pomar *et al.*, edición e introducción de Joaquín García Icazbalceta, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, cap. I, p. 209.



Quetzalcóatl, gran nigromántico e inventor de la nigromancia, y la dexó a sus descendientes, y hoy día la usan.⁵

Es evidente que el franciscano se hace eco de la idealización del pasado tolteca que le manifestaron sus informantes nahuas del siglo XVI, pues al otorgar veracidad a sus palabras tenía que asumir como propia, por lo menos en parte, la visión grandilocuente de la historia tolteca. En ese mismo sentido deben verse las expresiones consignadas en el siglo XVII por Fernando de Alva Ixtlilxóchitl:

Estos tultecas fueron grandes sabios, filósofos y artífices, como parece en sus historias, porque entendían y conocían los cursos de los cielos con mucha cuenta y razón; usaban de pinturas y caracteres con lo cual tenían pintadas todas las cosas sucedidas desde la creación del mundo hasta sus tiempos; labraban el oro y piedras preciosas; edificaron las mejores ciudades que ha tenido el mundo, como se hecha de ver en las ruinas de ellas, en este pueblo de San Juan Teotihuacan, Cholula, Tula y otras muchas partes; sembraban todas las semillas y legumbres que se han hallado en esta tierra, y era gente vestida y muy diferente de los chichimecos en todo, y eran grandes idólatras y tenían templos y ídolos. Tenían su año solar tan ajustado y con tanta buena cuenta como nosotros lo tenemos, y finalmente, no ha habido en esta tierra nación más política y sabia.⁶

Lo anterior tan sólo por señalar un par de ejemplos dentro de la historiografía de tradición náhuatl, pero la idealización de Tula, los toltecas y lo tolteca no se limita al discurso histórico, pues incluso pasó a los usos del lenguaje, como puede verse en el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina de 1571, donde en la entrada *toltécatl* (a la letra ‘habitante de Tollan’) se registra “oficial de arte mecánica, o maestro”, lo que hoy podríamos designar como un artista. En ese sentido son

⁵ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., edición de Juan Carlos Temprano, Madrid, 1990 (Historia 16), libro VIII, prólogo, v. II, p. 555.

⁶ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Compendio histórico del reino de Texcoco”, en *Obras históricas*, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, 2a. edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 421.

significativas e ilustrativas las acepciones que recoge Gabriel de Rojas en su *Relación de Cholula* de 1585, donde se dice que el topónimo Tollan (a la letra ‘donde abundan los tules o juncos’, ‘el tular’ y de donde deriva el vocablo castellanizado Tula) tiene dos sentidos. El primero “congregación de oficiales de diferentes oficios” y el segundo, “multitud de gente congregada en uno, a similitud del tule”.⁷ En ambos casos se alude la densidad demográfica que implica toda realidad urbana, así como a la concentración de recursos, especialidades económicas y artísticas.

En la tradición náhuatl se presentaban dos imágenes principales de Topiltzin Quetzalcóatl. Por una parte, aparece como un joven guerrero, vengador del asesinato de su padre, conquistador de pueblos y fundador de Tula. Por otra, está la figura de un anciano sacerdote, recluso en palacios prodigiosos, dedicado al culto de los dioses y a la mortificación de su propio cuerpo que se ubica temporalmente durante la caída misma de la ciudad de los toltecas.⁸ Estas dos visiones del mismo personaje han generado toda clase de comentarios, discusiones y propuestas.

Recordemos que la mayor parte de las obras históricas de los siglos XVI y XVII no estaban disponibles en el XVIII. En el mismo sentido debe agregarse que entre las obras publicadas antes del 1700 que refieren a algo de la historia indígena antigua, como algunas *Cartas de relación* de Hernando Cortés, la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara, la *Historia natural y moral de la Indias* del jesuita José de Acosta, la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís y Rivadeneira, el *Theatro mexicano* de fray Agustín de Vetancurt, o las llamadas *Décadas* de Antonio de Herrera y Tordesillas, solamente la monumental y farragosa

⁷ Gabriel de Rojas, “Relación de Cholula”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI, Tlaxcalla*, 2 v., edición de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1984-1985, v. II, p. 128.

⁸ Para el primer caso véase, por ejemplo, los “Anales de Cuauhtitlan”, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, 2a. edición, introducción, traducción y notas de Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, p. 3-68, para el segundo, Sahagún, *Historia general*, libro III.

Monarquía indiana de 1614, del franciscano fray Juan de Torquemada, habla de los toltecas con cierta extensión; debe destacarse que en esta obra su autor reunió y compendió toda la información a la que tuvo acceso. En el tema que nos ocupa el franciscano conoció buena parte de los materiales de su hermano de hábito fray Bernardino de Sahagún, así como textos similares, si no es que los mismos, que sirvieron a Fernando de Alva Ixtlilxóchitl en la redacción de sus obras históricas, además de otros informes y fuentes no identificadas. También debe advertirse que esta obra se convirtió, justamente por su carácter de compendio de otras crónicas e historias, en el principal referente de información sobre el pasado indígena del centro de México por más de dos siglos.

A este panorama de falta de continuidad en el conocimiento de obras historiográficas claves se suma que la historia indígena dejó de ser un tema de interés por mucho tiempo. Si bien en el siglo XVII destaca la figura de Carlos de Sigüenza y Góngora como investigador del pasado indígena, parece que se trata de un caso aislado, además, la mayoría de sus obras permanecieron inéditas y con el tiempo muchas de ellas se perdieron. En este contexto surgieron personajes relevantes que retomaron el tema de la historia indígena antigua y le dieron nuevos rumbos, de ellos comentaremos brevemente las obras de Lorenzo Boturini, Mariano Veitia, José Joaquín Granados y Gálvez, Francisco Javier Clavigero y José Antonio Heredia y Sarmiento.

Lorenzo Boturini Benaduci (1698-1755)

La importancia para la historiografía sobre el México antiguo del caballero Lorenzo Boturini Benaduci⁹ y su *Idea de una nueva historia*

⁹ Sobre la vida y la obra de Boturini véase los trabajos de Miguel León-Portilla, “Estudio preliminar”, en *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, Lorenzo Boturini Benaduci, 3a. edición, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 2007, p. IX-LXIX; Álvaro Matute, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, “Lorenzo Boturini”, en *La creación de una imagen propia. La tradición española*, coordinación de Rosa Camelo y Patricia Escandón, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas,

general de la América septentrional, publicada en Madrid en 1746, reside principalmente en tres méritos. Primero, retomar el tema de la historia indígena desde el relativo olvido en el que había caído, pues desde los trabajos de Sigüenza y Góngora, en el siglo XVII, no se había tocado el asunto. Segundo, el interpretar el pasado indígena a la luz de una filosofía moderna de la historia, el pensamiento de Giambatista Vico, que se alejaba de la interpretación idolátrica y demoníaca de la religión indígena antigua predominante en el mundo hispánico y, tercero, la preocupación por darle un sustento documental. Veamos someramente los dos últimos aspectos en relación con Tula y los toltecas.

Como se sabe, Boturini fue un seguidor del pensamiento del filósofo italiano Giambatista Vico expresado en su libro *Principi d'una scienza nuova intorno alla natura delle nazioni*.¹⁰ Esta obra proporcionó a Boturini elementos para una primera propuesta de estructura de su propia obra, así como claves interpretativas para comprender a las sociedades indígenas y los elementos conceptuales necesarios para plantear un sentido general del desarrollo histórico de los pueblos indios en tres grandes etapas, la de los dioses, la de los héroes y la de los hombres. Como lo dice él mismo: “He repartido la Historia Indiana en tres Edades: La primera, la de los Dioses, la segunda, la de los Heroes: La tercera, la de los Hombres [...] y de esta suerte determiné tratar de sus cosas en dichos tres tiempos, Divino, Heroyco, y Humano”.¹¹ Aunque Boturini no lo menciona en la *Idea de una nueva historia general...*, en el único tomo que escribió de su segundo libro, la *Historia general de la América Septentrional*, hace cumplida referencia y elogio del filósofo italiano:

2012, v. I, p. 481-495; y Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 236-248.

¹⁰ Giambatista Vico, *Principios de una ciencia nueva en torno a una naturaleza común de las naciones*, introducción de Max H. Fisch, traducción y prólogo de José Carner, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

¹¹ Lorenzo Boturini, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional. Fundada sobre material copioso de figuras, Symbolos, Caracteres, y Geroglíficos, Cantares, y Manuscritos de Autores Indios, últimamente descubiertos*, facsímil [1746], palabras preliminares de Ma. Teresa Franco, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, párrafo II, 1, p. 7. Véase Vico, *Principios de una ciencia nueva...*

Juan Bautista Vico, águila y honor inmortal de la deliciosa Pertenope, que por espacio de treinta años sucesivos meditó en la común naturaleza de las naciones gentílicas, labrando un nuevo sistema del derecho natural de las gentes sobre las dos columnas de la Providencia y del libre alvedrío [...] es el único que abre camino para penetrar el espeso bosque de la gentilidad, enseñando cómo el orden de las ideas de los hombres fue correspondiente al que tenían las cosas humanas.¹²

Como lo han señalado varios estudiosos, el manejo de esta filosofía de la historia le permitió a Boturini desprenderse de la interpretación demoníaca de la religión indígena que hasta entonces había imperado en las obras coloniales.¹³ Así pudo pensar la historia indígena en parámetros comparativos con otros pueblos del mundo sin caer en la condena moral por la idolatría. Al respecto es interesante anotar el juicio crítico de Francisco Javier Clavigero: “El sistema de historia que se había formado era demasiado magnífico, y por lo mismo algún tanto fantástico [presuntuoso]”.¹⁴ Con esto quiere señalar la complejidad de la realidad histórica y cultural de los pueblos indígenas respecto de cualquier esquema explicativo que pretenda dar respuesta a todos los aspectos de su devenir.

En lo que toca al manejo de las fuentes hay que ponderar como, desde el subtítulo de la *Idea*, Boturini dejaba en claro la importancia concedida a un apoyo documental sólido para el estudio de la historia indígena, pues afirmaba que estaba *Fundada sobre material copioso de Figuras, Symbolos, Caracteres, y Geroglíficos, Cantares y Manuscritos de Autores Indios, últimamente descubiertos*. De hecho buena parte de sus esfuerzos estuvieron dirigidos a la obtención de libros, manuscritos y códices con los que conformó una copiosa colección a la que dio el nombre de Museo Histórico Indiano, el cual, sostenía “puede servir para ordenar, y escribir la Historia General de aquel

¹² Lorenzo Boturini, *Historia general de la América septentrional*, edición, estudio, notas y apéndice de Manuel Ballesteros Gaibrois, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990, cap. II, 1, p. 18.

¹³ Véase Matute, *Lorenzo Boturini...*, p. 59-60.

¹⁴ Francisco Javier Clavigero, “Noticia de los escritores. Siglo XVIII”, en *Historia antigua de México*, 2a. edición, 4 v., edición y prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1958, ils. (Escritores Mexicanos, 7-10), v. I, p. 23.

Nuevo Mundo, fundada en Monumentos indisputables de los mismos Indios”.¹⁵ Esta última expresión, “monumentos indisputables”, en el sentido que no podían ser puestos en duda deja muy en claro lo que Boturini pensaba acerca de la credibilidad de las fuentes por él reunidas. Es claro que desde su perspectiva su obra estaba sólidamente construida y por eso buscaba constituirse en un modelo para el estudio de las antigüedades indígenas.

Posiblemente Boturini fue el primer autor que se planteó de manera sistemática el problema de compilar fuentes documentales para el estudio del pasado indígena; esto ocurrió, por una parte, porque su lejanía temporal le impedía recabar la información a partir de su propia experiencia, como ocurrió con muchos autores del siglo XVI y, por otra parte, se debió a los nuevos requerimientos críticos que surgían en su época respecto del conocimiento del pasado de los indios.¹⁶

Sin embargo, conviene advertir que —siguiendo el pensamiento de Vico— Boturini consideraba que el lenguaje usado en las fuentes correspondía a las tres diferentes etapas de su devenir, así para el tiempo divino los indios “referían al pueblo la historia antigua con unas Fábulas Divinas, que separaré de las demás de otros tiempos, llamándolas a su lugar adecuado, y explicándolas en el propio sentido de sus Autores, que fueron Poetas Theologos”.¹⁷ De tal modo, esta premisa, según la cual los cambios en el lenguaje correspondían a cada una de las etapas históricas planteadas por Vico, se convertía en un principio metodológico fundamental para estudiar las características sociales y culturales de los indios.

Como es conocido, Boturini fue detenido y luego expulsado de Nueva España por carecer de autorización para entrar y realizar diversas actividades, especialmente la colecta para la coronación de la virgen de Guadalupe, por ello fue remitido a la península ibérica,

¹⁵ Boturini, *Idea de una nueva historia general...*, Catálogo del Museo Histórico Indiano, portada.

¹⁶ Véase Jorge Cañizales Esguerra, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, traducción de Susana Moreno, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

¹⁷ Boturini, *Idea de una nueva historia general...*, párrafo III, 4, p 10. Véase Vico, *Principios de una ciencia nueva*, libro III, p. 179-254.



donde pronto fue rehabilitado e incluso logró que se le distinguiera con el cargo de Cronista en Indias. Aunque alejado en España de sus queridos documentos, poco es lo que pudo aprovechar de ellos para la elaboración de la *Idea de una nueva historia general...*, y para la redacción del primer tomo de su proyectada *Historia general de la América septentrional*, misma que quedó manuscrita y olvidada hasta su publicación en el siglo XX.¹⁸

Al seguir el esquema de Vico de tres edades —la de los dioses, la de los héroes y la histórica—, en la *Idea de una nueva historia general...* don Lorenzo ubica a los toltecas justamente en la transición de la edad heroica a la histórica, que Boturini establece con precisión en el año 660 en que, según ciertos documentos, el astrónomo tolteca Huematzin reunió a los sabios indígenas para elaborar el *Teomoxtl* “Libro divino”, supuesto códice antiguo que compendia toda la sabiduría de los toltecas sobre las leyes, el régimen político, el calendario, también “incluía la filosofía moral” así como los misterios de la religión indígena y, especialmente, refería las principales noticias acerca de su devenir histórico. Por ello en el “año de 660 entró, rigurosamente [sic] hablando, en nuestros Indios la tercera Edad, ó sea el Tiempo Histórico”.¹⁹

Para el caballero italiano, los toltecas representan un pueblo real, autor de grandes aportes culturales, al grado que metafóricamente el gentilicio “*Tultécatl*, quiere decir *Indio Tulteco*, esto es, *Artífice*, y *Sabio*, porque lo eran los de esta nación, pues labraban piedras preciosas, y comunes; edificaban sumptuosos Templos, y Palacios; y texían lienzos tan sutiles de algodón, que podían nuevamente despertar los zelos de Minerva”.²⁰ En esto, recordemos, don Lorenzo seguía la antigua tradición indígena consignada en los textos coloniales que había recuperado en la cual se idealizaba el pasado tolteca y todas sus manifestaciones culturales.

Al representar los avances culturales de los toltecas en tránsito entre la edad heroica y la histórica los documentos atribuidos a ellos

¹⁸ La editó en 1949 Manuel Ballesteros, se reeditó en 1990 por la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹⁹ Boturini, *Idea de una nueva historia general...*, párrafo XXI, 2, p. 140.

²⁰ *Ibidem*, párrafo XIV, 2, p. 77.

eran los únicos que podían iluminar el pasado más remoto de los pueblos indígenas, en especial el difícil tema de su procedencia, pues como dice el caballero italiano, “en una noche tan oscura, en un mar de tantas literarias tormentas, en tantos escollos de dificultades, no hallé otra luz, otra calma, otro puerto, que el de las Historias de los mismos Indios”.²¹ Los vínculos entre los prestigiosos toltecas y los aguerridos mexicas comenzaban por compartir la misma lengua, pues “aunque la que al presente hablan, y hablaron en la Gentilidad los Mexicanos no es suya, sino aprehendida de las otras antecedentes Naciones; y más bien se debía llamar Tulteca”.²² De esta manera, concedía una cierta unidad lingüística y cultural entre los pueblos de raigambre náhuatl del centro de México.

Sin embargo, hay que tener presente que la *Idea de una nueva historia general de la América septentrional* era sólo eso, una idea, un plan general o proyecto, para escribir una extensa historia general, por ello los temas sólo están esbozados en sus líneas principales. De haberlo realizado por completo seguramente su desarrollo hubiera sido muy distinto y es de esperarse que se separara de su modelo en diversos puntos. Una breve muestra de ello es su visión de ciertos aspectos del culto de los pueblos nahuas, pues en la *Idea de una nueva historia general* Boturini ve con simpatía la tradición chichimeca de Tetzoco, “donde floreció en tiempos Gentiles una famosa Universidad de todas las Ciencias, y Letras Humanas, y donde los Señores de la Tierra embiaban a sus Hijos para aprehender lo mas pulido de la Lengua *Náhuatl*, la Poesía, la Filosofía Moral, la Theología Gentilica, la Astronomía, Medicina, y la Historia”, lugar donde gobernaron “Monarcas tan sublimes, y sabios”,²³ como Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, mientras que en el único tomo de la *Historia general de la América septentrional* el italiano se escandaliza ante los ritos sangrientos realizados por los mexicas durante el ciclo anual de fiestas —a tal grado que declara que si el asunto no fuera

²¹ *Ibidem*, párrafo XVI, 11, p. 110.

²² *Ibidem*, Museo Histórico Indiano, Advertencias, 1, p. 95, y agrega: “Es por cierto dicha lengua de exquisito primor, y excede a la Latina en la propiedad de las voces, teniendo unos altos conceptos, y frequentissimas metáforas, que la realzan”.

²³ *Ibidem*, párrafo XXII, 1, p. 142.

indispensable en su esquema de trabajo e interpretación lo “pasaría por alto”— pues “no pocas veces me dio asco, especialmente en la tercera edad [la histórica], en que nuestros indios llegaron al último delirio de sus pretendidas deidades”.²⁴

Así, al seguir la visión idealizada de lo tolteca trazada por Ixtlil-xóchitl, don Lorenzo planteó dos vertientes en el aprovechamiento y fidelidad de la herencia espiritual tolteca. Por una parte, la vertiente tetzcocana, apacible y sabia y, por otra, la vertiente mexicana, guerrera y sanguinaria. Como se verá más adelante, esta idea resurgirá, con diversos matices, en autores posteriores. Aquí conviene señalar que, si bien liberó al pasado indígena de la visión idolátrica cristiana, no por ello era más comprensivo respecto de los puntos más álgidos y polémicos de la cultura indígena.

Mariano Fernández de Echeverría y Veitia (1718-1780)

La *Historia antigua de México* de Mariano Fernández de Echeverría y Veitia²⁵ es un esfuerzo notable de acercamiento al mundo indígena. En su análisis debe tenerse presente que se trata de una obra inconclusa que el autor no pudo poner a punto. Como lo ha hecho notar Tania Ortiz Galicia, la obra de Veitia ha sido editada de manera

²⁴ Boturini, *Historia general...*, párrafo XII, 1, p. 115. Y más adelante agrega: “Todo era crueldad, todo era miedo y espanto; y no hallaba otro refugio su turbada fantasía, sino inventar nuevos cultos y fiestas a los dioses que habían sido de la devoción de sus antepasados, o que ellos fabricaban como de molde cuando se les antojaba”. Boturini, *Historia general...*, cap. XII, 1, p. 117.

²⁵ Sobre la vida y obra de Veitia véase los trabajos de Margarita Alfaro Cutanga, *El caballero don Mariano Fernández de Echeverría y Veitia*, prólogo de Isolda Alfaro, Madrid, Testimonio, 2003; de Tania Ortiz Galicia, “La construcción de la imagen de la Nueva España y la reelaboración de la historia mexicana. Mariano Veitia y la Historia antigua de México”, México, tesis de licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2008, “La conciencia histórica en el siglo XVIII novohispano a través de la obra sobre el México antiguo de Mariano Veitia”, tesis de maestría en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Maestría y Doctorado en Historia, 2014, y “En torno a la ‘totalidad del texto’. Una propuesta de relectura de la Historia antigua de Mariano Veitia”, en *De historiografía y otras pasiones. Homenaje a Rosa Camelo*, coordinación de Álvaro Matute y Evelia Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2016, ils. 167-180.

muy deficiente pues los manuscritos más completos, casi todos de mano del propio autor, permanecen inéditos. Incluso el título de la obra es impreciso, el más probable es el propuesto por Ortiz: *Historia general de la Nueva España*.²⁶ Pero, en tanto se emprende la edición crítica de la obra y se restituye el título, usaré la designación tradicional para evitar confusiones.

Veitia nació en la ciudad de Puebla de los Ángeles, se formó como abogado, viajó a Madrid donde conoció a Boturini durante su estancia en España, el italiano se alojó en la casa del primero y en la amistad que surgió Veitia se interesó por la historia antigua de Nueva España, como lo dice él mismo en el “Discurso preliminar” que debía introducir la *Historia antigua de México*: “regularmente giraba la conversación en los asuntos de esta Historia, con lo que logré aprovecharme de cuanto había trabajado en ella, porque nada me reservaba su amistad”.²⁷ Posteriormente, Boturini encargó a Veitia que le enviara documentos de su *Museo histórico indiano*, encargo que el poblano se preparaba para cumplir cuando supo de la muerte de su mentor y amigo, pues “antes de concluirse las copias, y poderse las remitir, tuve la sensible noticia de haber fallecido”.²⁸ Veitia siempre reconoció su deuda intelectual con Boturini, sobre lo cual escribió:

El caballero Boturini que trabajó muchísimo en la inteligencia y explicación de este calendario [de los indios], a quien debe el público haber sacado de las obscurísimas tinieblas, en que yacían este precioso resto de historia antigua, como la invención de tantos exquisitos y estimables monumentos que recogió a fuerza de imponderables fatigas, y a quien yo me confieso enteramente deudor de las primeras luces e instrucción de los principales puntos de esta Historia.²⁹

²⁶ Ortiz, *La conciencia histórica en el siglo XVIII...*, p. 22-25.

²⁷ Mariano Fernández de Echeverría y Veitia, “Discurso preliminar de la *Historia general de la Nueva España*”, f. 16v, en “La conciencia histórica en el siglo XVIII novohispano a través de la obra sobre el México antiguo de Mariano Veitia”, Tania Ortiz Galicia, tesis de maestría en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Maestría y Doctorado en Historia, 2014, p. 285-315. En tanto se emprende la edición de este “Discurso...”, agradezco a Tania Ortiz Galicia el facilitarme este trabajo.

²⁸ Veitia, “Discurso preliminar...”, f. 17r.

²⁹ Mariano Fernández de Echeverría y Veitia, *Historia antigua de México*, 2 v., México, Editorial del Valle de México, 1979, libro I, cap. v, v. I, p. 57-58.



Aunque debe insistirse que Veitia no siguió las ideas filosóficas del italiano ni su esquema histórico, sino que desarrolló sus propios criterios interpretativos, pues como el mismo aclara: “mas yo muy desigual a Boturini en el talento y erudición, no me propuse otro plan que el de una sencilla narración Histórica, fielmente sacada de documentos antiguos que he recogido, sujetándola en cuanto me fue posible a las Leyes y preceptos, que debe observar un Historiador sincero y imparcial”.³⁰ Así es frecuente encontrar críticas y correcciones puntuales a las ideas de Boturini en el trabajo del poblano, sobre todo en el estudio de los calendarios indígenas, “por los motivos que expongo sinceramente al juicio de los lectores”.³¹ Si bien Veitia no explica con claridad qué entiende por una “sencilla narración histórica”, puede pensarse, por contraste con el planteamiento filosófico seguido por su mentor, que concebía su obra más como una narración lineal y cronológica centrada en acontecimientos y personajes notables que como una discusión o aplicación de categorías universales como las que proponía Vico y retomaba el caballero italiano.

En cuanto a las fuentes usadas por Veitia, el autor resalta tanto la importancia de los documentos recabados por Boturini en su Museo Histórico Indiano, como el análisis filológico, sobre todo de la lengua “mexicana”, sin dejar de lado la experiencia personal del trato con los propios indígenas. Sobre la forma de abordar las fuentes destaca su deuda con Boturini, pues escribió su propia obra “valiéndome de las reglas y advertencias que de él aprendí para discernir lo fabuloso de lo Real, y las noticias ciertas de las inciertas”.³² Aunque en el cuerpo de la obra no se dice explícitamente cuáles eran esas “reglas y advertencias” para la crítica de las fuentes ni como habían de seguirse.

Para Veitia los fundamentos de la historia indígena fueron establecidos por los toltecas, quienes incluso tuvieron noticia del diluvio bíblico “tan puntualmente anotada por la nación tolteca, de cuyos mapas históricos la sacaron los autores que escribieron en estas

³⁰ Veitia, “Discurso preliminar...”, f. 18r.

³¹ *Ibidem*, f. 18v.

³² *Ibidem*, f. 18r.

monarquías de México y Texcoco”.³³ Como puede apreciarse, para el autor era muy importante vincular la tradición histórica de los antiguos mexicanos con la bíblica. Con ello buscaba destacar la doble fundamentación de una y otra historia, por una parte, darle a la tradición indígena un lugar en la historia universal y, por otra, cotejar el relato bíblico con un testimonio independiente.³⁴

De entre las fuentes documentales revisadas por Veitia, el autor destaca las obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, a quien consideraba “uno de los más bien instruidos y más autorizados en las diferentes relaciones que escribió en diversos tiempos”.³⁵ En el mismo sentido, en otro pasaje, agrega que “entre los manuscritos que he recogido merecen singular atención los del insigne D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl”.³⁶ De esta forma, la obra escrita de Ixtlilxóchitl le proporcionó no sólo el principal caudal de información, sino también una secuencia histórica en tres etapas correspondientes a ciertos pueblos notables en cada una de ellas, los toltecas, los chichimecas y, finalmente, los tetzcocanos junto con los tenochcas; esquema que de una u otra forma sigue siendo importante hasta nuestros días.³⁷

Para Veitia los toltecas son un pueblo de indudable existencia histórica, fundador de valiosas tradiciones culturales e instituciones, pues afirma que la “nación tolteca entre todas las que poblaron estos países fue la más bien instruida, y la que mejor supo retener las memorias de su origen y antigüedad hallando su talento el modo

³³ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. II, v. I, p. 35-36.

³⁴ Este no es el único caso entre los criollos novohispanos del siglo XVIII, también lo hizo el padre Pedro José Márquez; véase Miguel Pastrana Flores, “Un lugar en la historia universal. La interpretación del pasado indígena en la obra del padre Márquez”, en *El Clasicismo en la época de Pedro José Márquez, 1741-1820. Arqueología, historia, música y teoría arquitectónica*, coordinación de Oscar Flores Flores, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas/Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2014, p. 347-358.

³⁵ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. II, v. I, p. 3.

³⁶ *Ibidem*, libro I, cap. X, v. I, p. 105.

³⁷ Por ejemplo, puede verse que en la más reciente *Historia antigua de México*, coordinada por Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, en el volumen tercero, que trata el período Posclásico, se les dedican sendos apartados a las etapas “tolteca”, “chichimeca” y de “la Triple Alianza” al devenir del Altiplano Central de México, mismas que se corresponden bien a las etapas postuladas por Ixtlilxóchitl y seguidas por Veitia.

de conservar y pasar a sus sucesores las noticias de su historia”.³⁸ La sabiduría de los toltecas abarcó también aspectos espirituales, como la noción de la existencia de un dios único, pues

alcanzaron con claridad el verdadero origen y principio de todo el Universo, porque asientan que el cielo y la tierra y cuanto en ellos se halla es obra de la poderosa mano de un Dios Supremo y único, a quien daban el nombre de Tloque Nahuaque, que quiere decir, *criador de todas las cosas*.³⁹

La supuesta existencia de estas ideas teológicas entre los antiguos mexicanos llevó a Veitia a sospechar la posibilidad de la primitiva difusión del cristianismo entre los indígenas. En esto se sumaba a la antigua y larga tradición colonial de una posible preevangelización en tierras indias antes de la llegada de los castellanos.⁴⁰ Así, con estas ideas interpretó el culto a la diosa Cihuacóatl ‘Serpiente femenina’, como una figura alegórica de la Eva de la tradición judeocristiana tentada por la serpiente en el paraíso terrenal:

los antiguos toltecas tuvieron perfecto conocimiento del pecado del primer hombre cometido a sugestión de la mujer, engañada de la serpiente [...] y que esto fue lo que ellos quisieron explicar en estas pinturas simbólicas, para que por medio de ellas pasase esta noticia a sus descendientes: mas desfigurándola después la ignorancia, introdujo fábulas y errores con que ofuscó la verdad y trastornó el verdadero culto.⁴¹

³⁸ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. I, v. I, p. 30.

³⁹ *Ibidem*, libro I, cap. I, v. I, p. 30.

⁴⁰ Por ejemplo, véase Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., 2a. edición, edición de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1984, Libro de los ritos, cap. I; v. I, p. 9-10: “Las hazañas y maravillas de Topitzin [Quetzalcóatl] y sus hechos heroicos son tan celebrados entre los indios y tan mentados y casi con apariencias de milagros, que no sé qué me atreva a afirmar ni escribir de ellos, sino que en todo me sujeto a la corrección de la santa iglesia católica. [...] Pero gran fuerza me hace su vida y obras a pensar que, pues estas eran creaturas de Dios racionales y capaces de la bienaventuranza que no los dejaría sin predicador, y si lo hubo, fue Topiltzin”.

⁴¹ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. I, v. I, p. 30-31. Esta identificación tiene sus antecedentes en las obras de fray Bernardino de Sahagún y fray Juan Torquemada, el primero asienta: “parece que esta diosa es nuestra madre Eva, la cual fue engañada de la culebra, y que ellos tenían noticia del negocio que pasó entre nuestra madre Eva y la

En los textos de Veitia los toltecas fueron hombres sabios, de una gran virtud que se valieron del uso de metáforas poéticas sobre el pasado con propósitos moralizadores: “para reprender varios vicios” y “condenar la ociosidad”.⁴²

Veitia desarrolla en su obra la imagen de Quetzalcóatl, sacerdote y gobernante tolteca, como un ser real, un hombre bueno de santas costumbres, pues

no hay autor entre cuantos han escrito de cosas de Indias que no hable de este santo varón prodigioso, pero todos con confusión, según las noticias que adquirieron, ya mezcladas con fábulas, ya explicadas con alegorías dadas o por gente vulgar, o por personas bien instruidas y mal entendidas por los escritores, de suerte que lo hacen Dios, Rey, Sacerdote, Mágico, y finalmente se encuentran en estas relaciones mil extravagancias y contrariedades, que causan notable repugnancia.⁴³

Al dar como válidas las descripciones de las fuentes que presentan a Quetzalcóatl como un hombre de grandes virtudes, muchas de ellas equiparables al cristianismo, Veitia desarrolló de manera lógica y natural la noción de que Quetzalcóatl había sido un primitivo portador de la verdad evangélica, incluso llega a identificarlo con el apóstol Santo Tomás: “Por ahora basta lo dicho para demostrar que Quetzalcohuatl, a quien atribuyen toda la instrucción de su ceremonial, culto y religión, no pudo ser otro que algún apóstol o discípulo de Jesucristo”.⁴⁴

Para ello se apoyaba en la tradición colonial, especialmente en el dicho de don Carlos de Sigüenza y Góngora en una obra perdida, titulada *Fénix del Occidente, Santo Tomás Apóstol con el nombre de*

culebra”, *Historia general...*, libro I, cap. VI, v. I, p. 74. Por su parte Juan de Torquemada dice: “fue la primera mujer del mundo, madre de todo género humano, la cual es verdad que fue engañada de la culebra”, *Monarquía indiana, de los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra firme*, 7 v., edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, libro VI, cap. XXXI, v. III, p. 98-99.

⁴² Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. III, v. I, p. 45.

⁴³ *Ibidem*, libro I, cap. XV, v. I, p. 143-144.

⁴⁴ *Ibidem*, libro I, cap. XVIII, v. I, p. 160-161

Quetzalcóatl entre las cenizas de antiguas tradiciones conservadas en piedras, en teomoxtles tultecos y en cantares teochichimecos y mexicanos, así como en los comentarios de Boturini, al respecto asevera que a pesar de “faltarme este apoyo, valido los monumentos que tengo entre ambos [Boturini y Sigüenza], me atrevo a afirmar que este prodigioso varón fue el apóstol Santo Tomás; y las pruebas que ministran estos documentos me parece que lo persuaden”.⁴⁵

El vínculo de los toltecas con los mexicas y otros pueblos de habla náhuatl es fundamentalmente de índole cultural, pues todos pertenecen a una misma tradición, la cual fue fundada por los toltecas, pues al hablar de los olmecas del territorio de Puebla, Cholula y Tlaxcala dice: “me persuado a que estas cuadrillas eran también de la nación tulteca, y todas sus señas lo indican porque era gente hábil e industriosa”.⁴⁶ Es interesante la forma como Veitia conceptualiza el uso de la lengua como un instrumento válido para establecer nexos de filiación cultural entre diferentes grupos indígenas, por ejemplo, propone la relación con los olmecas xicalancas del valle Puebla-Tlaxcala: “Su lengua era la náhuatl que hoy llaman mexicana, y se tiene por madre; y ésta fue la de la nación tolteca”.⁴⁷ Aunque él mismo reconoce no poseer suficientes conocimientos de la lengua indígena, pues “mi instrucción en el Mexicano es muy

⁴⁵ *Ibidem*, libro I, cap. XIX, v. I, p. 163. Al parecer el poblano se basa en la referencia de Sebastián de Guzmán y Córdova, quien dice que en la mencionada obra Sigüenza “Demuestra en él [*Fénix*] haber predicado los apóstoles en todo el mundo y por consiguiente en América, que no fue absolutamente incógnita a los antiguos. Demuestra también haber sido Quetzalcóatl el glorioso apóstol Santo Tomé, probándolo con la significación de uno y otro nombre, con su vestidura, con su doctrina, con sus profecías, que expresa; dice los milagros que hizo, describe los lugares y da las señas donde dejó el santo apóstol vestigios suyos, cuando ilustró estas partes donde tuvo por lo menos cuatro discípulos”; “Prólogo a quien leyere”, en *Libra astronómica y filosófica*, Carlos de Sigüenza y Góngora, 2a. edición, presentación de José Gaos, edición de Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. [16]. Por su parte Boturini afirmaba que “En el precioso *Museo Historico*, que he juntado, se hallan, assi en Pinturas, como en Manuscritos, Monumentos antiguos de la Predicación Evangelica del Glorioso Apostol Santo Tomás, que los Indios llamaron *Quetzalcohúatl*”, *Idea de una nueva historia general...*, párrafo XXVII, 4, p. 156, véase también XVI, 5, p. 104, XIV, 3, p. 82.

⁴⁶ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. XIII, v. I, p. 137.

⁴⁷ *Ibidem*, libro I, cap. XIII, v. I, p. 137-138.

corta”.⁴⁸ Para el autor la influencia de la tradición del retorno de Quetzalcóatl en la conquista española fue fundamental, pues permitió el avance de los españoles desde la costa del Golfo hasta entrar a Tenochtitlan.⁴⁹

José Francisco Granados y Gálvez (1743-1794)

Si bien las *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico, breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la entrada de la gran nación tulteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos. Trabajadas por un indio y un español* del franciscano José Francisco Granados y Gálvez,⁵⁰ de 1778, no es en sentido estricto una obra historiográfica, sí manifiesta una visión coherente del pasado anterior a la conquista europea, por lo que es pertinente incluirla en esta revisión. Como se indica en su subtítulo, el libro de Granados y Gálvez está escrito en forma de un diálogo entre un español y un indígena excepcionalmente erudito y elocuente sobre las realidades políticas y sociales de Nueva España

⁴⁸ Veitia, “Discurso preliminar...”, f. 21v., y agrega: “sin embargo de que con el auxilio de artes, vocabularios, he trabajado en la versión de muchos nombres, y frases, para la inteligencia, y averiguación de la verdad en algunos pasajes de la Historia, como se verá en ella, sujetando después mis producciones al examen de los inteligentes, sin cuya aprobación, no me hubiera atrevido a asentarlas en esta obra”.

⁴⁹ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. xx, v. 1, p. 170. [Santo Tomás Quetzalcóatl predice la ruina de la pirámide Cholula y la llegada de los españoles] La destrucción de esta torre fue para estas gentes uno de los más memorables acontecimientos, así por lo famoso de ella como por haberse cumplido en su ruina la predicción de Quetzalcohuatl, del mismo modo que la que les hizo de la venida de aquellas gentes del Oriente que se harían señores de la tierra [...] y desde entonces quedaron persuadidos a que había de llegar el tiempo en que tuviese efecto, y guardaban siempre su cumplimiento.

⁵⁰ Sobre este autor véase Horacio Labastida, “Prólogo”, en José Joaquín Granados y Gálvez, *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la entrada de la gran nación tolteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos. Trabajadas por un indio y un español*, prólogo de Horacio Labastida, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades/Miguel Ángel Porrúa, 1987; Mónica Liliana Gómez Montoya, “José Joaquín Granados y Gálvez. La reconciliación de la sociedad novohispana”, México, tesis de licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2007 y Keen, *La imagen azteca...*, p. 298-302.

en la segunda mitad del siglo XVIII. El autor reconoce expresamente que sus modelos de escritura son Plinio, Pereira, Ginés de Rócamora y Fernando de Córdova.⁵¹

Como lo ha señalado Julio Le Riverend las *Tardes americanas* no representan un trabajo de investigación novedoso en fuentes antiguas, sino una refundición de las obras hasta entonces publicadas, especialmente la *Monarquía indiana* de Torquemada y la *Idea* de Boturini.⁵² Granados también consultó los trabajos de otros historiadores como Francisco López de Gómara, Antonio de Herrera y José de Acosta. Asimismo, afirma haber examinado diversos documentos, como “manuscritos, lienzos, mapas, y otros monumentos que tengo registrados, traducidos del mexicano, nahual [sic], y chichimeco a el elegante idioma otomí”.⁵³ Y si bien no es claro que efectivamente revisara dicha documentación, en un pasaje deja cierta duda sobre si utilizó, o por lo menos conoció, el paradero de los restos del Museo Histórico Indiano de Boturini:

La instrucción que el señor de Tetzcuco, Pimentel, Juan de San Antonio, y Bachiller Cano Moctezuma, dieron a los señores virreyes, de las costumbres y modo de gobernarse: la Historia de los Tultecas desde que edificaron a Tula, con la sucesión de ocho soberanos, sus nombres, empleos, y ejercicios, dosalojamientos, y destinos.⁵⁴

Granados y Gálvez distinguía, por boca de su personaje indio, cuatro grandes etapas en la historia indiana. La primera, de la creación del mundo al Diluvio; la segunda, del Diluvio a la muerte de los gigantes; la tercera, del fin de los gigantes hasta la destrucción causada por huracanes y temblores, y la cuarta, desde estos eventos

⁵¹ José Joaquín Granados y Gálvez, *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico, breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y casos ignorados, desde la entrada de la gran nación tulteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos*, prólogo de Horacio Labastida, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades/Miguel Ángel Porrúa, 1987, “Introducción que sirve de prólogo”, p. [53].

⁵² Le Riverend, “Historiadores de México del siglo XVIII”, p. 80, 92.

⁵³ “Introducción que sirve de prólogo”, en Granados, *Tardes americanas...*, p. [61-62].

⁵⁴ Granados, “Tarde primera”, en *Tardes americanas...*, p. 6.

“hasta la consumación de los siglos por fuego”.⁵⁵ Justamente fue en la tercera etapa en la que floreció el pueblo tolteca.

En sus *Tardes americanas*, Granados y Gálvez retoma y reproduce la añeja tradición indígena que idealizaba a los toltecas, pues para él fueron una

nación útil, dócil, tratable, y provechosa para todas las operaciones y cultivos de la tierra. Fueron los primeros que sembraron el algodón, el maíz, y otros frutos y semillas, para el alimento y conservación de la humanidad: los descubridores del oro, y de la plata, curiosos lapidarios, y ágiles en todas materias.⁵⁶

Es muy interesante que Granados aduzca, en boca de su personaje indiano, los restos materiales de las antiguas construcciones como prueba fehaciente del dicho de las crónicas, pues “la destreza en la Arquitectura, no hace muchos años que se dexaba ver en algunos edificios, cuyas caducas ruinas eran pregoneras de las habilidades de sus Operarios y Alarifes; por cuya causa el nombre Tulteca, importa lo mismo que Artífice grande”.⁵⁷ Aunque quizás el mayor timbre de gloria cultural de este pueblo sea el inventar los registros históricos, pues “los tultecas fueron los que primero dieron principio a la serie formal de la Historia”.⁵⁸ A tal grado que dejaron constancia del Diluvio universal.

Dado el carácter de su obra, Granados no toca explícitamente el tema de los vínculos del pasado tolteca con los mexicas, aunque si los toltecas fueron los introductores del cultivo del maíz y otras plantas, así como los inventores de la escritura y todas las instituciones culturales de primer orden para el mundo indígena, entonces puede decirse que, de manera implícita, los mexicas fueron —al igual que otros grupos— herederos de los grandes aportes culturales de los toltecas.

⁵⁵ Granados, “Tarde tercera”, en *Tardes americanas...*, p. 52.

⁵⁶ Granados, “Tarde segunda”, en *Tardes americanas...*, p. 16.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 16.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 22.

Francisco Javier Clavigero (1731-1787)

Sin duda, la *Historia antigua de México* del jesuita veracruzano Francisco Javier Clavigero⁵⁹ es una de las obras historiográficas mejor logradas y más influyentes del siglo XVIII en el campo de la historia americana.⁶⁰ Clavigero tuvo una sólida formación intelectual, destacó su conocimiento de la filosofía moderna y de los avances científicos de la época. Al igual que el resto de los miembros de su orden, sufrió la expulsión de los jesuitas de los dominios americanos por órdenes del rey Carlos III en 1767, siendo exiliados en la península itálica, donde permaneció el resto de su vida.

Publicada en Italia, traducida al toscano en 1780 en dos volúmenes, la *Historia* de Clavigero tenía múltiples propósitos, como enaltecer a su patria novohispana y vindicar a los indígenas, la naturaleza americana y a los criollos de las críticas —o las calumnias— que se esgrimían en los trabajos de los filósofos ilustrados, pues dice que escribió la obra “para servir del mejor modo posible a mi patria, para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increí-

⁵⁹ Sobre el autor véase las tres principales biografías, la de Juan Luis Maneiro, “Javier Clavijero”, en Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, p. 199-210; la de Charles E. Ronan, *Francisco Javier Clavijero, S. J., 1731-1786. Figura de la ilustración mexicana; su vida y obras*, traducción de Carlos Ignacio Aguilar y otros, Guadalajara, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Universidad de Guadalajara, 1993 y de Arturo Reynoso, *Francisco Xavier Clavigero. El aliento del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica/Artes de México/Universidad Iberoamericana, 2018.

⁶⁰ Para análisis historiográficos de la *Historia antigua de México* de Clavigero véase Julio J. Le Riverend Brusone, “La *Historia antigua de México* del padre Francisco Javier Clavijero”, en *Estudios de historiografía de la Nueva España*, Ramón Iglesia y otros, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1945, p. 293-323; Miguel León-Portilla, “Francisco Xavier Clavigero”, en *Historiografía mexicana*, coordinación de Juan A. Ortega y Medina, Rosa Camelo y Patricia Escandón, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012, v. I, t. I, p. 605-642; y Tania Ortiz Galicia, “De la polémica a la historia. La doble articulación de la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavigero”, en *El Clasicismo en la época de Pedro José Márquez, 1741-1820. Arqueología, historia, música y teoría arquitectónica*, coordinación de Oscar Flores Flores, México Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas/Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2014, p. 321-334.

ble de escritores modernos de la América”.⁶¹ También se proponía constituirse en una obra de síntesis histórica y, sobre todo en el tomo dedicado a las disertaciones, en una obra polémica que debatía las ideas de los sabios ilustrados del siglo XVIII.

Clavigero fundamenta el crédito de su *Historia antigua* en el conocimiento personal de las fuentes acerca del mundo indígena, pues afirma que “he leído y examinado con diligencia todo cuanto se ha publicado hasta ahora sobre la materia; he confrontado las relaciones de los autores y he pesado su autoridad en las balanzas de la crítica”.⁶² Además, aseguraba haber estudiado las “pinturas históricas de los mexicanos”, así como los manuscritos resguardados en la biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo, pues “en ella vi y estudié el año de 1759 algunos volúmenes de aquella pinturas”; y los restos del Museo Histórico Indiano de Boturini conservados en la Secretaría del Virreynato, donde, afirma: “vi algunas de estas pinturas”.⁶³ Además de conocer la “lengua mexicana”, de la cual escribió unas *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario*, esto es una gramática del náhuatl.⁶⁴

Pese a estas declaraciones es necesario reconocer que desde su exilio en la península itálica Clavigero tuvo acceso casi exclusivamente a materiales publicados, en ese sentido sin duda su fuente principal fue la *Monarquía indiana* de Torquemada, obra a la que, si bien juzga con dureza, pues su autor “se muestra muchas veces falto de memoria, de crítica y de buen gusto”,⁶⁵ la utilizó ampliamente. Existen algunas referencias que podrían hacer pensar que en algún momento consultó las obras historiográficas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, pues habla de “sus apreciables manuscritos”.⁶⁶

⁶¹ Clavijero, *Historia antigua...*, prólogo del autor, v. I, p. 5.

⁶² *Idem*.

⁶³ Clavijero, “Pinturas”, en *Historia antigua...*, v. I, p. 32.

⁶⁴ Francisco Javier Clavijero, *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1974.

⁶⁵ Clavijero, “Noticia de los escritores. Siglo XVII”, en *Historia antigua...*, v. I, p. 20-21.

⁶⁶ *Ibidem*, libro II, cap. 3, v. I, p. 154-155.

Y en otro lugar dice que “de ellas he tomado algunos materiales para mi historia”.⁶⁷ Pero esto no es del todo claro.

La veracidad de las fuentes que refieren al pasado indígena habían sido severamente cuestionadas por los eruditos de la Ilustración, e incluso en ocasiones se llegó al extremo de negarles todo valor para el conocimiento histórico. Al respecto es conveniente transcribir un pasaje donde se refuta a Frances Guillaume Thomas François Raynal, quien dudaba de la autenticidad de la tradición indígena y de las fuentes españolas, a tal grado que ponía en tela de juicio toda la historia anterior al último gran gobernante de Tenochtitlan, el *tlahtoani* Motecuhzoma Xocoyotzin, pues sostenía que sólo eso se podía afirmar sobre el “imperio mexicano” a la llegada de los españoles:

Ved aquí la franqueza de un filósofo del siglo XVIII —replica Clavigero—. ¿Conque nada es permitido afirmar? ¿Y por qué no dudar también de la existencia de Moctezuma? Si es permitido afirmar ésta porque consta por el testimonio de los españoles que vieron a aquel rey, ellos mismos testifican otras muchísimas cosas relativas a la historia antigua de México, que también vieron y que han sido confirmadas después por los propios indios. Conque, o se puede afirmar aquellas cosas lo mismo que la existencia de Moctezuma, o también de ésta hay que dudar.⁶⁸

Aunque más adelante el mismo Clavigero expresa ciertas dudas sobre la total confiabilidad de las fuentes respecto de temas específicos. Así pasa con el espinoso tema de los orígenes de los pueblos americanos, al respecto afirma que: “la historia de la primitiva población de Anáhuac es tan oscura y está alterada con tantas fábulas (como la de los demás pueblos del mundo) que es imposible atinar con la verdad”.⁶⁹ Así, al tiempo que reconoce las limitaciones de las fuentes, estas limitantes son comunes a todas las narraciones de los pueblos antiguos. En otro pasaje el autor advierte que el estu-

⁶⁷ *Ibidem*, prólogo del autor, v. I, p. 16.

⁶⁸ Clavijero, “Noticia de los escritores. Siglo XVIII”, en *Historia antigua...*, v. I, p. 25-26.

⁶⁹ *Ibidem*, libro II, cap. 1, v. I, p. 145.

dioso debe tener cuidado al abordar las antiguas tradiciones, pues señala que “varios de nuestros historiadores que ha querido penetrar en este caos, guiados de la débil luz de las conjeturas, de fútiles combinaciones y de pinturas sospechosas, se han perdido entre las tinieblas de la antigüedad y se han visto precisados a adoptar narraciones pueriles e insubsistentes”.⁷⁰ Entonces, una de la tareas de la historia es ir más allá de esos relatos dudosos y ofrecer una explicación adecuada a los ojos de la razón del siglo XVIII.

Para salir de este delicado problema Clavigero emprende una crítica que combina el sentido común, la comparación de las distintas versiones consignadas en las fuentes y la idea de aceptar sólo aquello que esté dentro del marco de lo que en su opinión es humanamente posible; como el autor lo señala a propósito del estudio de la procedencia de diversos pueblos posteriores a los toltecas:

Por lo que mira a las demás naciones, es increíble la variedad y confusión de los historiadores sobre su origen, su número y el tiempo en que arribaron. El grande y prolijo estudio que he tenido para indagar la verdad sólo me ha servido para aumentar la incertidumbre y hacerme perder del todo la esperanza de que algún día se sepa lo que hasta ahora se ha ignorado. Desechado, pues, lo fabuloso diré lo poco cierto bien fundado que hay en la materia.⁷¹

Entrando en el tema que nos ocupa, Clavigero piensa que los toltecas son el primer pueblo de la antigüedad mexicana sobre el que se puede hablar con cierto grado de certeza. Por otra parte, les concede un alto nivel de desarrollo material y cultural pues “fueron celebradísimos por su cultura y por la excelencia en las artes, de tal suerte que en los siglos posteriores se dio por honor el nombre de toltecas a los artífices más sobresalientes”.⁷² Además, inventaron un calendario solar tan exacto como el usado por los antiguos romanos. Siguiendo la tradición colonial instaurada por Torquemada y

⁷⁰ *Ibidem*, libro II, cap. 1, v. I, p. 146.

⁷¹ *Ibidem*, libro II, cap. 11; v. I, p. 174-175. En esto retoma una tradición jesuita, véase Josel de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, edición crítica de Fermín del Pino-Díaz, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, libro I, p. 9-42.

⁷² Clavijero, *Historia antigua...*, libro II, cap. 2, v. I, p. 149.

continuada por Boturini, sostiene que los toltecas tuvieron noticia “clara y nada equívoca”⁷³ de las tradiciones bíblicas del Diluvio, la Torre de Babel, la confusión de las lenguas y la subsiguiente dispersión de los pueblos, eventos que, recuérdese, en la época se consideraban plenamente históricos.

Así el jesuita forjó una mirada comprensiva y amable de los toltecas, en la cual, al tiempo que les reconocía elevados méritos culturales, los deslinda en parte de los ritos de sangre de los mexicas, pues “por lo que mira a su religión, eran idólatras e inventores, a lo que parece, de la mayor parte de la mitología mexicana; pero no hay vestigio de que usasen jamás de los bárbaros sacrificios que fueron tan frecuentes entre las últimas naciones que poblaron aquella tierra”.⁷⁴

De entre todos los toltecas destaca Quetzalcóatl, personaje al que considera un ser humano, principal sacerdote de Tula, hombre virtuoso, versado en las artes plásticas y gran legislador, pues “finjían los mexicanos tan feliz el sumo pontificado de Quetzalcóatl, como los griegos y romanos el reinado de Saturno”.⁷⁵ En este punto el jesuita sigue una antigua corriente de pensamiento conocida como evemerismo, creada por el filósofo griego tardío Evémero de Mesene del siglo IV a. C., quien pensaba que los dioses del panteón grecorromano en realidad habían sido notables reyes y héroes, cuyo recuerdo con el paso del tiempo se había desdibujado, y luego fueron deificados por el pueblo.⁷⁶ Para el jesuita esta antigua tradición referente a Quetzalcóatl fue fundamental en los primeros momentos del arribo de los españoles a tierras indias, pues al comienzo confundieron a Hernando Cortés y sus huestes con el retorno del dios, aunque poco después se percataron de su error.

De esta forma llegaba Clavigero al límite de lo que su crítica y concepto de verdad consideraba verosímil y analizable de las tradiciones indígenas, pues: “las pocas noticias que hemos dado de los

⁷³ *Ibidem*, libro II, cap. 2, v. I, p. 151.

⁷⁴ *Ibidem*, libro II, cap. 2, v. I, p. 151-152.

⁷⁵ *Ibidem*, libro VI, cap. 4, v. II, p. 67-68.

⁷⁶ San Isidoro de Sevilla retomó las ideas de Evémero en sus *Etimologías*, de ahí su uso frecuente en la tradición cristiana.

toltecas son las únicas que nos han parecido dignas de algún crédito, desechando varias narraciones pueriles y fabulosas de que han hecho uso sin dificultad otros historiadores”.⁷⁷ Pero con ello descartaba todas las referencias a eventos maravillosos y sobrenaturales en los que intervenían los dioses indios; por lo tanto no podía comprender ni aprovechar en su totalidad e integridad las narraciones y fuentes de tradición indígena.⁷⁸

En numerosos pasajes Clavigero, al igual que Veitia, señala como diversas costumbres, conocimientos, artes y ceremonias usadas por los pueblos chichimecas y nahuas, naturalmente los propios mexicanos, tienen su origen en los toltecas; por ejemplo, fueron grandes lapidarios y orfebres, notables arquitectos, aparecen sobre todo como inventores del calendario, “pero para nosotros nada los hizo más recomendables que el haber sido inventores, o a lo menos reformadores, del método de contar los años de que usaron los mexicanos y demás naciones cultas del Anáhuac”.⁷⁹ De esta manera, los tenochcas, al igual que otros pueblos nahuas de los siglos XV y XVI, eran herederos de las grandezas culturales fundadas por los toltecas.

José Antonio Heredia y Sarmiento (¿1773?-1809)

Caso interesante es el del padre José Antonio Heredia y Sarmiento,⁸⁰ quien en 1803 publicó su *Sermón panegírico de la gloriosa aparición de nuestra señora de Guadalupe*, dentro de este texto guadalupano Heredia incluyó un *Resumen histórico de las principales naciones que poblaron el país de Anáhuac o virreynato de Nueva España*, obra historiográfica que de hecho es más extensa que el propio *Sermón*. De

⁷⁷ Clavigero, *Historia antigua...*, libro II, cap. 3, v. I, p. 154.

⁷⁸ Al respecto véase Miguel Pastrana Flores, “La idea de *tetzáhuatl* en la historiografía novohispana. De la tradición náhuatl a la Ilustración”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, enero-junio de 2014, v. 47, p. 237-252.

⁷⁹ Clavigero, *Historia antigua...*, libro II, cap. 2, v. I, p. 149-150.

⁸⁰ Véase Elías Trabulse, “Prólogo”, en Joseph Ignacio Heredia y Sarmiento, *Sermón panegírico de la gloriosa aparición de nuestra señora de Guadalupe*, edición facsimilar, presentación de Julio Gutiérrez, prólogo de Elías Trabulse, México, Sociedad Mexicana de Bibliófilos, 2002, XVIII + 156 p., ils., p. III-XI.

esta forma reunía en una misma publicación dos grandes temas del pensamiento criollo dieciochesco, el guadalupanismo y la historia indígena antigua.⁸¹

Otra condición notable de Heredia es que consideraba su *Resumen histórico* como una obra que hoy se conceptualizaría como de síntesis y divulgación histórica que al mismo tiempo corregía mucho de lo ya publicado y ponía al día el tema conforme a la visión de Clavigero. Hay que recordar que pese a algunos intentos la obra del jesuita se tradujo al castellano hasta 1826, y no fue sino hasta 1945 cuando el padre Mariano Cuevas publicó el manuscrito autógrafo en español, y si bien circularon algunos ejemplares de la edición de 1780 en Nueva España estos debieron ser escasos.⁸² Tal como lo señala Heredia en la advertencia que puso al final del *Resumen*:

Este resumen histórico, que solo para dar alguna idea de las antiguas naciones que poblaron este país de Anáhuac, y de su gobierno y costumbres, hemos puesto al fin de nuestro *Sermón*; aunque en varios puntos no concuerda con lo que sobre su contenido han escrito muchos historiadores de mérito, cuya autoridad veneramos: está acorde en todo con lo que del mismo asunto escribió el sabio ex-jesuita veracruzano Don Francisco Xavier Clavigero: cuya autoridad tiene para nosotros mayor peso, y debe tenerlo para todos en comparación a los demás historiadores de esta América.⁸³

⁸¹ Heredia fue un notable orador sagrado y prueba de ello es la publicación de varios sermones suyos. Poco es lo que se conoce de este personaje, los escasos datos provienen de las portadas de sus trabajos, por lo que es conveniente citarlas: *Colegial de Oposición, Catedrático de Latinidad, de Filosofía y Retórica en el Real y Pontificio Colegio Seminario de dicha Corte, y Cura Juez Eclesiástico interino que fue de Metepec, de San Felipe el Grande, de Ozolotepec, de Ozumba, de la nueva Villa de Santa María de Peña de Francia y Cura propio que es hoy de San Miguel Coatlichan.*

⁸² Véase la reproducción fotográfica de “Carta de Clavigero a la Universidad de México” en que menciona el envío de 20 ejemplares de su obra en la primera edición de Porrúa de la *Historia antigua...* de 1945, dicha carta no aparece en la segunda edición de 1958 ni en las ediciones de la colección “Sepan Cuantos...” de esa misma casa editorial.

⁸³ Heredia y Sarmiento, “Resumen histórico de las principales naciones que poblaron el país de Anáhuac o virreynato de Nueva España”, en *Sermón panegírico de la gloriosa aparición de nuestra señora de Guadalupe, México*, Imprenta de Doña María Fernández Jauregui, 1803, p. 154-155.



Heredia no solo divulgó las ideas de Clavigero, sino que hizo ilustrar su propio texto de versiones novohispanas, en ocasiones corregidas, de cinco de los grabados que acompañaban la edición europea de la obra del jesuita.

En consonancia con esta visión, para Heredia, Tula no solo es una ciudad real, sino “una de las más celebradas de la historia de México”.⁸⁴ Al igual que sus modelos y fuentes historiográficas, Heredia consigna una imagen idealizada de los toltecas como modelo de grandes realizaciones en el ámbito cultural:

La nación Tulteca fue muy civilizada: vivían en sociedad congregados en ciudades bien arregladas baxo la dominación de su soberano, y la dirección de las leyes. Eran poco guerreros, y muy dados al cultivo de las artes. A su agricultura se reconocen deudoras las naciones posteriores.⁸⁵

Dada su condición de texto que sintetizaba las ideas modernas y no de ser una obra original, poco es lo que puede añadirse a su visión de los toltecas y su ciudad.

Para cerrar

La tradición historiográfica colonial fue fundamental para el tema de Tula, pues se recogió información de raigambre indígena sobre ella y se repitió el lugar de la ciudad de los toltecas como una urbe ideal. El esfuerzo inicial de Boturini fructificó en un grupo de estudiosos que crearon obras renovadoras en el tema de la historia antigua, y en particular arrojaron nuevas luces sobre Tula y los toltecas. Sin embargo, estos estudiosos estaban limitados por el difícil acceso a las fuentes y, por ende, el escaso conocimiento que tenían de ellas, y las que conocían ofrecían a sus ojos un caos cronológico, mientras que en muchas ocasiones su alcance temporal era muy limitado, unas cuantas generaciones atrás, y en otras ocasiones para

⁸⁴ *Ibidem*, p. 73.

⁸⁵ *Idem*.



poder vincular el pasado indígena con el bíblico se veían obligados a extender enormemente las cronologías. Debe agregarse la barrera del idioma en el caso de los textos en náhuatl que sólo algunos de ellos, como Clavigero y Antonio de León y Gama, podían leer, así como las grandes dificultades en la interpretación de los pocos códices que pudieron consultar.

Los autores oscilaron entre ver a las fuentes como totalmente confiables y creíbles o considerarlas como contaminadas de fábulas inaceptables y, aunque lo intentaron, no lograron establecer un sistema o método claro para deslindar, según su propio concepto de verdad, lo creíble o verdadero de lo falso o fantasioso. En general, para ellos, Tula y los toltecas son reales, seres humanos que crearon una gran ciudad, así como los fundamentos sociales, políticos, religiosos y culturales del mundo indígena que enfrentó la conquista española.



TULA DEL SIGLO XIX AL XX ERUDICIÓN, NACIONALISMO Y ANTROPOLOGÍA

Fui allí a ver maravillas. Vi el bosque, vi la región. Busqué las maravillas, pero no las encontré.

R. Wace*

Preámbulo

La muerte de los criollos dieciochescos estudiosos del pasado indígena debe señalarse, en general, como antecedente necesario para la comprensión de este periodo de la historiografía referente al mundo indígena antiguo y, en particular, a la cuestión tolteca; estos estudiosos no dejaron continuadores inmediatos de sus afanes historiográficos y, además, sus trabajos —con la notable excepción de la *Historia* de Clavigero— tuvieron escasa difusión y por ende un impacto muy limitado. Hay que tener presente que muchas de sus obras quedaron inconclusas e inéditas, por ejemplo, la proyectada *Historia general de la América septentrional* de Lorenzo Boturini, de la cual únicamente escribió un tomo, mismo que se publicó hasta el siglo XX y si bien se conoció su *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, esta sólo era un esbozo del tema; por su parte Mariano Veitia murió antes de terminar su *Historia antigua de México* la cual, como ya se mencionó, se publicó de manera muy deficiente en el siglo XIX; Antonio de León y Gama solamente vio publicada la primera parte de su *Descripción histórica de las dos piedras*; Diego García Panes no pudo publicar su curiosa historia antigua de México ilustrada; el *Resumen histórico* de Heredia pronto se olvidó, mientras que la obra del jesuita Lino José Fábrega sobre el

* Citado por Carlos García Gual, *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la tabla redonda. Análisis de un mito literario*, Madrid, Alianza, 1984, p. 38.



Códice Borgiano quedó sin publicarse y el también jesuita Pedro José Márquez se ocupó del arte de los antiguos mexicanos sólo al final de su vida.¹

También es notable que los mayores esfuerzos de rescate documental de las fuentes de tradición indígena quedaran igualmente trancos, como fue el caso de las colecciones de León y Gama, del padre José Antonio Pichardo y de García Panes; mientras que la gran colección de Boturini sufrió múltiples mermas en la Secretaría del Virreinato, en tanto que las *Memorias de Nueva España* a cargo del franciscano Díaz de la Vega no tuvieron gran difusión.² Por ello la obra de Clavigero quedó por mucho tiempo como el único referente accesible de historiografía moderna sobre el México antiguo. Además, las condiciones impuestas por la guerra de independencia, la inestabilidad política y militar, así como los problemas económicos de las primeras décadas del México independiente, dificultaron la formación de una nueva comunidad de estudiosos de la historia antigua. De esta forma, en la primera mitad del siglo XIX no se dieron las condiciones para continuar el trabajo emprendido por los sabios del siglo XVIII.

Así pues, se tuvieron que retomar los trabajos de rescate documental. En este sentido destaca la figura de Carlos María de Bustamante, primer editor, aunque poco cuidadoso, de algunas de las obras de Sahagún, Veitia y León y Gama. También deben recordarse los notables trabajos bibliográficos y de edición de fuentes de Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez, que pusieron en circulación obras tan importantes como las de Juan Bautista de Pomar, Alonso de Zorita, Diego Durán o Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Esto permitió que en la segunda mitad del siglo XIX se

¹ Véase Miguel Pastrana Flores, “Un lugar en la historia universal. La interpretación del pasado indígena en la obra del padre Márquez”, en *El Clasicismo en la época de Pedro José Márquez, 1741-1820. Arqueología, historia, música y teoría arquitectónica*, coordinación de Oscar Flores Flores, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas/Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2014, p. 347-358. Es de resaltar la edición y traducción al toscano que hizo Márquez del trabajo de León y Gama, pues representa uno de los primeros esfuerzos por internacionalizar la obra historiográfica de los criollos novohispanos.

² Véase Rosa Brambila Paz y Beatriz Cervantes Jáuregui, *Milagros, virtudes y empeños. La disputa por el alma novohispana*, prólogo de Francisco Morales, México, Crítica, 2017.

contara con mejores instrumentos para retomar el trabajo de investigar la historia antigua de México, como fue la paulatina consolidación del Museo Nacional y la publicación de los *Anales del Museo Nacional*, proceso que culmina al final de la centuria con la aparición en 1885 de la Inspección de Monumentos Prehispánicos de la mano de Leopoldo Batres. Este notable esfuerzo colectivo se verá concretado en la obra de dos grandes eruditos mexicanos, Manuel Orozco y Berra y Alfredo Chavero.³

Manuel Orozco y Berra (1816-1881)

Sin duda la *Historia antigua y de la conquista de México* escrita por Manuel Orozco y Berra,⁴ publicada en 1880, representa el más grande esfuerzo —por volumen y calidad— de los historiadores decimonónicos mexicanos por esclarecer el pasado indígena de la nación. Para Orozco las fuentes documentales que refieren el pasado prehispánico presentan una extraña y confusa mezcla de historia y mito, ya que en estos textos el recuerdo de hechos realmente acontecidos se presenta bajo formas deformadas y exageradas de recordar el pasado, pues “anda la fábula revuelta con la verdad”.⁵ Por lo tanto, corresponde al historiador la tarea de separar la mentira de lo verdadero, de saber encontrar en el fondo de los relatos fantásticos de los indígenas aquellos elementos auténticos que le permitan establecer los hechos que sirvan para escribir la historia de lo que realmente pasó. Para esto se necesita una crítica documental que discrimine los textos en favor de aquellos que recojan las informaciones menos adulteradas y más cercanas a la antigua tradición, pues, dice don Manuel que: “sólo siguiendo la autoridad de los escritores más auténticos, de los primitivos que tomaron la tradición

³ Para una interesante visión de conjunto de la época véase Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 421-460.

⁴ Sobre el autor y su obra véase Rodrigo Díaz Maldonado, *Manuel Orozco y Berra o la historia como reconciliación de los opuestos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010.

⁵ Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 v., México, Porrúa, 1984, libro II, cap. III, v. III, p. 50.



de fuentes puras, se puede descubrir un poco de la verdad, acercarse un tanto a la precisión histórica”.⁶

Por lo tanto, en principio, Orozco no rechaza las diversas tradiciones del pasado indígena, por fantásticas que puedan parecer a los ojos de los sabios del siglo XIX. Y, aunque denomina mitos a los relatos sobre las andanzas terrenales de los dioses indígenas, va más allá de una simple descalificación, ya que considera que el mito es una importante fuente histórica, tal como lo declara al comienzo de su obra:

La mitología [...] no es un conocimiento de vana curiosidad. Forma parte de la historia, relatando, si bien de manera enigmática, los grandes cataclismos del mundo o las hazañas de los hombres distinguidos; pertenece a la religión al enumerar los hechos de los dioses y su culto; corresponde a la moral en tanto que explica las reglas de conducta a que los creyentes se sujetan; cae bajo el dominio de la filosofía, al juzgar por las leyendas del estado de adelanto alcanzado por el pueblo que las adopta.⁷

De tal suerte que el estudio detenido y crítico del mito permitiría, para el conocimiento de la historia, discernir aspectos sumamente valiosos sobre diversas instituciones sociales y culturales, así como ciertos aspectos del pensamiento indígena.

De manera particular, al tratar acerca de la reconstrucción de la biografía de los personajes y de los acontecimientos históricos, Orozco asegura que los antiguos relatos indígenas que refieren las hazañas de notables personajes están basados en hechos realmente acontecidos, pero que con el paso del tiempo se fueron exagerando y llenando de tintes fantásticos y elementos maravillosos, hasta el grado de hacer muy difícil discernir los hechos humanos: “Entre los pueblos semicivilizados, la verdadera historia de sus hombres preeminentes desaparece, conservándose tenazmente su recuerdo en forma de leyendas místicas y religiosas”.⁸ Para él, los personajes

⁶ *Ibidem*, libro II, cap. III, v. III, p. 50.

⁷ *Ibidem*, libro I, cap. I, v. I, p. 3.

⁸ *Ibidem*, libro I, cap. V, v. I, p. 89.



de las fuentes de filiación indígena son comúnmente hombres elevados a la condición de deidades.

Tal es caso del famoso Quetzalcóatl de Tula, quien es presentado en las fuentes como un dios y como un hombre, pues “las ideas más encontradas y confusas que dan acerca de esta divinidad; se presenta como uno o varios personajes: como hombre mortal, como deificación de un legislador, como dios primitivo, como ser real y como fantástico”.⁹ Para Orozco se trata efectivamente de un personaje real, histórico, que llegó por las costas del golfo de México a predicar una doctrina religiosa muy semejante a la cristiana y logró convertir a su fe a muchos toltecas e inauguró en Tula una época de esplendor y paz “cual la del reinado de Saturno”.¹⁰ Frase que hace evidente que para él existen fenómenos similares en todo el mundo, la deificación de un gran hombre es algo común a los pueblos, no una rareza cultural. Además, en esto continuó, con nuevos matices, la ya mencionada tradición evemerista novohispana.

Para Orozco lo más probable es que Quetzalcóatl fuera un misionero islandés. Hoy sería muy fácil rebatir e incluso ironizar la idea del erudito decimonónico, pero lo importante para este trabajo es resaltar que esa propuesta era sensata en su tiempo, pues si se aceptaba la veracidad de los relatos que muestran a un Quetzalcóatl piadoso y penitente que predicaba una doctrina con ciertos rasgos similares a los cristianos, nuestro autor no podía menos que plantear la posibilidad de un personaje que hubiera difundido una nueva doctrina religiosa entre los pueblos indígenas. Al respecto debe recordarse la larga tradición novohispana sobre un posible preevangelizador en tierras indias. Esta hipótesis explicaba los aspectos maravillosos de los relatos como una muestra más de la tendencia, ya mencionada entre los pueblos antiguos, de deificar a los hombres prominentes; así lo afirma don Manuel: “Tal es nuestro Quetzalcóatl. Admitirle no repugna a la razón. Nada tienen de inverosímil; no se apoya en nada maravilloso ni fantástico; la explicación es

⁹ *Ibidem*, libro I, cap. IV, v. I, p. 53.

¹⁰ *Ibidem*, cap. IV, v. I, p. 54.

llana, natural, sirve para resolver multitud de problemas, hasta aquí insolubles por el carácter de portento que se les atribuye”.¹¹

Entonces, para Orozco los relatos sobre la caída de Tula ocultan la verdad sobre una pugna religiosa entre los seguidores de la nueva doctrina predicada por Quetzalcóatl y los sectarios de los antiguos cultos sangrientos de los indígenas representados por Tezcatlipoca, otro hombre deificado. Las luchas que se mencionan entre ambos son las luchas entre dos concepciones religiosas distintas que “chocan, se despedazan en una guerra sin cuartel, que da por final resultado la destrucción de la monarquía tulana”.¹²

De esta forma, la caída de Tula es un acontecimiento histórico totalmente humano que no requiere el concurso de las fuerzas divinas que las fuentes señalan. La huida de Quetzalcóatl es el comienzo de una migración por la cual los seguidores del reformador religioso extendieron su culto por el sureste y particularmente en la península de Yucatán. Los indios, agradecidos por sus enseñanzas, esperaron su regreso hasta los tiempos de la conquista de México. Los eventos maravillosos que se relatan son resultado del carácter religioso de la contienda, además del proceso de mitificación y deificación ya mencionado. Así, Tula y sus habitantes son reales y perfectamente humanos, deben su gloria a las enseñanzas de Quetzalcóatl y a la mente fantasiosa del pueblo indígena que engrandeció aún más sus ya de por sí notables logros.

Respecto a los mexicas y su relación con Tula, Orozco sostiene que estos se encontraban en la ciudad de los toltecas antes de su caída y difundieron el culto a Huitzilopochtli, culto que en más de un aspecto se asemejaba al de Tezcatlipoca. Aunque, al parecer, esto no tiene mayores consecuencias.¹³ No pasa lo mismo con la creencia en el retorno de Quetzalcóatl, para Orozco es indudable que los mexicas creían firmemente en que algún día regresaría Quetzalcóatl a recobrar su poder sobre los pueblos indígenas. Esta creencia dominó el pensamiento de Motecuhzoma Xocoyotzin al saber del arribo de los españoles y explica cabalmente su actitud frente a los

¹¹ *Ibidem*, libro I, cap. V, v. I, p. 88.

¹² *Ibidem*, libro II, cap. III, v. III, p. 52.

¹³ *Ibidem*, libro II, cap. III, v. III, p. 51-52.



acontecimientos, pues al confundir a Hernán Cortés con Quetzalcóatl el *tlahtoani* de Tenochtitlan decidió entregarse a los extranjeros al pensar que toda resistencia era inútil.

Alfredo Chavero (1841-1906)

Dentro del plan monumental de *México a través de los siglos*, se encomendó a Alfredo Chavero¹⁴ escribir la parte correspondiente a la historia antigua y a la conquista española. Chavero tenía una formación profesional de abogado, también fue un poeta y un dramaturgo reconocido en su época, pronto se interesó en el pasado indígena de México y se adentró en el conocimiento de las fuentes escritas en caracteres latinos, los códices indígenas y de los objetos arqueológicos. En el plano intelectual, Chavero se reconocía deudor de José Fernando Ramírez, a quien consideraba “fundador de la manera de historiar que hoy seguimos”,¹⁵ la cual consistía en una revisión exhaustiva de las fuentes escritas, en la búsqueda de manuscritos inéditos en los acervos de México y de Europa, así como en el estudio de los monumentos arqueológicos y los códices indígenas, de esta forma “no solamente nos mostró de esta manera el verdadero camino para escribir la historia, sino que, siendo su mejor fuente los jeroglíficos, se dedicó con empeño a encontrar las reglas para leerlos”.¹⁶

Por otra parte, Chavero contaba con la ventaja de conocer la obra de su amigo Orozco, pero esta también constituía un reto por su notable erudición y la gran reputación científica de su autor, pues su trabajo es “fruto de estudios de toda la vida y de más de quince años de incesantes trabajos, su obra es un verdadero monumento. No hubo crónica que no estudiase el señor Orozco, ni manuscrito

¹⁴ Véase Alejandro Meyer, “Alfredo Chavero”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988 (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. IX, p. 588-601.

¹⁵ Alfredo Chavero, “Historia antigua y de la conquista”, en *México a través de los siglos*, Vicente Riva Palacio *et al.*, 10 v., México, Cumbre, 1987, v. I, p. VI.

¹⁶ *Ibidem*, v. I, p. LIX.



que no conociese, ni jeroglífico ni monumento que no interpretase”.¹⁷ Al igual que su antecedente inmediato, la *Historia antigua y de la conquista* de Chavero de 1884 pretendía dar un panorama completo de los conocimientos que se tenían sobre el pasado indígena.

En su *Historia antigua* Chavero expuso las hipótesis que le parecieron más plausibles para todo aquello de lo que no había fuentes documentales y al llegar a la etapa que consideró “completamente histórica”, por contar con documentos escritos en caracteres latinos, reconoció que la sola presencia de dichos textos en lugar de resolver por completo los problemas de información planteaba nuevas interrogantes. Señaló que si bien ya se podía proponer una cronología ésta era muy incierta pues había fuertes contradicciones entre las distintas fuentes y aún en un mismo autor. También advirtió una gran confusión en los personajes, pues no siempre se mencionan los mismos para un sólo acontecimiento, ni son los mismos hechos los que se les atribuyen, e incluso los nombres de los personajes suelen cambiar de una fuente a otra. Todo esto planteaba —y sigue planteando— una serie de fuertes dificultades en el intento de escribir su *Historia antigua*, como lo resume el autor: “No es que nos falten datos, sino que es muy difícil y muy grave el escoger entre ellos. Acumularlos todos es hacer la confusión; tomar los convenientes es formar la historia”.¹⁸ La simple erudición y enumeración de todas las variantes no conduce a la solución del problema del conocimiento histórico, es necesario establecer un medio de encontrar la verdad. Con esto, desde el principio, Chavero plantea uno de los dilemas clave del trabajo del historiador: la selección de los informes y los datos, que en el caso de la historia indígena antigua puede ser muy problemático dado lo contradictorio, oscuro y el más bien escaso número de las fuentes.

Chavero considera que las fuentes que transmiten la tradición histórica indígena presentan, además de los problemas ya mencionados, una fuerte tendencia a expresar los hechos humanos por medio de símbolos religiosos y astronómicos, y que esto se debe a la falta

¹⁷ *Ibidem*, v. I, p. LX.

¹⁸ *Ibidem*, libro III, cap. I, v. II, p. 63.

de una escritura alfabética que, al no permitir consignar por escrito largos relatos del pasado, obligaba a los sacerdotes a hacer una especie de resumen simbólico de la historia, pues: “Todos los pueblos antiguos que carecieron de escritura para dejar relatos minuciosos de su historia tuvieron que recurrir á pinturas alegóricas para fijar sus anales; y para conservar los hechos más culminantes inventaron leyendas cortas que pudieran guardarse en la memoria, y así pasar de generación en generación”.¹⁹

Chavero piensa que estos relatos fueron consignados en los códices y en la tradición oral para ser entendidos por sacerdotes que estaban versados en el verdadero significado de los símbolos, pero con el transcurso del tiempo el común del pueblo fue perdiendo el recuerdo de los hechos y terminó por considerar a las leyendas como totalmente verdaderas, pues si al principio la leyenda “es comprensible para la generación que presencié los hechos á que se refiere y en ella no ve más que un simbolismo, cuando transcurren muchos años, las nuevas generaciones creen este simbolismo como verdad histórica, y se persuaden á que los hechos pasaron como dice la leyenda”.²⁰

La conclusión de Chavero es clara, el historiador debe tratar de conocer el simbolismo religioso utilizado por los sacerdotes indígenas para desentrañar el fondo de verdad y de realidad histórica que se esconde tras los hechos portentosos que narran las antiguas crónicas. Es más, una vez que se ha penetrado en el antiguo simbolismo religioso, las leyendas y los mitos dejan de ser un obstáculo y se convierten en un importante auxiliar para reconstruir la historia indígena y para introducirse en los antiguos valores morales, pues: “La leyenda llena el importante hueco que dejan esos anales incompletos; nos muestra como en relieve el aspecto moral de los pueblos, y nos explica en su prodigioso simbolismo los motivos que nos calla la pintura, que sólo nos dice que se destruyó un pueblo ó que se alzó un rey sin que sepamos por qué así aconteció”.²¹

¹⁹ *Ibidem*, libro III, cap. II, v. II, p. 83.

²⁰ *Ibidem*, libro III, cap. II, v. II, p. 84.

²¹ *Idem*.



En el caso específico de los relatos sobre Tula y Quetzalcóatl, Chavero sostiene que estos efectivamente refieren hechos reales sobre la capital de un imperio y sobre un notable personaje; se trata de aspectos plenamente históricos, aunque con ropaje mítico. Así, Tula fue la sede de un Estado poderoso donde las artes se desarrollaron en un grado tan alto que tolteca, el cual originalmente sólo era el nombre de sus habitantes, llegó a ser sinónimo de maestría en el arte. La ciudad de los toltecas fue considerada la capital de un auténtico imperio, aunque los dominios territoriales de los toltecas no parecen haber sido muy extensos. Además, Chavero niega el origen extranjero de Quetzalcóatl. Para este autor se trata de un gran hombre, que al mismo tiempo fue gobernante y sacerdote, el cual presidió un gobierno benéfico que brindó gran prosperidad a su pueblo, y emprendió una profunda reforma religiosa al prohibir los sacrificios humanos y buscar formas más evolucionadas de religiosidad.

Aquí Chavero agrega un elemento de gran originalidad al debate sobre Tula y los toltecas al sostener que inicialmente las figuras de Quetzalcóatl y Tezcatlipoca sólo encarnaban principios básicos de un mito astronómico, según el cual Quetzalcóatl era Venus como estrella de la mañana y de la tarde, que cada cierto tiempo desaparecía frente al influjo de su oponente el Sol, encarnado por Tezcatlipoca. Así, según el mito astronómico, el Sol Tezcatlipoca debía vencer a su oponente la Estrella de la tarde Quetzalcóatl, el cual, a su vez, volvería triunfante como la Estrella de la mañana. Sin embargo, el común del pueblo fue olvidando el significado de los símbolos religiosos y los fue tomando como verdad histórica y social. Así, cuando el sacerdote y gobernante de Tula, también llamado Quetzalcóatl, emprendió una reforma religiosa y encontró la resistencia de otro sacerdote, pero que representaba a Tezcatlipoca, el pueblo vivió los hechos como si en lugar de ser un conflicto entre dos formas de religiosidad fuera una lucha entre los dos astros. “Así, —dice Chavero— la lucha simbólica de los dos astros se había convertido en realidad: la religión nahoa [sic] pasó desde ese día á ser histórica, cuando hasta entonces no había sido sino astronómica”.²²

²² *Ibidem*, libro III, cap. II, v. II, p. 91.

Podría decirse que para Chavero primero fue el mito astronómico y después el acontecimiento histórico, éste último modificó el contenido del mito, y de esta confusión nació la leyenda de Tula en la que se funde el mito astronómico del combate entre Venus y el Sol con la lucha histórica entre los partidarios de la reforma religiosa de un sacerdote llamado Quetzalcóatl y la resistencia victoriosa de otro sacerdote que tomó el nombre de Tezcatlipoca.

Chavero es el primer autor que propone que el mito no sólo era un aspecto de la conciencia o la representación del mundo, sino que era tanto vivido como recordado por los pueblos como acontecimientos plenamente reales: “*Tezcatlipoca y Quetzalcóatl*, a fuerza de ser dioses con figuras reales que los representaban, dejaron de ser astros para la multitud. La lucha astronómica, para el pueblo que no podía comprenderla, se convirtió en verdadera lucha religiosa”.²³ De esta manera surgió la profecía del retorno de Quetzalcóatl, misma que ya no fue interpretada como el regreso de Venus como estrella de la mañana, sino como el retorno real, tangible del sacerdote y gobernante que vivió en Tula.

Además, Chavero sostiene que los toltecas fueron un pueblo que ejerció una notable influencia en todos los otros grupos de habla náhuatl, sobre todo en las artes y en los conocimientos. Tiempo después de la caída de Tula los mexicas tomaron tantas cosas de la cultura tolteca “que le quitaron su personalidad”,²⁴ y dificultaron el conocimiento de su historia con la destrucción de códices que ordenó Itzcóatl. Con base en la *Relación de la genealogía y linaje* y el *Origen de los mexicanos*, documentos del siglo XVI entonces en posesión de Joaquín García Icazbalceta,²⁵ Chavero sostiene que los mexicas se vincularon con el pasado y el prestigio de los toltecas al conseguir que su primer *tlahtoani*, Acamapichtli, fuera del linaje del grupo gobernante de Culhuacan, que tenía fama de ser descendiente de

²³ *Ibidem*, libro III, cap. II, v. II, p. 88.

²⁴ *Ibidem*, libro III, cap. IV, v. II, p. 105.

²⁵ “Relación de la genealogía y linaje de los señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España”, “Origen de los mexicanos”, ambos en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Juan Bautista Pomar *et al.*, edición e introducción de Joaquín García Icazbalceta, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, p. 240-256 y 256-280, respectivamente.



los toltecas, con ello “buscaban el hacer descender de los tolteca á los señores de México, y presentarlos como herederos de su monarquía y su cultura”.²⁶ Se trataba de obtener el prestigio político necesario para fundamentar su empresa de dominio. De acuerdo con este autor, cuando arribaron los españoles los tenochcas los confundieron con el cumplimiento del retorno de Quetzalcóatl que volvía a recuperar su mando y los gobernantes mexicas, que se consideraban así mismos simples depositarios del poder de este dios, pensaron que había llegado su fin. En términos de Chavero, se podría decir que de nueva cuenta el viejo mito astronómico se había convertido en historia.

Mientras Orozco y Chavero realizaban sus trabajos, en el extranjero otros investigadores emprendían también el estudio del México antiguo, pero desde una perspectiva muy distinta de la seguida por los sabios mexicanos, en lo que podría llamarse la perspectiva del análisis del mito. El norteamericano David Brinton y el alemán Eduard Seler realizaron estudios sobre la religión y las creencias indígenas, en general consideraron que las fuentes indígenas narraban mitos y no acontecimientos históricos, y en particular cuestionaron que los relatos sobre los toltecas tuvieran un trasfondo de verdad histórica.

David G. Brinton (1837-1899)

David G. Brinton fue un estudioso norteamericano que se interesó por investigar la mitología de toda la América indígena y para ello empleó un método comparativo. Se formó originalmente como médico, pero después de la guerra civil norteamericana se acercó a la arqueología y la etnología, disciplinas de las que fue profesor en la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia, también fue profesor de lingüística americanista y arqueología en la Universidad de Pensilvania. Además, fue pionero en la traducción de textos

²⁶ Chavero, “Historia antigua...”, libro IV, cap. III, v. II, p. 234.

indígenas en lengua maya y náhuatl, como los *Anales de los cakchiqueles* y los himnos sacros nahuas rescatados por Sahagún. Se pueden conocer las ideas de Brinton acerca de Tula en dos trabajos, el libro *American Hero-Myths. A Study in the Native Religions of the Western Continent*, de 1882, y el artículo “The Toltecs and their Fabulous Empire”, publicado en 1890.

Según este autor los relatos sobre el pasado indígena que recogen las obras del siglo XVI no son más que el recuento de los mitos que se narraban entre los grupos indígenas. Así, para él todos los relatos sobre los toltecas, la migración de los mexicas, las narraciones contenidas en las fuentes mayas, son mitos o remiten a partes de ciclos míticos sin un fondo histórico. Si bien nunca aclara qué entiende por historia o fondo histórico, por el contexto puede decirse que para él la historia se ocupa de acontecimientos únicos, irrepetibles, verificables de manera documental y que tratan asuntos propios de seres humanos comunes y no de acontecimientos portentosos atribuidos a seres divinos o sobrehumanos.

Para Brinton, Quetzalcóatl es el dios de la luz, el día y del viento, que conduce la lucha contra los poderes de la noche; sin embargo, es derrotado por su hermano Tezcatlipoca, que es el dios de la oscuridad. De esta forma interpreta la historia de la lucha entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca en Tula narrada en las fuentes, como el combate entre la luz y la oscuridad que se vencen y alternan mutuamente.²⁷ Por tanto, los relatos de Tula y la vida de Quetzalcóatl son completamente míticos, pues en sus palabras “la narración de la ciudad de Tula y sus habitantes los toltecas [...] es un mito y no una historia”.²⁸

Brinton considera que todo el relato sobre los toltecas se explica por el simbolismo de un mito solar, así, forzando la etimología llega a la conclusión de que Tula es en realidad Tonallan, el lugar del Sol.²⁹ Por su parte Tlapallan, el sitio al que se dirige Quetzalcóatl al

²⁷ David G. Brinton, *American Hero-Myths. A Study in the Native Religions of the Western Continent*, Nueva York, Johnson Reprint Corporation, 1970, p. 64-72.

²⁸ David G. Brinton, “The Toltecs and their Fabulous Empire”, en Daniel G. Brinton, *Essays of an Americanist*, Nueva York, Johnson Reprint Corporation, 1970, p. 83.

²⁹ Tollan viene de *tolli* o *tulli* tule y el locativo abundancial *-tlan*, ‘lugar donde abunda el tule’, ‘tular’; en tanto Tonallan viene de *tonalli* ‘día’, ‘calor’ y del ya mencionado locativo *-tlan*, ‘donde abunda el calor’.

ser derrotado es realmente la ciudad del Sol, por eso “sus habitantes [fueron] transformados en magos y semidioses”.³⁰

Al conocer los resultados de las excavaciones realizadas por Désiré Charnay en Tula Xicocotitlan en Hidalgo, el norteamericano vuelve a la carga para señalar que no fue posible encontrar rastros de las fabulosas riquezas y los grandiosos palacios de Tula que mencionan las fuentes coloniales, y considera que este argumento negativo favorece su tesis del carácter mítico de las tradiciones indígenas. Brinton recuerda el pasaje de la migración mexicana en el cual se asientan en el cerro de Coatepec, ubicado en las inmediaciones de Tula Xicocotitlan, según este autor, a través de dicho pasaje los mexicanos tratan de vincularse con las glorias de la mítica Tula.

Eduard Seler (1849-1922)

Sin duda Eduard Seler³¹ fue el más importante investigador del México antiguo a principios del siglo XX. Sus obras marcaron tendencias de investigación y sus opiniones continúan teniendo peso entre los estudiosos. Los trabajos de Seler fueron un punto de arranque para que en Alemania surgiera una escuela de investigadores interesados en el México antiguo. Seler se formó profesionalmente en el medio académico alemán como lingüista y filólogo. En sus trabajos utilizó la interpretación astral de la religión que era dominante en su época, esto es, considerar que los dioses y los relatos sobre ellos remitían a creencias sobre los astros. A pesar de su importancia se sigue extrañando la traducción al español de la totalidad de sus escritos. En este trabajo se utilizan sus *Comentarios al Códice Borgia*, de 1904, los artículos “Wo lag Aztlan, ¿die Heimat der Azteken?”, “Das Ende der Toltekenzeit”, Der “Hauptmythus der mexikanischen Stämme” y “Zur Toltekenfrage”.

³⁰ Brinton, “The Toltecs...”, p. 94.

³¹ Sobre el autor y su obra véase María Teresa Sepúlveda y Herrera, “Eduard Georg Seler”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. III, p. 436-446.

En general Seler consideró que las tradiciones del México antiguo se referían principalmente a acontecimientos de carácter mítico; sin embargo, admitió que, en ciertas ocasiones, los textos transmitían algunas noticias referentes a hechos históricos. No obstante, al igual que otros autores que usan la distinción, no es muy claro respecto a qué entiende por hechos históricos, aunque por el contexto puede pesarse que su idea implicaba que dichos hechos eran acontecimientos humanos únicos, irrepetibles, documentados y ordenados en secuencia lineales.

En lo que toca al problema que nos ocupa, Seler considera que en la cuestión de Tula y los toltecas pueden distinguirse tres niveles fundamentales: el de los toltecas míticos, el de los toltecas prehistóricos y el de los toltecas históricos. El primer nivel, el de los toltecas míticos, corresponde a los habitantes de la urbe de ensueño de los mitos; el segundo nivel, el correspondiente a los toltecas prehistóricos, un pueblo real, pero anterior a los registros escritos y que sólo se conocen por los vestigios arqueológicos; y el tercer nivel, el de los toltecas históricos, se refiere a un grupo de habla náhuatl que habitó la zona de Tula Xicocotitlan en Hidalgo, que fueron un pueblo anterior a los registros históricos y que fue el creador de los principales adelantos culturales del México antiguo.³² Para Seler, estos tres niveles del problema tolteca se encuentran unidos de manera inseparable en las fuentes indígenas. Así, se suele hablar de los toltecas históricos en términos míticos al tiempo que se les atribuyen los logros culturales de los toltecas prehistóricos. Además, los relatos de Tula constituyen para Seler, “el mito principal de las tribus mexicanas”,³³ de ahí la abundancia de referencias al tema en las fuentes documentales.

³² Walter Krickeberg, *Los totonaca. Contribución a la etnografía histórica de la América Central*, traducción de Porfirio Aguirre, México, Secretaría de Educación Pública/Talleres Gráficos del Museo Nacional, 1933, p. 116-117.

³³ Eduard Seler, “The Principal Myth of the Mexican Tribes and the Culture Heroes of Tollan”, en *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*, Eduard Seler, 2a. edición, edición de J. Eric S. Thompson y Francis B. Richardson, traducción de Charles P. Bowditch y J. Eric S. Thompson, Culver City, Labyrinthos, 1996, ils., v. IV, p. 59-92.



De esta manera, aunque Seler no niega por completo la existencia histórica de los toltecas de Tula Xicocotitlan, afirma que lo dicho acerca de ellos en los antiguos textos corresponde casi por completo a los toltecas míticos, pues

Tollan, al igual que Teotihuacan, pertenece a aquellas ciudades que, en tiempos prehistóricos e indeterminados, contaron con comunidades populosas y florecientes ¿Quiénes fueron sus habitantes y de qué manera se derrumbó o fue abandonada la ciudad?; al respecto no existe ninguna tradición confiable. Sobre todo, tomando en cuenta que lo que se ha dicho sobre los tolteca es absolutamente mítico.³⁴

Por el enfoque de sus estudios y sus intereses de investigación, la aportación de Seler se centra casi por completo en los aspectos religiosos y míticos del problema de Tula. Sobre esto señala que las descripciones de la ciudad de los toltecas como un sitio paradisíaco, lleno de exuberantes riquezas, corresponden a un mito lunar. Sostiene que el gobierno de Quetzalcóatl en Tula representa el reino de la Luna antes del nacimiento del Sol; su derrota corresponde a la desaparición del satélite al salir el Sol; la muerte del personaje equivale a la Luna nueva cuando llega al fin de su ciclo, la profecía del retorno del dios es el cumplimiento del renacimiento del astro.

También señala que los relatos de las migraciones de los pueblos nahuas del posclásico cuentan que para llegar a Tula los diferentes grupos necesitaban pasar antes por cuatro lugares que simbolizan los cuatro rumbos del universo, de esta manera Tula está concebida como el centro del mundo. Como consecuencia de ser considerada el punto central del orbe, la ciudad también se pensaba como el origen de todos los conocimientos y de todas las artes que dominaron los antiguos pueblos nahuas. Asimismo, la figura de Quetzalcóatl, como primer sacerdote e inventor del calendario y la religión, se relacionaba con esta imagen de Tula como origen de todas las cosas buenas del mundo indígena antiguo.

³⁴ Eduard Seler, “¿Dónde se encontraba Aztlan, la patria [original] de los aztecas?”, en *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, Jesús Monjarás-Ruiz *et al.*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, p. 314.



La dimensión mítica de Tula como el paradisiaco centro de origen de todos los bienes materiales y espirituales del México antiguo, hizo que los diferentes pueblos indígenas trataran de presentarse como los herederos de la grandeza de esa ciudad: “Todos los que reclamaban su derecho a merecer el rango de nación civilizada [...] remontaban su origen, de una u otra forma, hasta Tollan, y en sus historias sabían reconocer exactamente, lugar por lugar, el camino por el cual pasaron sus antecesores para llegar desde Tollan hasta su patria posterior”.³⁵ Es por esta razón que en los relatos de la migración de los mexicas se cuenta cómo llegaron a las inmediaciones de Tula y se asentaron en Coatepec, “el cerro de la serpiente”, lugar del nacimiento de Huitzilopochtli, que, en la interpretación de Seler, es el nacimiento del sol y su victoria sobre los astros de la noche, la luna y las estrellas del sur. Con este relato los mexicas buscaban vincularse al pasado tolteca y adquirir parte de su prestigio como pueblo que es la encarnación misma de la excelencia artística y como constructores de una urbe espléndida.

Désiré Charnay (1828-1915)

Désiré Charnay,³⁶ personaje de origen francés, es uno de los pioneros de la arqueología en México y es el primero que emprende excavaciones en Tula Hidalgo.³⁷ Se destacó por sus exploraciones en el área maya y por el uso de la fotografía como forma de documentar sus trabajos arqueológicos. De sus estudios vinculados con los toltecas se consultaron “Mis descubrimientos en México y en la América Central. Viaje al Yucatán y al país de los lacandones”, de

³⁵ *Ibidem*, p. 315.

³⁶ Véase Renée Lorelei Zapata Peraza, “Désiré Charnay”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988 (Los protagonistas, 9, 10, 11) v. I, p. 567-587.

³⁷ Existe el antecedente de la visita que organizó la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1873, la comisión respectiva estaba conformada por Antonio García Cubas, Henry P. Manfred, Portes C. Bliss y Ord Zielh, véase el informe de García Cubas, “Ruinas de la antigua Tollan”, *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, 1873, 3a. época, v. I, n. 3, p. 173-187.

1884, y su libro *Les Anciennes villes du Nouveau Monde: Voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique centrale*, de 1885. Como su título lo indica, “Mis descubrimientos en México...” es antes que nada un relato de viajes, donde resume sus actividades y comenta sus principales hipótesis, mientras que *Les Anciennes villes du Nouveau Monde...* es una investigación más en forma.

Charnay parte, al igual que los eruditos mexicanos, de la premisa de la plena historicidad de Tula, los toltecas y Quetzalcóatl. En lo correspondiente a las fuentes escritas se funda sobre todo en los trabajos de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Mariano Veitia.³⁸ Debido al enfoque en sus textos no hay un tratamiento sistemático de las fuentes escritas, más bien ofrece un resumen de ellas tratando de vincularlo con sus exploraciones. El investigador francés manifiesta estar al tanto de los estudios de Brinton y Selser que niegan historicidad a los toltecas, considerándolos parte de mitos, pero, como buen arqueólogo opone a estas ideas los vestigios, restos y monumentos que ha encontrado en sus exploraciones, pues, por ejemplo, al relatar sus exploraciones en Tula asienta: “Las antigüedades que a cada paso se encuentran en la población nos ofrecen bastantes testimonios de tan curiosa civilización”.³⁹

En otra parte de sus trabajos reitera su posición respecto de la existencia histórica de los toltecas y si bien acepta que las tradiciones acerca de ellos presentan diversos problemas, sobre todo de índole cronológica, no por ello debe dudarse de su realidad histórica como lo hacen Brinton y Selser, es más los toltecas quedarán como una cultura primordial para el desarrollo de los antiguos pueblos del continente:

³⁸ Désiré de Charnay, “Las antiguas villas del Nuevo Mundo (capítulo IV)”, en *Proyecto Tula*, coordinación de Eduardo Matos coordinador, 2 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Secretaría de Educación Pública, 1974, p. 18: “Dos escritores se han dedicado especialmente a la historia de los toltecas: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de la familia real de Texcoco, y Mariano Veitia. El primero lo hace en su *Historia de los chichimecas*, sus relaciones y fragmentos, y el segundo en su *Historia antigua de México*”.

³⁹ Désiré de Charnay, “Mis descubrimientos en México y en la América Central. Viaje al Yucatán y al país de los lacandones”, *América pintoresca. Descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores, Carlos Wiener, doctor Crevaux, D. Charnay, etc., etc.*, México, Libros de México, 1981, p. 293.



Diversos autores modernos han negado su existencia, cuando todos los historiadores, sin excepción, concuerdan en atribuirles las civilizaciones americanas. Es cierto que los anacronismos son formidables, y será nuestra labor restablecer las fechas; pero es un hecho que el tolteca quedará como el [pueblo] civilizador de América por excelencia.⁴⁰

Esta última idea la sustenta en las semejanzas culturales que en el curso de sus investigaciones encontró entre Tula y Teotihuacan, por un lado, y entre Tula y Chichén Itzá, por el otro. En el caso de Tula y Teotihuacan se funda en las excavaciones de sendos conjuntos habitacionales en las urbes del centro de México, el llamado “Palacio tolteca” y su similar teotihuacano, pues la excavación dejó el descubierto que se trataba de “la misma distribución; patio interior, habitaciones sobrepuestas á diferentes niveles, desde cero á dos metros cincuenta y cinco y tres metros, como en Tula. Sólo que los aposentos de Teotihuacan eran más vastos y en la mayor parte había pilares”.⁴¹

Y en el caso de la relación de Tula con Chichén Itzá, Charnay es el primer estudioso en señalar las notables semejanzas entre ciertos tipos plásticos del Centro de México y el área maya, como las esculturas del tipo conocido como *chac mool*, así como las representaciones de guerreros con atavíos, armas, y posturas corporales similares, en ambas ciudades, así como los fustes de columnas serpentinadas, fundado en estos elementos comenta:

Es imposible no reconocer á primera vista la comunidad de origen de ambos monumentos. Las dos columnas distan más de trescientas leguas una de otra, y entre una y otra media un espacio de tiempo de muchos siglos; pero si una de ellas, la de Tula, es tolteca, ¿qué diremos de la otra? Que también lo es, porque la casualidad no puede producir semejantes similitudes.⁴²

⁴⁰ Charnay, “Las antiguas villas...”, capítulo IV, p. 18.

⁴¹ Charnay, “Mis descubrimientos...”, p. 309.

⁴² *Ibidem*, p. 390.



De esta manera su argumentación no se limita a lo dicho por los documentos novohispanos, sino que, aprovechando los vestigios materiales, amplía el rango de lo expuesto por la tradición.

Con estos elementos, para Charnay la importancia de los toltecas rebasa con mucho el centro de México y se convierte en el pueblo civilizador de todo el México antiguo, su influencia no sólo está en el remoto pasado de los pueblos indios, sino que se extiende hasta el periodo inmediato a la conquista española, pues los mismos mexicanos no eran sino continuadores de los grandes logros culturales de los toltecas, pues

el Anáhuac era civilizado cuando el azteca llegó a conseguir un lugar; los pequeños reinos de Atzacapotzalco, Colhuacan y Texcoco estaban en plena prosperidad. Estos pequeños principados habían recibido una rica herencia cultural de los toltecas, y transmitieron a los mexicanos lo que habían obtenido de aquéllos: artes, industrias, moral, filosofía, religión, todo venía de los toltecas, y el influjo que ejerció en los aztecas, pasando por los chichimecas y los acolhuas, es tan directa, las instituciones y las costumbres son tan semejantes, que podemos con certidumbre, por la falta de documentos extraviados, tomar en los historiadores de la conquista, todo o gran parte de las relaciones, para aplicarlas a los toltecas, ya sean éstos de las altas mesetas o de la América Central.⁴³

De esta forma, al aprovechar los restos de cultura material, en especial las obras plásticas y la arquitectura bajo un enfoque comparativo, Charnay extendía la idealización de los toltecas hecha en los textos coloniales al conjunto de los pueblos del México antiguo.

Walter Krickeberg (1885-1962)

Formado en el ambiente intelectual de la etnografía histórica alemana Walter Krickeberg prosiguió con los estudios iniciados por

⁴³ Charnay, “Las antiguas villas...”, capítulo IV, p. 20.

Seler sobre la religión y los dioses en la mitología del México antiguo. Entre las obras que tratan el problema de los toltecas destacan *Die totonaquen*, de 1918, sus notas y comentarios en *Märchen der azteken un inka-peruaner, maya und muisca*, de 1928, y *Altemexickanische kulturen*, de 1956. Los trabajos de Krickeberg constituyen un puente entre los autores del siglo XIX y las nuevas propuestas del siglo XX, puesto que él mismo estuvo intelectualmente marcado por este proceso. Sus trabajos representan un intento de síntesis entre el análisis de los textos y de los restos materiales. Krickeberg es uno de los primeros personajes de esta historia que desde el inicio contó con una formación universitaria y un cobijo institucional moderno, trabajó en el Museo Etnográfico de Berlín del que llegó a ser director.

En *Die totonaquen*, Krickeberg reconoce la existencia de una polémica entre los estudiosos respecto de los relatos de Tula; ahí señala la presencia de dos bandos; el primero, el de quienes defienden su existencia histórica y, el segundo, el de quienes por el contrario consideran que sólo es un mito; sin embargo, el autor piensa que la solución al problema es diferente, pues: “la verdad se halla, como generalmente sucede, en medio de ambos extremos: a pesar de todas las modalidades míticas no se puede desconocer un núcleo histórico en las leyendas de los toltecas”.⁴⁴ Por tal motivo, Krickeberg acepta el desglose que hizo Seler del problema de Tula en tres dimensiones temporales que, recordemos, son el de los toltecas míticos, el de los toltecas prehistóricos y el de los toltecas históricos. Al igual que Seler, considera que las leyendas de Tula y Quetzalcóatl “eran el mito más importante de los pueblos mexicanos”.⁴⁵ De esta manera, acepta la idea de Seler de la confusión de las fuentes, en las cuales se une la información de los tres niveles temporales constituyendo “un ovillo casi inextricable” entre lo mítico, lo prehistórico y lo histórico. Como ejemplo puede señalarse que las descripciones

⁴⁴ Krickeberg, *Los totonaca...*, p. 116.

⁴⁵ Walter Krickeberg, “Notas”, en *Mitos y leyendas de los aztecas, mayas y muisca*, edición de Walter Krickeberg, traducción de Johanna Faulhaber y Brigitte von Mentz, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, p. 219.

de los toltecas contienen ciertos elementos que deben considerarse simbolismos mitológicos, en tanto que otros aspectos pueden ser considerados “como adelantos culturales de los toltecas”.⁴⁶ Esto es, como datos que remiten a la realidad histórica de un pueblo en específico.

Krickeberg piensa que tiempo después de la destrucción de la Tula de Hidalgo, sus habitantes fueron identificados con los toltecas míticos, por lo cual, sobre la base de esos antiguos mitos, se agregaron datos y noticias históricas y geográficas pertenecientes a los habitantes de la Tula hidalguense; además, también se identificó a todos los restos de culturas anteriores a los registros documentales como de filiación cultural tolteca, pues “los toltecas fueron los creadores de toda cultura, de las artes técnicas y de la música, del sacerdocio y del culto y su rey-sacerdote fue el dios-héroe benefactor que deja recuerdos en muchas poblaciones”.⁴⁷ Además, los grupos nahuas se consideraron así mismos herederos de los toltecas.

El autor propone que es posible discernir en los textos un intento por dar un orden histórico a los mitos sobre Tula. Así, tenemos al principio un mito sobre una Tollan paradisíaca, base de los relatos de los toltecas; después, un momento en el cual la ciudad de Tula Xicocotitlan en Hidalgo es identificada con la Tollan del mito el cual es “anclado” o fijado en la cronología y se le incorporan elementos de los hechos históricos correspondientes a Tula Xicocotitlan y, finalmente, otro momento en el que todos los restos de los sitios antiguos son considerados como pertenecientes a los toltecas.

Krickeberg plantea que es posible separar los tres aspectos en el análisis. En el caso de las historias de Tollan, piensa que son mitos lunares en los que Tezcatlipoca representa la luna nueva, esto es, la luna oscura y negra que renace para oponerse a la luna menguante y moribunda que representa Quetzalcóatl. Los toltecas prehistóricos son aquellos pueblos anteriores a la fundación de Tula Xicocotitlan y de los cuales se carece de todo registro escrito o histórico y

⁴⁶ Krickeberg, *Los totonaca...*, p. 117, 121.

⁴⁷ Krickeberg, “Notas”, p. 220.

a quienes se debe lo principal del desarrollo cultural del México antiguo. Al identificar a los toltecas míticos como los habitantes históricos de Tula Xicocotitlan, los logros culturales que les atribuía la tradición fueron asignados a la urbe del estado de Hidalgo.

Como ejemplo de la confusión que existe entre los toltecas míticos y los habitantes de Tula Hidalgo, se puede señalar que al simbolismo de la Tollan mítica como centro del universo se añadió el sentido de la Tula Xicocotitlan histórica como capital de un imperio terrenal. Por eso, la primera parte de los relatos de las migraciones que van a Tollan son totalmente míticos, mientras que el itinerario posterior es histórico, porque toman como punto de referencia a Tula Xicocotitlan.⁴⁸ Otro ejemplo son las descripciones paradisíacas de Tollan, que obviamente no se corresponden con el auténtico entorno geográfico de la Tula de Hidalgo, pues no se refieren a la realidad histórica de esa ciudad, sino al simbolismo cosmológico de la Tollan mítica.

Sobre su pensamiento en torno a los toltecas históricos, esto es, los habitantes de Tula Xicocotitlan, es conveniente transcribir parte de las conclusiones a las que llegó en 1918 sobre los toltecas, ya que, como se verá después, fueron posteriormente asumidas por otro importante investigador. Dice Krickeberg:

Según el estado actual de las exploraciones, se puede resumir diciendo, que los toltecas históricos fueron los representantes de una antigua cultura naua [sic], limitada primitivamente a los Valles de México y Puebla, pero la cual se extendió después hacia el Sur y a lo largo de la antigua ruta comercial hacia la costa atlántica llegando hasta Tabasco, de donde otras bifurcaciones, muy llenas de vida, se extendieron hasta el norte de Yucatán, por un lado, y por el otro hasta Guatemala, Honduras, San Salvador y Nicaragua. En esta propagación asimiló muchos elementos de otras culturas, particularmente en la costa atlántica y en el país de los maya [sic], pero en su totalidad conservó bien su carácter naua [sic]. Por esto no es práctico ligar con ella otras

⁴⁸ Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, traducción de Sita Garst y Jasmin Reuter, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 43.



culturas tan heterogéneas, como la de Teotihuacán como ha sucedido varias veces.⁴⁹

Por último, Krickeberg anota cómo, en ciertos documentos, a las listas de gobernantes toltecas se suceden las listas de mandatarios de Culhuacan, con esto se establece un puente que da continuidad entre el poderío tolteca y la ciudad de los culhuas, de manera que “el héroe y dios de los tolteca [...] viene a ser el abuelo de los colhua asentados en Culhuacan”.⁵⁰ Continuidad que, a través del linaje de Acamapichtli, los mexicas reclamaron como propia para justificar su estado hegemónico. Así puede afirmar: “Hasta qué punto los soberanos aztecas se sentían ligados con la casa de Colhuacan lo muestra el hecho que ellos mismos se llamaban colhuas y se decían herederos directos de los reyes toltecas”.⁵¹ Con esto retoma la idea ya apuntada por Chavero de lo tolteca como fuente de legitimidad política de la élite de mando de los tenochcas.

Para cerrar

Esta etapa es un periodo de transición entre los historiadores eruditos de corte romántico y los estudiosos profesionales. También es una transición entre el trabajo de gabinete histórico tradicional y las tareas de las nuevas disciplinas vinculadas con la emergente ciencia antropológica. En este sentido es ilustrativa una breve comparación entre Brinton y Selser con Orozco y Chavero, los primeros son autores de estudios específicos y no pretendían ofrecer panoramas generales de toda una época o una región como los sabios mexicanos. También debe precisarse que ambos se formaron y trabajaron en el marco de instituciones universitarias y tenían una preparación formal en disciplinas humanísticas, que apenas se vislumbraban como posibles en México. Mientras que los mexicanos trataban de ofrecer panoramas coherentes de toda una época de la

⁴⁹ Krickeberg, *Los totonaca...*, p. 124.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 117.

⁵¹ Krickeberg, *Las antiguas...*, p. 211.



historia de México, Brinton y Seler pensaban en términos de estudios comparados con ejemplos tomados de diferentes culturas de todo el continente americano.

También en este periodo se da el abandono paulatino y definitivo —por lo menos en el mundo de la academia— de las interpretaciones de corte sobrenatural y trascendental para llegar a las explicaciones totalmente humanas y sociales. En consonancia con lo anterior se plantea de forma radical —para el estudio de la historia antigua, y a propósito de Tula y los toltecas— la explicación de las fuentes entre las posiciones antagónicas y mutuamente excluyentes del mito y la historia.

Es en este tiempo cuando se da un proceso que trata de identificar a la Tula de los relatos con alguna ciudad arqueológica, así surgen dos posibilidades, o se trata de Tula Xicocotitlan en Hidalgo, o Teotihuacan. Para algunos autores, basados por una parte en las tradiciones recogidas por Ixtlilxóchitl y por la otra en un lectura un tanto literal y superficial de las fuentes escritas en caracteres latinos, consideraron como contemporáneas a las ciudades de Tula y Teotihuacan, como lo hace el arqueólogo mexicano Leopoldo Batres en su libro *Teotihuacan o la ciudad sagrada de los toltecas*, de 1889, donde, a propósito de las pirámides del Sol y la Luna, escribe: “Aquellas inmensas moles, esas colosales pirámides, son los recuerdos más antiguos de la existencia de la raza tolteca que, extendida por casi todo el continente americano, dejó en los lugares que habitó imperecederos recuerdos de su grandeza”.⁵² Mientras otros autores apuntaron que la Tula de las tradiciones indígenas debía de ser Teotihuacan, como es el caso del obispo Francisco Plancarte y Navarrete en su obra *Tamoanchan. El Estado de Morelos y el principio de la civilización en México*, de 1911.⁵³ La discusión continuó en el siglo XX, como puede apreciarse en la importante obra de George

⁵² Leopoldo Batres, “Teotihuacan o la ciudad sagrada de los toltecas”, en *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, edición de Roberto Gallegos Ruiz, José Roberto Gallegos Tellez Rojo y Miguel Pastrana Flores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, p. 276-285.

⁵³ Francisco Plancarte y Navarrete, *Tamoanchan. El Estado de Morelos y el principio de la civilización en México*, Cuernavaca, Suma Morelense, 1982.



Vaillant *La civilización azteca*, de 1941, donde afirma: “Una serie de crónicas hace referencia a una importante civilización, a cuyos creadores podemos llamar toltecas de Teotihuacán, por su majestuosa capital. Otras historias hacen una relación del linaje de los jefes de tribus diferentes, que podemos distinguir como Toltecas Dinásticos”.⁵⁴ Sin embargo, en el mismo año que se publicaba la obra de Vaillant, en México tenía lugar una reunión académica que sería un hito notable en la investigación sobre la ciudad de Quetzalcóatl.

⁵⁴ George C. Vaillant, *La civilización azteca. Origen, grandeza y decadencia*, traducción de Samuel Vasconcelos, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 49.



REPLANTEAMIENTO Y PERSISTENCIA DE LA CUESTIÓN TOLTECA

¿Qué queda de la ciudad que antaño se elevaba aquí? No hablemos de los hombres, son las más efímeras de las criaturas, pero ¿qué queda de su civilización? ¿Qué reino ha subsistido, qué ciencia, qué ley, qué verdad?

Amin Maalouf, *Samarcanda*

Preámbulo

Para comprender mejor el periodo que va de fines de los años 30 hasta los años 70 del siglo XX es necesario tener en cuenta el contexto de creación de instituciones culturales vinculadas a la investigación del pasado mexicano. Estos años son los inicios de la profesionalización de la historia y la antropología, así como de la enseñanza formal y sistemática de estas disciplinas. El primer antecedente de esto son los cursos impartidos en la llamada Escuela Internacional de Arqueología en el Museo Nacional, donde enseñaron, entre otros, Eduard Seler, Franz Boas y Hermann Beyer. En este tiempo la Escuela de Altos Estudios se transforma en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), además en 1939 se crea el Instituto Nacional de Antropología e Historia, al cual se incorpora en 1942 el Departamento de Antropología, que entonces pertenecía al Instituto Politécnico Nacional, dando origen a la Escuela Nacional de Antropología. Asimismo, surgen otros centros de investigación humanística y antropológica como el Instituto de Historia de la UNAM en 1945, mientras la Casa de España en México, que con el tiempo se convertirá en El Colegio de México, comienza la formación de historiadores; por otra parte, la Sociedad Mexicana de Estudios Históricos se convierte, en 1937, en la Sociedad Mexicana de Antropología, lo que fue

un notable impulso al desarrollo de esta disciplina, todas estas instituciones permitieron renovar los estudios del pasado mexicano, y en algunas de ellas se formaron y luego impartieron clases varios de los autores que serán estudiados más adelante en esta obra.¹

En el contexto cultural conviene recordar que en 1941 aparece el famoso prólogo de Edmundo O’Gorman a la *Historia natural y moral de las Indias* de José de Acosta con lo que inicia en México tanto el análisis historiográfico como el estudio de la historia de la historiografía, tarea en la contribuyeron mucho los aportes de los sabios hispanos Ramón Iglesia y José Gaos, estudiosos ubicados en el llamado historicismo vitalista, corriente académica de la que este estudio es deudor.² En 1940 la Alemania nazi vence a Francia y el historiador francés Marc Bloch emprende la escritura de su afamada *Apología por la historia o el oficio de historiador*. En 1943 el etnólogo alemán Paul Kirchhoff propone el concepto de Mesoamérica, el cual, al paso de los años, se ha convertido en una herramienta conceptual básica para el estudio de la historia y la cultura del México antiguo. También se dará un impulso notable al estudio y edición de fuentes nahuas escritas en caracteres latinos como la publicación en 1945 de los *Anales de Cuauhtitlan* y la *Crónica mexicáyotl* de Hernando Alvarado Tezozómoc por el Instituto de Historia de la UNAM.³

En el terreno de los museos conviene recordar cómo, al abrirse en 1944 el Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec,

¹ Véase Wigberto Jiménez Moreno, “50 años de historia mexicana”, y Álvaro Matute, “La historiografía mexicana contemporánea”, ambos en *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones*, introducción y compilación de Evelia Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2010, p. 29-34 y p. 123-135 respectivamente.

² Véase Edmundo O’Gorman, *Cuatro historiadores de Indias*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974; Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros en ensayos*, introducción de Álvaro Matute, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 23-63; José Gaos, “Notas sobre la historiografía”, en José Gaos, *De antropología e historiografía*, México, Universidad Veracruzana, 1967, p. 283-318.

³ Véase Miguel León-Portilla, “La historia prehispánica en nuestro Instituto”, *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 63, enero-abril 2002, p. 3-63, y Edmundo O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, en *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 65, septiembre-diciembre 2002, p. 15-28.

se separaron las colecciones coloniales y del periodo independiente del viejo Museo Nacional, dejando las colecciones arqueológicas y etnográficas, lo que dará paso a la constitución del Museo Nacional de Antropología, ubicado primero en la Calle de Moneda y después, en 1964, en Chapultepec con motivo de la apertura de las nuevas instalaciones. Así, poco a poco se forjaron los marcos institucionales, educativos, profesionales y conceptuales indispensables para el estudio formal y sistemático del México antiguo. En este tiempo se transita —poco a poco— del mundo de los eruditos autodidactas al de los profesionales y estudiosos especializados; del ámbito de los autores de grandes sumas de conocimientos dirigidos a un público amplio al de los autores de artículos y capítulos de libros para especialistas.

Desde la perspectiva de análisis adoptada en este trabajo la primera Mesa Redonda de Antropología celebrada 1941 marca el inicio de un nuevo periodo en el debate sobre Tula y los toltecas, pues en ella se trató de determinar “a que población, entre varias llamadas ‘Tula’, se refieren los datos de las fuentes y hasta qué punto coinciden los datos arqueológicos, etnográficos y lingüísticos en corroborar o no esos datos de los documentos históricos”.⁴ La reunión surgió de la inquietud expresada por un grupo de enjundiosos investigadores del pasado indígena que ponían en entredicho la identificación de la Tula de las crónicas coloniales con Teotihuacan y proponían que en realidad se trataba de Tula Xicotitlan en Hidalgo.⁵

Los connotados investigadores asistentes a esta reunión interdisciplinaria partían de la premisa de la plena historicidad de los toltecas, para ellos el problema era determinar a qué sitio arqueológico correspondía la Tula de las fuentes; en ese momento había dos posibilidades, la monumental Teotihuacan, como se había venido sostenido

⁴ Wigberto Jiménez Moreno, “Conclusiones del profesor Wigberto Jiménez Moreno”, en *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, edición de Roberto Gallegos Ruiz, José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel Pastrana Flores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, p. 507.

⁵ Véase Alberto Ruz Lhuillier, *Guía arqueológica de Tula*, introducción de Wigberto Jiménez Moreno, México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México, 1945, y Jorge R. Acosta, “La ciudad de Quetzalcóatl”, *Cuadernos Americanos*, v. II, n. 2, marzo-abril 1942, p. 121-131.

por muchos años en México, o la relativamente modesta Tula Xicotitlan como proponía Wigberto Jiménez Moreno, secundado por Alfonso Caso y Jorge R. Acosta. Los términos del debate fueron muy intensos e interesantes y se cuenta que las diferencias llegaron a puntos muy álgidos. Se dice que fue a través de una votación a mano alzada como se llegó a aprobar la tesis de Jiménez Moreno.⁶

Es a partir de esta reunión que en el largo debate sobre la cuestión tolteca apareció con toda su fuerza e importancia una nueva invitada, la arqueología. Desde este momento, toda propuesta sobre el devenir de la ciudad de Quetzalcóatl tuvo que plantearse la necesidad de correlacionar la información de las fuentes documentales con los datos proporcionados por la arqueología.

Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985)

Wigberto Jiménez Moreno⁷ fue un historiador muy importante en la renovación de los estudios del México prehispánico, realizó sus estudios en la UNAM, en la Universidad de Harvard y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Jiménez Moreno buscó la unión de las perspectivas de las disciplinas de la historia y la antropología en el estudio del México antiguo, lo que le llevó a proponer una nueva disciplina con el nombre de etnohistoria la cual fue,

⁶ Véanse las “Conclusiones adoptadas por la reunión de la Primera Mesa Redonda de Antropología”, en *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, edición, compilación, traducción y notas de Roberto Gallegos Ruiz, José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel Pastrana Flores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, p. 513-514, y Laurette Séjourné, *Pensamiento y Religión en el México Antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1984, p. 94.

⁷ Sobre el autor véase Ernesto de la Torre Villar, “Wigberto Jiménez Moreno, 1909-1985 y su bibliografía antropológica e histórica”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. xxxv, n. 2, 1985, p. 309-333; Carlos Martínez Marín, “Wigberto Jiménez Moreno, una semblanza académica”, en *Historiadores de México en el siglo xx*, compilación de Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 211-234, así como Islas Jiménez, Celia y Víctor Alfonso Benítez Corona, “Introducción”, “Estudio preliminar”, en *Wigberto Jiménez Moreno, 1909-1985. Obras escogidas de la historia antigua de México*, edición de Cecilia Islas Jiménez y Víctor Alfonso Benítez Corona, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017, p. 13-37, 39-46.

desde 1953, un área de especialización y en 1973, se convirtió en licenciatura en el seno de la ENAH. Si bien Jiménez Moreno tiene un prestigio ganado y sus ideas gozaron de gran aceptación en el medio académico, su obra publicada sobre la cuestión tolteca es más bien escasa. Para este esfuerzo se han consultado varios trabajos que resumen su pensamiento sobre los toltecas. Primero, su artículo “Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, aparecido en 1941, el cual es una reelaboración de sus conclusiones presentadas en la ya mencionada mesa redonda, así como la “Introducción” que escribió para la *Guía arqueológica de Tula* de Alberto Ruz Lhuillier en 1945; también son importantes sus notas de clase del curso *Historia antigua de México* en 1953, su trabajo “Tula, ciudad de Quetzalcóatl” en 1954, así como su “Síntesis de la historia precolonial del Valle de México”, en 1955. Por otra parte, debe destacarse la importancia del planteamiento cronológico propuesto por Jiménez Moreno para Tula Xicocotitlan, pues gozó de gran aceptación y ha sido la base de la cronología arqueológica. Puede decirse que, en lo general, su propuesta sigue vigente.⁸

Este autor coincide con todos los demás al señalar el estrecho vínculo entre historia, mito y leyenda en las fuentes indígenas, pero manifiesta que todos los relatos, incluso los más fantásticos y de contenido cosmológico tienen un trasfondo histórico, tal es el caso de la llamada Leyenda de los Soles y del relato del surgimiento del Quinto Sol, pues piensa que “tienen el sentido de ser una nueva era histórica, la era histórica de los nahuas”.⁹ Y más adelante afirma que en todas las leyendas “hay un núcleo histórico”.¹⁰ Por esto el

⁸ Cfr. Wigberto Jiménez Moreno, “Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. V, n. 2-3, 1941, p. 79-83; Robert H. Cobean, “La alfarería tolteca”, en *La producción alfarera en el México antiguo*, coordinación de Beatriz Leonor Merino Carrión y Ángel García Cook, 5 v., México, Instituto Nacional de Antropología, 2005-2007, ils, v. IV, p. 57-75, y Osvaldo José Sterpone, “La quimera de Tula”, *Revista de Antropología Americana*, n. 37, 2005, p. 141-204.

⁹ Wigberto Jiménez Moreno, *Historia antigua de México*, México, Sociedad de Alumnos de la ENAH, 1953, p. 15. Agradezco a la maestra Rosa Camelo Arredondo el haberme facilitado la consulta de esta obra. La parte referente a los toltecas ha sido editada como “Historia tolteca”, en *Históricas*, edición de Miguel Pastrana Flores, n. 74, septiembre-diciembre 2005, p. 2-25.

¹⁰ Jiménez Moreno, *Historia antigua...*, p. 26.



problema no es propiamente si el contenido de los relatos remite o no a hechos realmente acontecidos, sino la gran distancia cultural que separa a los investigadores modernos del mundo mesoamericano, pues afirma que: “Hay que tener en cuenta que para poder entender el México antiguo hay que penetrar en la mente del indígena y desligarse de la manera occidental de pensar”.¹¹ Así, el nudo del problema no reside tanto en la información que proporcionan las fuentes, sino los modelos culturales de los estudiosos; y aunque el propio autor no aplica de forma sistemática este principio no deja de ser notable que lo destaque.

Por otra parte, reconoce el grave problema que entrañan las fuertes contradicciones entre las fuentes disponibles, pues en muchos aspectos parecen ser incompatibles entre sí, por eso advierte que “el historiador no debe jamás quedar conforme con desechar aquellas que no coincidan con las que considera más dignas de confianza, sino que debe trabajar hasta que explique [...] el porqué de esas discrepancias”.¹² Así lo hace él mismo a propósito de ciertas diferencias entre la obra de fray Juan de Torquemada y otras fuentes, y propone como posible solución que el franciscano recogió informaciones de una rama diferente del pueblo tolteca.

Ante todo, para Jiménez Moreno, Tula y sus habitantes tienen una existencia histórica real y es en ese sentido que intenta una reconstrucción relativamente pormenorizada de su devenir. De esta forma señala que los toltecas son los primeros personajes que se presentan en las tradiciones indígenas con plenas características de seres humanos y no como dioses, y que además cuentan con registros históricos. Por estas razones considera que la historia prehispánica propiamente dicha comienza con los toltecas. No niega que lo anterior sea historia, sólo que no es historia escrita: “Claro está que hay historia desde mucho antes, pero la historia documental sólo principia en el Valle de México hasta ese momento”.¹³

¹¹ *Ibidem*, p. 29.

¹² *Ibidem*, p. 34.

¹³ Wigberto Jiménez Moreno, “Síntesis de la historia precolonial del Valle de México”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 1954-55, v. XIV (parte 1), p. 219.

La aportación fundamental de Jiménez Moreno al problema de los toltecas consistió en demostrar que las fuentes indígenas del Altiplano Central al hablar de Tollan se refieren a la ciudad mesoamericana del estado de Hidalgo, a Tula Xicocotitlan.¹⁴ Sustenta su tesis principalmente en la lectura de la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún y en los *Anales de Cuauhtitlan*. Además, utilizó documentación colonial del Archivo General de la Nación a partir de la cual identificó en el terreno sitios toltecas mencionados en las crónicas.¹⁵ Las conclusiones a las que llegó Jiménez Moreno en 1941 en la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología eran exactamente las mismas que las de Krickeberg en 1918, y por eso citaba el mismo texto que se transcribió al final del apartado dedicado a ese autor. Debe acotarse que el autor no desestima el papel de Teotihuacan como antecedente y modelo cultural de Tula Xicocotitlan.¹⁶

Posteriormente distinguió tres etapas en la historia tolteca. En la primera, diversos grupos de habla náhuatl se establecieron en el Cerro de la Estrella y en la zona de Culhuacan. En la segunda, aparece Topiltzin Quetzalcóatl, el cual cambia la sede del Cerro de la Estrella a Tula, e inaugura una época de florecimiento material y espiritual en la que se difunde el culto al dios Serpiente Emplumada, el cual fue rechazado por los adoradores del dios Tezcatlipoca, con ello comenzó un conflicto social y político que desembocó en la salida de Topiltzin. Con este acontecimiento se inicia la tercera etapa de la historia tolteca, ciertamente la más larga, pero también la menos brillante, en la que Tula es gobernada por Huémac, quien vuelve a tener problemas sociales y políticos, abandona la ciudad y se refugia en Chapultepec, donde finalmente se suicida. Ulteriormente Tula es abandonada de manera definitiva y los toltecas emigran hacia otros lugares como Cholula.¹⁷

¹⁴ Wigberto Jiménez Moreno, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. V, n. 2-3, 1941, p. 79-83.

¹⁵ Wigberto Jiménez Moreno, "Introducción", en Alberto Ruiz Lhuillier, *Guía arqueológica de Tula*, México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México, 1945, p. 7-18.

¹⁶ Véase su artículo "Los portadores de la cultura teotihuacana", en *Historia mexicana*, julio-septiembre 1974, v. 24, n. 1, p. 1-12

¹⁷ Jiménez Moreno, "Síntesis...", p. 224-225.



En lo que toca a la relación que guardan los mexicas con lo tolteca Jiménez Moreno apunta su convicción de que estos intervinieron, de alguna forma, en la caída de Tula, “sólo que en sus anales nunca lo dicen, del mismo modo que un facineroso no revela sus antecedentes, pues todo su intento fue, posteriormente, injertarse en el árbol cultural tolteca”; los mexicas logran tener ese vínculo con los toltecas a través de su primer *tlahtoani* Acamapichtli, quien era descendiente de los gobernantes de Culhuacan, linaje que se suponía de origen tolteca; a través de ese lazo los mexicas “vinieron a considerarse como los herederos o sucesores del Imperio de Tula”.¹⁸ Con lo cual continuaría con esa línea interpretativa ya manejada por Chavero y otros autores.

Jorge R. Acosta (ca. 1904-1975)

Arriba se mencionó la importancia que la investigación arqueológica cobró en el debate sobre los toltecas desde el comienzo de los años cuarenta. En este contexto el arqueólogo que más trabajó en Tula Xicocotitlan fue Jorge R. Acosta,¹⁹ uno de los primeros graduados de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Sin embargo, a pesar de la notable duración, extensión y calidad de las exploraciones por él emprendidas, sus esfuerzos de síntesis fueron francamente escasos, así, sólo se han localizado dos artículos en los que intenta dar un panorama general de la cuestión tolteca, el primero, “Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula

¹⁸ Jiménez Moreno, *Historia antigua...*, p. 36.

¹⁹ Sobre Acosta y sus trabajos en Tula véase Eduardo Matos Moctezuma, “Jorge R. Acosta”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, coordinación de Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. IX, p. 45-52; Guadalupe Mastache y Robert Cobean, “La excavación monumental en Tula”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, coordinación de Ma. de la Luz del Valle Berrocal, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, 644 p., ils. (*Desarrollo técnico*, 6), p. 147-187; y Osvaldo José Sterpone, *Tollan a 65 años de Jorge Acosta*, México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007. La fecha de nacimiento de Acosta es incierta.

relativos a la época tolteca”, que data de 1954, y el segundo, “Los toltecas”, de 1976.

Como buen arqueólogo, Acosta pondera que en la discusión sobre el pasado tolteca todas las propuestas deben coordinar el estudio de las fuentes documentales con los materiales aportados por la arqueología, “cualquier intento de interpretación que se haga, debe ajustarse siempre a los datos arqueológicos”.²⁰ Sin embargo, reconoce que es más fácil decir esto que llevarlo a cabo, pues es común encontrar muchas diferencias entre el discurso de las fuentes escritas y los vestigios materiales que revela la arqueología. Como ejemplo puede mencionarse que los textos hablan de una pugna entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, pero Acosta sólo descubrió en Tula representaciones de Quetzalcóatl en su advocación de Tlahuizcalpantecuhtli, sin encontrar rastro alguno de Tezcatlipoca. Acosta ofrece varias tentativas de explicación alternativa, pero ninguna es suficientemente sólida ni convincente, dice que: “el problema es complejo y aunque se han presentado varias soluciones, la incógnita persiste. Ninguna de ellas explica satisfactoriamente por qué existe una incompatibilidad entre los datos arqueológicos y este hecho relatado por las crónicas. El problema queda abierto para futuras discusiones”.²¹

A pesar de este y otros problemas de correlación entre la historia y la arqueología, Acosta considera que la exploración arqueológica puede apuntarse un logro de primer orden en el debate tolteca al demostrar objetivamente la existencia de la ciudad de Quetzalcóatl, pues “con los trabajos en Tula, la cultura tolteca ha sido reivindicada de sus calumniadores quienes han llegado a tal extremo, de negar su existencia. Ahora sabemos que efectivamente existió”.²² Tanto así, que acepta sin mayores cambios la reconstrucción que hizo Jiménez Moreno de la historia tolteca y agrega que Topiltzin

²⁰ Jorge R. Acosta, “Interpretación de algunos datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos (Antes Revista Mexicana de Estudios Históricos)*, 1956-1957, v. XIV (Segunda parte), p. 104.

²¹ Acosta, “Interpretación de algunos datos...”, p. 108. Conviene señalar que en 1989 fue encontrado en Tula Xicocotitlan un fragmento de pilastra con las figuras de Tezcatlipoca y Tláloc en relieve.

²² *Ibidem*, p. 110. Los “calumniadores” son Brinton y Selser.

Quetzalcóatl fue un hombre excepcional que gobernó a los toltecas con tan buen éxito que la ciudad y sus habitantes fueron considerados modelo de grandeza y suma destreza en el arte.²³ Incluso propuso que el personaje está representado en un relieve de una de las pilastras del templo de Tlahuizcalpantecuhtli o Pirámide B, donde se ve la figura de un guerrero y arriba de su cabeza está el nombre jeroglífico de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada.²⁴

Acosta señaló un nuevo elemento desde el punto de vista de la antropología en la relación entre los toltecas y los mexicas, el de la continuidad cultural vista desde los materiales arqueológicos. Al respecto refiere una serie de rasgos culturales comunes entre Tula y Tenochtitlan que revelan un nexo de filiación cultural, como es la presencia de modelos escultóricos semejantes, representados por los llamados atlantes, las figuras humanas recostadas conocidas como *chac mool*, las banquetas policromadas con procesiones de guerreros; también hay una iconografía similar de los dioses, por la cual es posible establecer que las deidades de los toltecas se encuentran entre los mexicas; así como otros aspectos más. El proceso inició con la caída de Tula y la salida de grupos que se asentaron en nuevas poblaciones, ahí combinaron su cultura y generaron la de los mexicas, “que no es más que la continuación de Tula a través de Tenochtitlan”.²⁵ Así, toltecas y mexicas son exponentes de la misma tradición de cultura material.

²³ Jorge R. Acosta, “Los toltecas”, en *Los señoríos y estados militaristas*, coordinación de Román Piña Chan, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976, 368 p., ils. (México, Panorama Histórico y Cultural, IX), p. 138.

²⁴ Jorge R. Acosta, “La zona arqueológica”, en *Tula. Guía oficial*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1967, p. 48-50. Hoy en día es claro que está escrito el nombre del personaje en el sistema de escritura jeroglífica náhuatl el cual es, efectivamente, Quetzalcóatl. Dicho relieve se describe y reproduce en Beatriz de la Fuente, Silvia Trejo y Nelly Gutiérrez Solana, *Escultura en piedra de Tula. Catálogo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 238 p., ils. (Cuadernos de Historia del Arte, 50), p. 93-94, ilustración 69, y en Elizabeth Jiménez García, *Iconografía de Tula. El caso de la escultura*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998, 518 p., ils. (Científica, 364), p. 111-113. Sobre el sistema nahua de escritura véase María Elena Vega Villalobos, “El funcionamiento de la escritura jeroglífica náhuatl, la propuesta de Alfonso La Cadena”, *Saberes. Revista de historia de las ciencias y las humanidades*, v. 2, n. 6, México, julio-diciembre 2019, p. 7-31, <http://www.saberesrevista.org/ojs/index.php/saberes/issue/view/6>

²⁵ Acosta, “Interpretación de algunos datos...”, p. 109.

Hugo Moedano Köer (19??-1955)

Entre los ayudantes con los que contó Acosta en las primeras temporadas de exploración en Tula se encontraba Hugo Moedano Köer,²⁶ joven estudiante de arqueología de la ENAH quien también fue alumno de Jiménez Moreno. Posteriormente Moedano trabajó en el centro histórico de la ciudad de México. Lamentablemente la obra escrita de Moedano es escasa. Para este trabajo son de interés su tesis profesional “Tollan. Algunos de los problemas históricos y arqueológicos de Tula, y su probable solución” de 1946, el artículo “El friso de los caciques” de 1947, así como varias notas en periódicos.²⁷

En su tesis, Moedano hace un excelente resumen de las ideas de Jiménez Moreno sobre los toltecas y de los descubrimientos arqueológicos hasta entonces realizados, trata de correlacionarlos al considerar que “no solo por medios históricos, sino valiéndose de la arqueología, se puede probar la gran influencia que sobre los mexicas de Tenochtitlan ejerció el complejo cultural tolteca”.²⁸ En ese sentido, Moedano acepta la idea de la historicidad del pueblo tolteca y su gobernante Quetzalcóatl. El interés que tiene la tesis de Moedano estriba, entre otros, en los siguientes elementos, muestra un esquema de cómo se encontraban los grandes segmentos de las cariátides de Tula al momento de su descubrimiento. Tiene un

²⁶ Véase Felipe Montemayor García, “Hugo Moedano Köer”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. II, p. 600-604. Desconozco la fecha de nacimiento de Moedano.

²⁷ Hugo Moedano, “Las cariátides de Tula y los hallazgos de Guatemala 12”, *El Nacional*, 24 de agosto de 1944, v. XXI, n. 5531, p. 3, 10; “¿La cultura azteca es realmente azteca? Significación de los últimos hallazgos arqueológicos en la ciudad de México”, *Hoy*, 4 de noviembre de 1944, p. 54-57; “El friso de los caciques”, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 1947, t. II, p. 113-136; “El nexo cultural entre los aztecas y los toltecas”, *El Nacional*, 4 de noviembre de 1944, v. XXI, n. 5603, p. 2, 5; “Un sensacional descubrimiento, la influencia de los toltecas en Tenochtitlan”, *El Universal*, 13 de agosto de 1944; “Tula y sus problemas”, *El Nacional*, 10 de septiembre de 1944, v. XXI, n. 5549, p. 3, 5. Agradezco a Pavel Luna por su apoyo para la localización de estos artículos.

²⁸ Hugo Moedano Köer, “Tollan. Algunos de los problemas históricos y arqueológicos de Tula, y su probable solución”, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1945-1946. Agradezco a Clementina Battcock el facilitarme este trabajo. Véase también de Moedano “Las cariátides de Tula y los hallazgos de Guatemala 12”, *El Nacional*, 24 de agosto de 1944, v. XXI, n. 5531, p. 3, 10.

mapa moderno con la ubicación de los sitios mencionados por la tradición indígena identificados en el terreno por Jiménez Moreno. Como ya se mencionó, Moedano también participó en las exploraciones del centro de la ciudad de México, en particular en los trabajos arqueológicos en el predio de Guatemala número doce que sacaron a la luz una serie de notables esculturas con claras semejanzas con las halladas en Tula, específicamente esculturas de guerreros que son versiones a escala de los famosos “atlantes” de Tula Hidalgo. En consecuencia, Moedano estaba convencido de la profunda relación entre la cultura mexica y la tolteca; así, se vale de un paralelismo con el mundo clásico mediterráneo, pues

el mismo fenómeno sociológico que se operó en los latinos al conquistar a los helenos se operó con los mexicas al conquistar a los toltecas: lograron su completa sujeción, y destruyeron su ciudad hasta hacerlos emigrar, pero a la larga fueron ellos los conquistados, ya que de una manera u otra el gran acervo del complejo cultural tolteca absorbió casi por completo todos los aspectos de la vida del pueblo conquistador. Así como en Roma los césares se jactaron de descender de dioses del Olimpo así también los gobernantes mexicas se jactarán de descender de dioses del panteón tolteca.²⁹

De esta forma, y desde el punto de vista de la cultura material y de la iconografía, Moedano considera que Tula Xicocotitlan y Tenochtitlan son partícipes de las mismas formas culturales y son parte de la misma civilización.

A pesar de los logros de la exploración arqueológica en Tula, así como de la aprobación mayoritaria que recibieron las ideas de Jiménez Moreno, no todos los participantes en la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología estuvieron de acuerdo con las conclusiones a las que se llegaron. Varios autores continuaron sosteniendo que la Tula de las fuentes, la gran ciudad

²⁹ *Ibidem*, p. 160. Véase del mismo Moedano “¿La cultura azteca es realmente azteca? Significación de los últimos hallazgos arqueológicos en la ciudad de México”, *Hoy*, 4 de noviembre de 1944, p. 54-57; “El nexa cultural entre los aztecas y los toltecas”, *El Nacional*, 4 de noviembre de 1944, v. XXI, n. 5603, p. 2, 5; “Un sensacional descubrimiento, la influencia de los tolteca en Tenochtitlan”, *El Universal*, 13 de agosto de 1944.

de Quetzalcóatl era Teotihuacan, entre quienes pensaban esto destacan dos arqueólogos, el mexicano Enrique Juan Palacios y la italiana Laurette Séjourné.³⁰

Enrique Juan Palacios (1881-1953)

Formado dentro de una perspectiva intelectual muy tradicional, previa a la profesionalización que representaban los jóvenes recién egresados de la Escuela Nacional de Antropología e Historia como Acosta, Enrique Juan Palacios³¹ era un exponente de las viejas ideas y las técnicas usadas por los grandes eruditos del Museo Nacional; también fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fue uno de los principales defensores de la identificación en los textos de Tula con Teotihuacan en la mesa redonda de Antropología. Para conocer sus ideas se utiliza un texto titulado “Teotihuacan, los toltecas y Tula” de 1941, que es la versión escrita de su participación en la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología.

Antes de examinar someramente su trabajo conviene señalar que ya antes Palacios se había manifestado convencido de identificar a los constructores de Teotihuacan con los toltecas de las crónicas. En dos estudios escritos en colaboración con Miguel Othón de Mendizabal se daba cuenta de los hallazgos, entonces muy recientes, del equipo dirigido por Manuel Gamio en el conjunto arquitectónico llamado “La ciudadela”, por los cuales se puso al descubierto

³⁰ Esta es una idea recurrente en otros estudios posteriores, como los de Enrique Florescano, *El mito de Quetzalcóatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, “La saga de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl”, *Relaciones*, verano 2003, v. XXIV, n. 95, p. 201-234, y Shanon Dugan Iverson, “Los eternos toltecas, historia y verdad durante la transición del periodo azteca al colonial en Tula, Hidalgo”, *Arqueología Iberoamericana*, 2018, año X, v. 37, suplemento 3, p. 3-27.

³¹ Véase la tesis de Haydeé López Hernández, “Historia y olvido. Enrique Juan Palacios Mendoza, 1881-1953, y los estudios históricos arqueológicos en México, México”, tesis de maestría en Historia de la Ciencia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2006. Es de lamentar que la autora dedique poco espacio justamente a la participación de Palacios en la mesa redonda de 1941. Por lo demás, el trabajo de López es excelente.

el edificio conocido como “Templo de Quetzalcóatl”, por su decoración de serpientes emplumadas, esto convenció a Mendizábal y a Palacios de la autoría tolteca del edificio.³²

Regresando a los resultados de la mesa redonda de Antropología lo primero que llama la atención del artículo “Teotihuacan, los toltecas y Tula”, es que no se haga ninguna reflexión, comentario o apunte sobre el carácter de las fuentes indígenas escritas en caracteres latinos y los problemas para su interpretación, lo cual supone que para el autor eran por completo confiables, conceptualmente claras y por ello no requerían de ningún trabajo crítico especial para su aprovechamiento. De hecho, considera que las descripciones de Tula como un lugar extraordinario son correctas y lo que deben hacer los investigadores es buscar un sitio arqueológico que se corresponda con ellas, naturalmente sólo Teotihuacan parece tener las condiciones necesarias para eso; es más, la presencia de representaciones de serpientes emplumadas en el llamado Templo de Quetzalcóatl en Teotihuacan lo convencen plenamente de la identidad de los lugares, “el carácter ostensible de Teotihuacan como centro de muchas tradiciones que se concentran en torno del legendario nombre de Tula o Tollan, paréceme manifiesto e indisputable”.³³ Este templo prueba, además, que el culto al dios Serpiente Emplumada fue el acicate espiritual para la construcción de esa gran ciudad.

Palacios considera que es posible que en Tula Xicocotitlan existieran ciertos personajes que se ostentaran como toltecas y que incluso usaran el nombre de Quetzalcóatl: “pero debe distinguirse entre un Quetzalcóatl humano y la gran divinidad creadora, capaz de inspirar la erección del grandioso Templo de Teotihuacán”.³⁴ Es por esto que, en el mejor de los casos y desde su punto de vista, la Tula de Hidalgo es sólo un remedo, una simple copia tardía y

³² Miguel Othón de Mendizábal y Enrique Juan Palacios, “El templo en Teotihuacán”, y “Quetzalcóatl y la irradiación de su cultura en el antiguo territorio mexicano”, en *Obras completas*, Miguel Othón de Mendizábal, 6 v., México, Cooperativa de Trabajadores de los Talleres Gráficos de la Nación, 1946, v. II, p. 343-353.

³³ Enrique Juan Palacios, “Teotihuacan, los toltecas y Tula”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 1941, v. V, n. 2-3, p. 115.

³⁴ *Ibidem*, p. 131.

pobre, de la auténtica Tollan Teotihuacan. Debido a la brevedad de sus trabajos, en ellos no se discuten los vínculos entre los toltecas y los mexicas.

Laurette Séjourné (1911-2003)

Laurette Séjourné,³⁵ investigadora, es una figura peculiar en la historia de la arqueología mexicana. Con una formación previa en Europa en artes cinematográficas, llega a México a estudiar arqueología en la ENAH. Se destacó por sus excavaciones en Teotihuacan y la publicación oportuna de sus resultados en libros muy bien ilustrados. Tuvo influencias de las ideas de Mircea Eliade, del psicoanálisis, el surrealismo y emprendió la búsqueda de una vía de espiritualidad en el mundo indígena. Se ocupó de la cuestión tolteca en varias obras, entre ellas el artículo “Tula, la supuesta capital de los toltecas”, en 1954, así como los libros, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, de 1957, *El universo de Quetzalcóatl* de 1962, *Teotihuacan, capital de los tolteca*, de 1969, en los cuales expone las mismas ideas.

Séjourné trata de compaginar algunas de las propuestas de Jiménez Moreno con las objeciones de Palacios. Por esta razón, recurre a la aceptación de las fechas de la historia de Tula Xicocotitlan planteadas por Jiménez Moreno en la mencionada Mesa Redonda de Antropología y admite como totalmente veraces, claras y objetivas las descripciones de las fuentes, principalmente la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, acerca de la grandiosidad de los toltecas, así como de las virtudes y enormes alcances espirituales de la doctrina que atribuye a Quetzalcóatl. De tal forma que no somete a mayor crítica ni análisis histórico

³⁵ Véase Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 610 p., láms, p. 491-492; y el coloquio en línea Asedios a Laurette Séjourné, Coordinación Nacional de Antropología, “22 de septiembre de 2022. Coloquio Asedios de Laurette Séjourné” (vídeo), 22 de septiembre de 2022, <https://www.youtube.com/watch?v=DzaZ0fCGeDg> (consulta: 18 de noviembre de 2022).



o historiográfico a las tradiciones indígenas consignadas en las fuentes novohispanas.

En este sentido, considera que la Tollan que describen las fuentes fue una ciudad real, gobernada por un personaje igualmente real, Quetzalcóatl. Este último fue el creador de un gran legado espiritual y humanista, mientras que Tollan fue el centro irradiador de todos los elementos de alta cultura del México antiguo; por así decirlo, la ciudad de los toltecas fue el centro civilizador de toda Mesoamérica tanto en lo material como en lo espiritual. Por supuesto que al contrastar esta imagen idílica del pasado tolteca con los vestigios arqueológicos de Tula Xicocotitlan y las fechas propuestas por Jiménez Moreno no hay posibilidad alguna de correlacionar de manera coherente todas las informaciones, así afirma que “uno se queda perplejo ante la imposibilidad de encontrar correspondencias a las diferentes etapas culturales de los toltecas con la existencia de una ciudad que, como la *Tula* de Hidalgo, se sitúa con exactitud —y esto gracias al aporte inestimable de Jiménez Moreno— entre los años 968 y 1168”.³⁶

Por supuesto que un centro en que se crea, desarrolla y transmite toda la cultura urbana y material al conjunto de Mesoamérica no puede corresponder a las fechas relativamente tardías que dan las fuentes (s. X-XII), por lo tanto la conclusión obligada es que la verdadera Tollan, la urbe irradiadora de la cultura y sede del penitente Quetzalcóatl es en realidad Teotihuacan, mientras que la Tula hidalguense es un centro posterior que usó el antiguo nombre y donde vivió otro personaje que tomó el prestigiado pelativo del sacerdote del dios Serpiente Emplumada, por lo cual afirma que: “Es verdad que existe en la historia del siglo X un sacerdote de *Quetzalcóatl* que parece haber desempeñado un papel importante en el nacimiento de *Tula*, pero resulta difícil en verdad confundirlo con el creador de una vasta cultura, como ocurriría si consideráramos a esta ciudad como la capital de los toltecas”.³⁷

³⁶ Laurette Séjourné, “Tula, la supuesta capital de los toltecas”, *Cuadernos Americanos*, México, v. LXXXIII, n. 1, enero-febrero 1953, p. 156.

³⁷ *Ibidem*, p. 157.

Para Séjourné, Quetzalcóatl había sido ante todo un reformador religioso de tiempos teotihuacanos (100-650), creador de una forma depurada de espiritualidad que permeó todo el México antiguo, quien es “el origen de toda vida espiritual, y tal es la causa de que es considerado como el demiurgo por excelencia”.³⁸ Pero el legado de este idílico personaje, fundado en la práctica de la penitencia y en una vida contemplativa, no fue seguido en el Posclásico tardío (1200-1521) por los mexicas, quienes a pesar de tenerlo como una de las figuras fundamentales de su herencia cultural, manipularon las cosas para que fuera una herramienta más de su dominio militar y de sus sacrificios humanos, “apoderándose de una herencia espiritual que transformó, traicionándola, en arma de dominación”.³⁹ Así, la religión del estado mexica en los tiempos inmediatos a la conquista era una forma distorsionada y manipulada de la herencia espiritual de Quetzalcóatl.

El problema fundamental de la tesis de Séjourné es su falta de sentido crítico frente a las fuentes mismas al aceptarlas tal como aparecen, sin hacer un análisis textual de ellas e interpretándolas de manera literal; así como su voluntad apriorística para construir un personaje totalmente imbuido de un supuesto mensaje místico, aún en contra de los materiales mismos, tanto documentales como arqueológicos, su acendrado individualismo metodológico que la lleva a centrar en la figura idealizada de Quetzalcóatl todos los aspectos relevantes de la sociedad teotihuacana, que para ella es la cultura tolteca original y modelo espiritual para toda Mesoamérica. Al respecto puede citarse el juicio adverso de López Austin, “la imagen del sabio-redentor-iluminado-santo que por la magnitud espiritual dirige pueblos, crea civilizaciones y salva a los hombres del pecado, debe ser conducida a un merecido abandono por ominosa, por humillante, por justificadora de oprobiosos yugos, por falsa”.⁴⁰

³⁸ Séjourné, *Pensamiento y religión...*, p. 34.

³⁹ *Ibidem*, p. 35-36.

⁴⁰ Alfredo López Austin, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, 2a. edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 210 p. (Serie de Cultura Náhuatl Monografías, 15), p. 38.



De esta manera, pese a los acuerdos alcanzados en la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología y a los aparentemente irrefutables éxitos de la arqueología, el problema de Tula estuvo lejos de resolverse, muestra de ello son los cuestionamientos que se hicieron a las ideas dominantes de Jiménez Moreno y a las dificultades que enfrentaron quienes intentaron reconstruir la historia tolteca.

Paul Kirchhoff (1900-1972)

Parte de la renovación de los planteamientos sobre Tula y de todo el México antiguo se debe a los estudios de Paul Kirchhoff;⁴¹ quien formado como etnólogo de escuela europea y desde un enfoque antropológico materialista aportó, entre otras cosas, el concepto de Mesoamérica, así como diversas cuestiones teóricas y relevantes estudios particulares. Sobre Tula, Kirchhoff publicó dos artículos importantes, “Quetzalcóatl, Huémac y el fin de Tula”, en 1955, y “El imperio tolteca y su caída”, en 1961.

En el artículo “Quetzalcóatl, Huémac...”, Kirchhoff parte de la premisa del fondo histórico de las tradiciones indígenas, por esta razón piensa que es posible llegar a escribir la historia del primer grupo mencionado en los documentos escritos, los toltecas, y advierte que si “todavía no la hemos escrito porque es tanto lo que nos falta saber de ella y que resulta indispensable para escribirla”.⁴² Entre otras interrogantes es necesario conocer cuál fue la extensión territorial de sus dominios, los pueblos y ciudades que comprendía, cuál era su forma de gobierno, pues “no sabemos qué clase de ‘imperio’ era”.⁴³ Kirchhoff se muestra convencido de que en las fuentes existe suficiente material para responder a estas y otras

⁴¹ Véase Adriana Zapett Tapia, “Paul Kirchhoff”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas 9, 10, 11), v. II, p. 352-360.

⁴² Paul Kirchhoff, “Quetzalcóatl, Huémac y el fin de Tula”, *Cuadernos Americanos*, México, noviembre-diciembre 1955, v. LXXIX, n. 6, p. 163.

⁴³ *Idem*.

interrogantes sobre los toltecas, pero si aún no se ha escrito su historia “no es por escasez de documentos sino de investigadores”.⁴⁴

Uno de los principales obstáculos para comprender la historia tolteca son las numerosas contradicciones en las fuentes —de las que ya Clavigero y Chavero se quejaban— sobre lugares e individuos con varios nombres y la presencia de distintas fechas para el mismo suceso. Para explicar esto Kirchhoff utiliza una propuesta de Jiménez Moreno sobre la existencia simultánea en Mesoamérica de distintos calendarios que, justamente, permitían asignar fechas diversas a los mismos hechos.⁴⁵ Según Kirchhoff, los cronistas coloniales compaginaron las diferentes tradiciones calendáricas y las ordenaron en una sola secuencia temporal dentro de sus obras históricas, causando con ello una gran confusión en los datos y el desconcierto de los investigadores posteriores, pues: “un acontecimiento que en una crónica es anterior a otro, en una segunda es simultáneo con él, y en la tercera le sigue”.⁴⁶

Sobre esta base de crítica documental Kirchhoff procede a estudiar un problema muy concreto de la historia tolteca, el de la ubicación temporal de dos gobernantes emblemáticos de la ciudad, Quetzalcóatl y Huémac. Las crónicas señalan dos posibilidades, la primera es que Quetzalcóatl esté al principio de Tula y Huémac al final, como sostiene Jiménez Moreno, y la segunda, que los dos sean contemporáneos y se ubiquen al final de la historia tolteca. “Las dos interpretaciones [...] no dejan lugar para una tercera opción intermedia que representara un compromiso entre los extremos”.⁴⁷ Kirchhoff tratará de demostrar la verdad de la segunda opción.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 164.

⁴⁵ Véase Paul Kirchhoff, “Calendarios tenochca, tlatelolca y otros”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. 14, n. 2, 1954-1955, p. 257-267; Wigberto Jiménez Moreno, “Diferente principio del año entre diversos pueblos y sus consecuencias para la cronología prehispánica”, *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, prehistoria, historia antigua y lingüística mexicanistas. Homenaje a Hermann Beyer*, 1958, v. 9, p. 137-152. Hay una discusión de las teorías de Kirchhoff y Jiménez Moreno en la obra de Hanns J. Prem, *Manual de la antigua cronología mexicana*, México, Miguel Ángel Porrúa/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2008. Agradezco a Gabriel Kruell por estas referencias.

⁴⁶ Kirchhoff, “Quetzalcóatl...”, p. 172.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 164.



Partiendo de la idea de la confusión cronológica de las fuentes, Kirchhoff llega a la conclusión que las obras que presentan a Quetzalcóatl al principio de la historia tolteca están equivocadas y que tanto este personaje como Huémac efectivamente fueron contemporáneos. Aunque, de aceptar esta propuesta, el conocimiento del devenir de los toltecas se reduciría sólo al fin de su ciudad. La solución adoptada por Kirchhoff deja sin contestar realmente por qué en los *Anales de Cuauhtitlan* aparece Quetzalcóatl como el fundador de Tula, y nos deja con la inquietud de saber la razón por la cual un personaje que gobierna tan poco tiempo es tan relevante y mencionado en las fuentes, y por qué motivos se le atribuyó la invención de todas las artes.

En el segundo artículo Kirchhoff emprende una propuesta de reconstrucción de las dimensiones y estructura del “imperio” tolteca. Para hacerlo apunta una consideración metodológica en el análisis de los documentos indígenas, afirma que en el México antiguo existía una correlación entre los esquemas de pensamiento cosmológico y la organización social, pues: “El hombre mexicano [...] modeló incluso toda su vida social a imagen de la concepción de su mundo religioso, con iguales principios fundamentales tanto para el mundo real como para el únicamente pensado”.⁴⁸ Según esta idea cuando en una fuente se hacen referencias simbólicas sobre algún pueblo o grupo aparte de las consideraciones de orden religioso, también se aportan datos útiles para conocer aspectos de su organización social.

Kirchhoff aplica este principio en el caso de Tula, pues recuerda la interpretación de Seler según la cual la ciudad de los toltecas era el centro del universo y los grupos recorrían ciertos lugares vinculados a los cuatro puntos cardinales antes de llegar a ella; Kirchhoff está de acuerdo con esta propuesta, pero además sostiene que no sólo es un simbolismo cosmológico, como sustentaban Seler y Krickeberg, sino que revela la organización espacial de los dominios

⁴⁸ Paul Kirchhoff, “El imperio tolteca y su caída”, en *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, recopilación de Jesús Monjarás-Ruiz et al., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, p. 261.

toltecas en cinco cuadrantes siguiendo en la tierra un plano ideal del mundo: “Tullan estaba situada no sólo en el punto central de un imperio tolteca mítico, como supone Seler, ¡sino también en el centro del imperio existente!”.⁴⁹ Esto lo lleva a proponer una estructura hipotética de los dominios terrenales de los toltecas. Sería una idea similar a la expresada por Chavero, el mito y el símbolo no sólo remiten al mundo de lo ideal, sino también a una práctica social, sólo que lo aplica a la organización espacial y no solo a los acontecimientos. De esta forma, Kirchhoff propone una importante herramienta analítica para el estudio e interpretación de la historiografía de tradición indígena y para la reconstrucción histórica del pasado mesoamericano.

César Augusto Sáenz Vargas (1916-1998)

Al comienzo de los años sesenta el arqueólogo nicaragüense egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, César A. Sáenz,⁵⁰ publicó en 1962 su tesis de maestría para tratar de dilucidar la escurridiza figura de Quetzalcóatl, “ya que abarcando tantos y tan diferentes aspectos es casi un tema inagotable”.⁵¹ Sáenz, al igual que el resto de los estudiosos, señala los serios problemas de interpretación que presentan en las fuentes para el estudio de Quetzalcóatl, pues “los informes habidos no todos concuerdan, confundiendo los mitos, muchas veces, con los datos históricos y las fechas, y dando como resultado una complejidad de ideas al respecto”.⁵² Aunque no propone una forma concreta de abordar las contradicciones de las fuentes escritas. El autor señala el tópico

⁴⁹ *Ibidem*, p. 261.

⁵⁰ Véase Ángel García Cook, “Cesar Augusto Sáenz Vargas”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, coordinación de Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. III, p. 405-412.

⁵¹ César A. Sáenz Vargas, *Quetzalcóatl*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962, ils., p. 8.

⁵² *Ibidem*, p. 9.

recurrente del problema de la confusión entre el mito y la historia en las fuentes, productos de la unión de diferentes personajes históricos con un héroe cultural y un dios, todos llamados Quetzalcóatl. Así, habla de sacerdotes que llevaban el nombre y portaban la indumentaria de la deidad, pero además afirma que existió “un héroe cultural, gobernante y sumo sacerdote de Tula. La imaginación indígena tejió alrededor de este último personaje toda clase de leyendas, con el resultado de que es casi imposible delinear dónde termina la relación de hechos reales y dónde comienza la mitificación”.⁵³ Lo que es una versión moderna de la añeja idea del evemerismo.

Por otra parte, señala la presencia temprana de representaciones de la serpiente emplumada en el área maya, pero estas son muy diferentes del culto Posclásico de Quetzalcóatl y sus advocaciones como Ehécatl numen del viento. Por lo que considera que es en Tula Hidalgo y en la Cholula del Posclásico “el punto de origen de este dios”.⁵⁴ Respecto de la relación con los mexicas estos se presentan implícitamente como herederos del culto a Quetzalcóatl fraguado en la época tolteca, y su mayor importancia radica en que a la llegada de los castellanos a tierras indias fueron confundidos con la deidad que regresaba a gobernar las ciudades nahuas, lo que facilitó la conquista europea.

Henry B. Nicholson (1925-2007)

En 1957 el investigador estadounidense Henry B. Nicholson⁵⁵ presentó su tesis doctoral sobre la figura de Quetzalcóatl, misma que fue publicada hasta 2001 con el título de *Topiltzin Quetzalcóatl: The Once and Future Lord of the Toltecs*. Aunque la tesis estuvo inédita mucho tiempo, algunas copias del trabajo fueron accesibles a algunos

⁵³ *Idem.*

⁵⁴ *Ibidem*, p. 46.

⁵⁵ Véase Eduardo Matos Moctezuma, “Henry B. Nicholson. Obituario”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 2007, v. XXXVIII, p. 477-507.

especialistas.⁵⁶ Además de este estudio Nicholson dedicó otros trabajos a la cuestión, entre ellos se puede mencionar “Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan: A Problem in Mesoamerican Religion and History”, de 1979.

El libro de Nicholson es una primera tentativa de estudiar de manera global el problema de la enorme diversidad de las fuentes documentales e historiográficas, así como sus grandes contradicciones, se trata de una revisión exhaustiva de todos, o casi todos, los textos de tradición indígena y española que hablan de la figura del huidizo personaje en el contexto de Mesoamérica. El tema central del trabajo es claro, estudiar lo que se dice en las fuentes respecto de la figura de Topiltzin Quetzalcóatl en Tula y, sólo marginalmente, tratar del dios Ehecatl Quetzalcóatl, como lo dice el autor: “es la figura de la leyenda histórica, el hombre, no el dios, quien es el sujeto de este estudio”.⁵⁷ Aunque reconoce que las dos figuras, la deidad y la persona, en ciertos contextos, no sólo están muy cerca, sino que se confunden, “se debe enfatizar que no se puede trazar legítimamente una distinción realmente nítida y clara entre ellos. He empleado estas etiquetas simplemente para distinguirlos para los propósitos de la discusión”.⁵⁸

Considera que lo más probable es que Topiltzin Quetzalcóatl de Tula Hidalgo sea, en su origen, un personaje histórico, quizás hijo de un conquistador llegado del norte llamado Mixcóatl. Este personaje histórico fue confundido con diversos aspectos de varias entidades divinas, sobre todo como dios creador o del viento, lo que se manifestó bajo la figura de Ehecatl Quetzalcóatl; al igual que Jiménez Moreno ubica a Topiltzin al comienzo de la historia tolteca. Así, el recuerdo de su vida, época y hechos ha sido modificado en la tradición indígena conforme diversos modelos y esquemas míticos y legendarios, así como a distintos acontecimientos y personajes

⁵⁶ López Austin, *Hombre-Dios...*, p. 10, nota 14; *Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan: The Once and Future Lord of the Toltecs*, Boulder, University Press of Colorado, 2001, p. XXI.

⁵⁷ Nicholson, *Topiltzin Quetzalcóatl...*, p. XXVI.

⁵⁸ Nicholson, “Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan: A Problem in Mesoamerican Religion and History”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, enero-junio de 2020, v. 59, p. 215.

históricos.⁵⁹ Aunque en su artículo “Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan...” matiza sus afirmaciones de 1957, “Hoy [...] no estoy tan seguro de ir tan lejos en reconocer este grado de historicidad en el Topiltzin básico en las narrativas de Tollan. Tal vez subestimé el proceso de ‘mitificación’ [...] que probablemente reestructuró profundamente el relato de Topiltzin”.⁶⁰ En todo caso, el autor sostuvo que, por una parte, sería ingenuo pensar en la “historicidad literal” de los relatos sobre el personaje, mientras que, por el otro lado, “reducir” a Topiltzin de Tula a un mito astral sería “una posición radical inadmisible”.⁶¹

Nicholson piensa que Quetzalcóatl como personaje histórico debe ser considerado un reformador religioso, y que debido precisamente a ello encontró gran resistencia en ciertos sectores sociales, por lo que se vio obligado a emigrar. Nicholson sostiene que lo más seguro es que, en un primer momento Motecuhzoma y los mexicas identificaron a Hernando Cortés con la deidad, lo cual, a la postre, provocó la caída de Tenochtitlan y facilitó la conquista española.⁶² De esta manera, puede verse cómo las líneas generales de las conclusiones de Nicholson concuerdan en varios puntos esenciales con lo propuesto por otros estudiosos como Jiménez Moreno.

Román Piña Chan (1920-2001)

El problema de la correlación entre las fuentes escritas y los vestigios arqueológicos en la cuestión tolteca trató de ser resuelto por uno de los más destacados arqueólogos mexicanos del siglo XX, Román Piña Chan,⁶³ en dos obras, *Historia, arqueología y arte prehis-*

⁵⁹ Nicholson, *Topiltzin Quetzalcóatl...*, p. 291.

⁶⁰ Nicholson, “Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl...”, p. 217.

⁶¹ *Idem.*

⁶² Nicholson, *Topiltzin Quetzalcóatl...*, p. 291.

⁶³ Véase Roberto Gallegos Ruiz, “Román Piña Chan, un intento de esbozo biográfico”, en *Homenaje a Román Piña Chan*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1987, y Lorenzo Ochoa, “Reseña de Román Piña Chan. Historia, arqueología y arte prehispánico”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1974, v. 11, p. 387-392.



pánico, de 1972, y *Quetzalcóatl. Serpiente emplumada*, publicada en 1977. En ambos trabajos expone y desarrolla ideas muy semejantes.

Al empezar el estudio de *Quetzalcóatl*, Piña Chan se suma a los autores que han señalado la confusión de mito e historia en las fuentes historiográficas y documentales de Mesoamérica, “en las que se mezcla lo verdadero con lo falso, lo real con lo imaginario, lo racional con lo pasional, lo general con lo ocasional, lo histórico con lo mitológico”.⁶⁴ De ahí su gran complejidad y la necesidad de encontrar un método crítico que resulte adecuado para poder separar sus componentes y “encontrar lo que es comprensible o real y lo que es aprehensible o emocional, lo verdadero de lo imaginario”,⁶⁵ y así encontrar la información necesaria para reconocer los hechos reales. Sin embargo, en ningún lugar de las obras consultadas apunta sobre cuáles deben ser los criterios que han de seguirse con las fuentes, de hecho, suele aceptarlas tal y como se presentan, sin hacer la crítica sistemática que haga posible establecer el deslinde entre “lo real” y “lo imaginario”.

Por otra parte, expande el campo temporal de observación y estudia la figura de *Quetzalcóatl* y los elementos que, a su juicio, desde el periodo Preclásico y hasta las vísperas de la conquista española, vinieron a constituirle. El estudio de los antecedentes de *Quetzalcóatl* lo lleva a plantear que la deidad fue tomando forma a través del tiempo con el aporte de varias culturas, por esto considera que es imposible que el dios se forjara a partir de alguna figura histórica, sino que el proceso debió darse en forma inversa, al comienzo fue el dios quien dio su nombre a algunos gobernantes que después se confundieron con la divinidad; por eso propone que “en su evolución hay que distinguir primero al dios, luego al mito y por último al hombre”.⁶⁶ En lo cual no deja de advertirse cierta semejanza con lo expuesto por Chavero muchos años atrás y con los trabajos de Sáenz más recientes.

⁶⁴ Román Piña Chan, *Quetzalcóatl. Serpiente emplumada*, México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1985, p. 59.

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ Román Piña Chan, *Historia, arqueología y arte prehispánico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 66.



Piña Chan sostiene que el culto a Quetzalcóatl fue creado en Xochicalco al término del periodo Clásico y que de ahí se difundió por toda Mesoamérica a través de sacerdotes que portaban sus atributos y su nombre; uno de ellos, ciertamente el más notable, llevó su culto a Tula Xicocotitlan, donde difundió la creencia en el dios y gobernó durante un tiempo. Eso explica la confusión en las fuentes entre el dios y el hombre.⁶⁷ Además de la identidad entre el dios Quetzalcóatl y los sacerdotes consagrados a él, los pueblos que recibieron el culto hicieron sus propias modificaciones al mito original, y en la tradición oral se crearon narraciones sobre héroes culturales cuyos atributos se confundieron con los de la divinidad; pues “el mito de Quetzalcóatl es un precedente y ejemplo para lo real, funciona como modelo y justificación de todas las acciones humanas, se vuelve historia ejemplar del grupo humano que lo conserva; es decir, se vuelve prueba del suceso registrado en el mito”.⁶⁸

Por su parte Tula y los toltecas también fueron una ciudad y un pueblo real que se confundieron en la tradición con el mito. Piña Chan recuerda que Tula o Tollan tiene el significado de ciudad o metrópoli. Por otro lado, el término tolteca es ante todo sinónimo de artesano o artista de gran maestría, y estos estuvieron vinculados precisamente a los centros urbanos o Tula donde se producían los objetos artísticos. Los toltecas que refieren las fuentes eran artesanos de Xochicalco que pasaron por Teotihuacan y finalmente llegaron a Tula Xicocotitlan.

Vistas en detalle las propuestas de Piña Chan, si bien tienen una gran cohesión interna, adolecen de algunos problemas, primero el de presentarse como evidentes en sí mismas sin aportar suficientes argumentos ni datos en su favor y de no explicar por qué la información de un texto náhuatl recogido a mediados del siglo XVI en el centro de México por Bernardino de Sahagún y sus colaboradores tendría un alcance temporal de muchos siglos, incluso desde el Preclásico medio (1200-400 a. C.) hasta el Posclásico tardío (1200-1521), y que refería sin alteraciones importantes y con notable precisión

⁶⁷ Piña Chan, *Quetzalcóatl...*, p. 7.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 58.

acontecimientos ocurridos en varias regiones de Mesoamérica, lo que permite interpretarlo de manera prácticamente literal, sin hacer ninguna crítica documental y textual.⁶⁹

Para cerrar

En este periodo, al mismo tiempo que en México se consolidaban y desarrollaban los centros de enseñanza e investigación histórica y antropológica, los estudiosos que trataron de resolver la cuestión tolteca plantearon la discusión en torno a las fuentes en la dicotomía entre mito e historia, entendidos como términos contrapuestos y excluyentes, pero, paradójicamente, señalan que ambos están imbricados en las narraciones indígenas. Si bien todos señalaron la importancia de distinguir en las fuentes ambos asuntos, en la práctica ninguno propuso elementos claros ni un método riguroso para hacerlo.

Los toltecas, Tula y Quetzalcóatl son concebidos como un pueblo, una ciudad y un personaje con existencia histórica, todos reales y aprensibles, pero lo que se dice de ellos está revuelto con el mito. Sin embargo, en ningún autor ni obra es del todo claro qué se entiende por lo histórico y por lo mítico, ni cómo pueden separarse más allá de las denominaciones genéricas de lo mítico equiparado a lo irreal y de lo histórico identificado con lo real. Se toman los conceptos de historia y mito como si fuesen evidentes, diáfanos y excluyentes por sí mismos, pero al no ser claro su sentido y uso por parte de los autores esto impide que puedan usarse como recursos analíticos efectivos, lo que se presta a una cierta ambigüedad e imprecisión terminológica, conceptual y metodológica. En ese sentido, la

⁶⁹ Véase la crítica pormenorizada de Alfredo López Austin, *Tlalocan y Tamoanchan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 69-71. El texto en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., Madrid, 1990 (Historia 16), libro X, cap. XXIX, párrafo XIV, “De los mexicanos”, v. II, p. 770-777 y “El texto sahumaguntino sobre los mexicas”, en *Anales de antropología*, introducción, paleografía, traducción, notas y comentarios de Alfredo López Austin, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1985, v. XXII, p. 287-335. En *Historia, arqueología...*, Piña Chan utiliza un texto sahumaguntino que parece ser una traducción de la columna náhuatl del *Códice florentino*, pero no indica nada sobre el traductor ni hace ningún comentario sobre los criterios y problemas de traducción.



obra de Kirchhoff destaca por su mayor claridad analítica para el estudio de las narraciones sobre el pasado mesoamericano.

En lo que toca al vínculo entre los toltecas y los mexicas se reiteran los lazos de filiación cultural entre ambas culturas, al tiempo que señala la importancia de la figura de Quetzalcóatl en la conquista española; esto es, se retoman diversos tópicos ya presentes en la cuestión tolteca desde los tiempos novohispanos y que son herederos de la tradición historiográfica novohispana. La aportación de los trabajos arqueológicos fue fundamental para enriquecer el tema y ampliar el marco de la discusión.



EL SIGNIFICADO CULTURAL DE TULA Y EL ETERNO RETORNO DEL MITO

*Me contaron esta historia varias personas, poco a poco,
y, como suele suceder en tales casos, cada vez era una
historia distinta.*

Edith Wharton, *Ethan Frome*

Preámbulo

A finales de los años sesenta y principios de los setenta era claro que la cuestión tolteca seguía abierta a pesar de los grandes esfuerzos de notables estudiosos que la habían abordado, por ello al no resolverse satisfactoriamente los múltiples problemas suscitados por la cuestión tolteca, ni por las exploraciones arqueológicas ni por los trabajos de reconstrucción histórica fue surgiendo desde esos años la necesidad de replantear la dimensión mítica de las tradiciones indígenas, así como las características de la historiografía novohispana, en especial las de tradición indígena. Este momento de la segunda mitad del siglo XX se caracteriza por la consolidación de las instituciones y las profesiones encargadas del estudio de Mesoamérica que surgieron en el periodo anterior, en este sentido cada vez es más amplio y notorio el diálogo interdisciplinario, así como la creciente internacionalización del conocimiento.

Para concluir esta revisión es adecuado ver someramente algunas de las propuestas más recientes sobre el problema tolteca. En este capítulo toca el turno de revisar la obra de importantes autores, como lo son Nigel Davies, Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Michel Graulich, Robert Cobean, Guadalupe Mastache, Elizabeth Jiménez y Leonardo López Luján. Es significativo que en algunos casos se trate de esfuerzos colectivos, esto pone de manifiesto lo complejo del problema y el hecho de que el manejo de la información



es aún más difícil que antes debido a la acumulación de trabajos sobre el tema; quizás esto también indique un cierto deslizamiento de la investigación especializada individual a la colectiva.

Miguel León-Portilla (1926-2019)

Hasta este momento los autores que han sido revisados estaban interesados por conocer qué fue Tula, si acaso un mito, una realidad histórica o, ambas cosas. Este no es el caso de Miguel León-Portilla,¹ quien más bien trató de comprender el significado de Tula como modelo de cultura para los pueblos nahuas del Altiplano Central durante el Posclásico tardío (1200-1521). Más que preocupado por confirmar o negar la realidad material y objetiva de los toltecas este investigador pretendió descubrir cuál era la imagen de los toltecas y sus creaciones entre los mexicas y sus contemporáneos. En la obra de León-Portilla se conjugan elementos de su formación como filósofo, con un fino análisis filológico de la lengua náhuatl, una gran sensibilidad por lo literario, así como un acercamiento a la historia y a la antropología, todo dentro de una perspectiva humanista integral. Para este trabajo se revisaron principalmente las siguientes obras de León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, aparecido en 1961, las adiciones a la tercera edición de *La filosofía náhuatl* de 1966, el ensayo *Quetzalcóatl* de 1968, el artículo “Toltecáyotl, conciencia de una herencia de cultura”, aunque también se hará alusión a otros textos como los publicados en la *Historia de México* coordinada por el propio León-Portilla en los años setenta del siglo XX y el artículo “Tula Xicocotitlan, historia y arqueología”, publicado en 2008.

León-Portilla declara que “las fuentes de que disponemos en este caso son fusión de lo histórico, lo legendario y lo mítico”.² Con

¹ Véase *Vivir la historia. Homenaje a Miguel León-Portilla*, coordinación de Salvador Reyes Equihuas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008.

² Miguel León-Portilla, “Ruina y dispersión de los toltecas”, en *Historia de México*, coordinación de Miguel León-Portilla et al., 3 v., México, Salvat, 1978, ils. v. III, p. 48.

lo cual se suma al coro de estudiosos que señalan que las fuentes indígenas son una mezcla de mito e historia. Pero, como ya se ha dicho, el interés de León-Portilla no es tanto identificar el contenido histórico o mítico de las tradiciones indígenas referidas a los toltecas, sino el significado que estas tenían para los grupos nahuas del Posclásico tardío. Por esta razón privilegia el estudio de los textos en lengua náhuatl, porque considera que estos le permiten un mejor acercamiento a los conceptos e ideas propios de los grupos indígenas del periodo anterior a la conquista española.

León-Portilla advierte que la imagen que del pasado mesoamericano tenían los pueblos de habla náhuatl del Posclásico no tiene por qué parecerse o ser similar a la que aporte una investigación arqueológica o histórica tradicional: “La imagen del México Antiguo que ofrecen los documentos indígenas no siempre coincidirá con la ‘versión oficial’ de la arqueología. En muchos casos será más bien una especie de narración maravillosa, fusión de mitos y realidades”.³ Lo más notable de esta imagen náhuatl de Tula es su aspecto de paradigma de cultura, pues se le describe como una ciudad de ensueño en la que florecen todas las artes en grado excelso, todos los conocimientos intelectuales se originaron ahí gracias a la acción benéfica de Quetzalcóatl, deidad que inventó, entre otras instituciones culturales, el calendario, la escritura y la medicina. El conjunto de artes y conocimientos de los toltecas es conocido por los nahuas como *toltecáyotl*, interesante vocablo formado por el gentilicio *tolteca*, que designa a los habitantes de Tula, y el abstracto colectivo *-yotl*, por lo que el autor traduce el término como “toltequidad”, “el conjunto de instituciones y creaciones de los toltecas”, o “el conjunto de todo aquello que pertenece y es característico de quienes viven en una Tollan, una ciudad”.⁴ Además el artista brillante era llamado *toltécatl*, es decir, era equiparado a los antiguos habitantes de Tula Xicocotitlan en tiempos de Quetzalcóatl.

³ Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y sus cantares*, 2a. edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 13.

⁴ Miguel León-Portilla, “Toltecáyotl, conciencia de una herencia de cultura”, en *Toltecáyotl, aspectos de la cultura náhuatl*, Miguel León-Portilla, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 18.

Para León-Portilla este paradigma de cultura difícilmente pudo haberse originado en la relativamente pequeña y tardía Tula Xicocotitlan (950-1164) en el estado de Hidalgo. Por lo tanto propone que el origen más profundo de la *toltecáyotl*, como conjunto de realizaciones de “alta cultura” debe buscarse en una ciudad más antigua y más grande, la cual sólo podía ser Teotihuacan (100-650), sin que eso implique que la urbe del Clásico sea la Tula mencionada en las fuentes, sino que se trata del centro de creación e irradiación cultural primigenio del centro de México.⁵ Para evitar confusiones sugiere hacer una distinción entre los teotihuacanos y los toltecas de Tula Xicocotitlan, “podría llamarse así a los creadores de Teotihuacán, *toltecas antiguos*, y a los de Tula, *toltecas recientes*”.⁶ Lo cual recuerda la distinción entre los toltecas prehistóricos y los históricos propuesta por Selser y seguida por Krickeberg, así como las ideas similares de Vaillant.

Considera que el legado de la *toltecáyotl* es ante todo de índole espiritual, con manifestaciones principalmente literarias y artísticas. Quetzalcóatl era el personaje al que se atribuía la creación de todo lo sublime y bello de la “toltequidad”. Sin embargo, en tiempos del *Excan Tlatoloyan* o Triple Alianza, se dieron dos actitudes distintas frente a esta herencia espiritual. Por una parte, está la actitud de personajes como los célebres gobernantes de Tetzaco, Nezahualcáyotl y Nezahualpilli, quienes preservaron el legado tolteca y quisieron acrecentarlo con sus propias creaciones poéticas y filosóficas, así como con el fomento de las artes plásticas, pues “llevar consigo a cuestras las flores y los cantos —metáfora de la poesía, el saber y el arte— para renovar y enriquecer la herencia de la *toltecáyotl*, confería sentido a la vida en la tierra, según la expresión del forjador de cantos”.⁷

Por otra parte, y en marcado contraste, está la actitud de los mexicas, posición fraguada por Tlacaélel, el célebre *cihuacóatl* que acompañó en el mando a varios poderosos *tlahtoque* mexicas, y que dio un viraje importante a la tradición de la *toltecáyotl*, aprovechándose

⁵ Son las mismas conclusiones a las que llega Demetrio Sodi M. en “Consideraciones sobre el origen de la *toltecáyotl*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1962, v. III, p. 55-73.

⁶ León-Portilla, *Los antiguos mexicanos...*, p. 32.

⁷ León-Portilla, “Toltecáyotl...”, p. 30.



de ella e infundiéndole un giro belicoso y expansionista, al fomentar la idea de la misión del pueblo mexicana de alimentar a Tonatiuh, el Sol, a través del sacrificio de los cautivos de guerra y de dominar a los otros grupos en su intento, una auténtica “visión místico-guerrera del mundo y del hombre”⁸ que se sustenta, en buena parte, en la imagen del pasado tolteca, por este motivo era necesario “estrechar más los vínculos con el antiguo mundo tolteca. Implícitamente se pensaba que si México-Tenochtitlan habría de llegar a ser grande, debía tener sus raíces en el grandioso pasado de los toltecas”.⁹ Esto reflejaba dos rostros contrarios en la cultura de los antiguos nahuas, uno, espiritual de apego a la tradición tolteca, el otro militar de exaltación del sacrificio humano y el cobro de tributos. Pero, advierte, no eran del todo excluyentes y deben haber coexistido dentro de muchos grupos e individuos; de esta manera el “orbe náhuatl se muestra por esto como un mundo en tensión”.¹⁰ Recuérdese que esta idea de la pureza del legado espiritual tolteca resguardado en el Acolhuacan frente a los excesos y tergiversaciones de los mexicas también se encuentra en los trabajos de Boturini y Séjourné, y descansa en la visión idealizada de lo tolteca en las obras históricas de autores de raigambre tetzcocana como Juan Bautista de Pomar y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.

Dentro de esta línea interpretativa León-Portilla propone la existencia de un legado espiritual náhuatl de valor universal equiparable al de otras figuras emblemáticas del mundo, pues, aparentemente, como “en el caso de Buda en el Oriente, de Cristo en Occidente o de Mahoma en el ámbito musulmán, lo más elevado de la visión del mundo y de las creencias de los pueblos mesoamericanos llegó también a polarizarse en una figura primordial que fue aquí la de Quetzalcóatl”.¹¹ Con esto León-Portilla ha creado una imagen un tanto idílica de la herencia tolteca como legado eminentemente espiritual de los nahuas del Posclásico tardío que sin duda tiene el

⁸ León-Portilla, *Los antiguos mexicanos...*, p. 44.

⁹ *Ibidem*, p. 83, véase también p. 180.

¹⁰ *Ibidem*, p. 182.

¹¹ Miguel León-Portilla, *Quetzalcóatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 7.



valor de señalar algunos de los posibles usos políticos de las tradiciones sobre Tula en el juego de fuerzas y estados hegemónicos del Altiplano Central durante el Posclásico tardío y, sobre todo, del valor de lo tolteca a través del concepto de *toltecáyotl* como referente y paradigma integrador de la cultura náhuatl.

Nigel Davies (1920-2004)

Uno de los investigadores que más esfuerzos dedicó a la cuestión tolteca fue el inglés Nigel Davies, quien realizó estudios de historia y antropología tanto en Inglaterra, en la University College de Londres, como en México en la ENAH y la UNAM, donde fue discípulo de Jiménez Moreno. Sobre la cuestión tolteca escribió, entre otros, los siguientes trabajos, “Tula, realidad, mito y símbolo”, de 1974; *The Toltecs, Until the Fall of Tula* de 1977, *The Toltec Heritage. From the Fall of Tula to the Rise of Tenochtitlan*, de 1980, “El concepto azteca de la historia, Teotihuacán y Tula”, de 1982; *The Ancient Kingdoms of Mexico*, también de 1982, y *Aztec Empire, Toltec Resurgence*, de 1987.

Davies parte de una idea que es ya común en estas páginas, el señalar la confusión aparente en las fuentes entre la historia y el mito. Al igual que lo han declarado otros estudiosos, sostiene que la función del investigador es desenredar esta madeja de hechos reales y símbolos religiosos, labor para la cual ya no basta con extraer la información, pues “hemos llegado al punto en que ya no es suficiente limitarnos al replanteamiento de lo que *dicen* las crónicas, a menos que nos pongamos también a averiguar lo que realmente *significan* para producir así una versión de la historia mesoamericana que tenga sentido”.¹² Claro que cabría preguntarse si acaso alguna vez fue “suficiente” sólo recabar los datos y si algún investigador serio llegó a plantear tal cuestión. Al igual que otros autores, tampoco es claro sobre cómo desentrañar el significado de las fuentes y delimitar en ellas las fronteras entre lo mítico y lo histórico.

¹² Nigel Davies, “El concepto azteca de la historia, Teotihuacán y Tula”, *Vuelta*, México, febrero 1985, v. IX, n. 99, p. 36.



También señala el ya conocido problema de la aparente incompatibilidad entre las descripciones maravillosas de la Tollan de las fuentes y la realidad material de Tula Xicocotitlan que revela la arqueología, lo cual ha puesto al descubierto estructuras relativamente modestas, sobre todo comparadas con las teotihuacanas.¹³ Para Davies las fuentes de tradición indígena plantean dos niveles de lectura, por un lado, el divino y, por otro lado, el humano, por ello son textos a la vez mitológicos e históricos. Aplicado esto a Tula nos habla de dos niveles del problema, la Tula divina, que se ubica fuera del mundo, que es irreal y mítica, y otra Tula, terrenal y que se identifica con la Tula de Hidalgo.¹⁴

Al igual que Kirchhoff, considera que los símbolos religiosos de las crónicas pueden señalar también aspectos de una realidad social, por ejemplo, las constantes menciones a riquezas en Tula sólo expresan, a través de un lenguaje simbólico y metafórico, los tributos entregados a la ciudad por los pueblos bajo su control. Un caso distinto lo representa la exuberancia de la naturaleza atribuida a Tula, pues los pájaros exóticos y las plantas tropicales de cacao mencionados por la tradición náhuatl no corresponden al entorno natural de la Tula de Hidalgo, sino a la Tollan del mito, pues “no son parte de una Tula terrestre, sino de la Tollan mítica de otro mundo, que representaba para los aztecas todo lo bello y bueno”.¹⁵

También admite que la tradición transmitida por las fuentes pudieron sufrir algunos cambios después de la conquista española, al respecto piensa que la imagen de un Quetzalcóatl benévolo y opuesto a los sacrificios humanos es algo fraguado en la colonia por indígenas que querían convencer a los españoles que sus dioses no eran demonios, “hicieron hasta la imposible para reivindicar a Quetzalcóatl con el fin de poder jactarse de por lo menos una deidad semirrespetable”.¹⁶ En contraste, para Davies, el personaje de Quetzalcóatl en Tula Xico-

¹³ Nigel Davies, “Tula. Realidad, mito y símbolo”, en *Proyecto Tula*, 2 v., coordinación de Eduardo Matos, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Secretaría de Educación Pública, 1974, v. I, p. 109.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ Nigel Davies, *Los antiguos reinos de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 127.

¹⁶ *Ibidem*, p. 124.



cotitlan era, sin duda, la figura de un guerrero conquistador y no se trata de un sacerdote anciano apacible y venerable.

Según Davies, la historia de Tula combina información relativa a tres aspectos distintos; primero, el de los toltecas legendarios del mito, creadores del calendario y de las artes, a los cuales considera relacionados, “al menos subconscientemente”,¹⁷ con Teotihuacan; segundo, el del pueblo que construyó la ciudad de Tula Hidalgo y que creó un estado conquistador y del cual los mexicas se pensaban como sus descendientes, y tercero, los artesanos excelsos de la ciudad de Cholula, contemporáneos de los mexicas. En los dos primeros aspectos no puede dejar de percibirse su coincidencia con lo propuesto tiempo atrás por Selser, Krickeberg, Vaillant y León-Portilla.

Davies afirma además que el concepto de la historia de los antiguos nahuas era cíclico, según esta idea lo que ocurrió en el pasado se repetiría en el presente, por tal motivo el registro de la historia tenía carácter profético, de igual manera cualquier cosa que sucediera en el presente se supondría que debería tener algún antecedente en el pasado. Esta es la base conceptual que Davies utiliza para exponer su tesis de que los mexicas se concebían a sí mismos como un resurgimiento o reactualización de la grandeza de los toltecas, pues “consideraban en particular que su capital, Tenochtitlan, era la recreación de Tula; es decir, su imperio no era más que el resurgimiento del poder tolteca, idea de repetición fundamental en su percepción del mundo”.¹⁸ Idea sobre la que sustenta toda la interpretación de su libro *El imperio azteca. El resurgimiento tolteca*.

El eje de su interpretación de Tenochtitlan como otra Tula radica en el vínculo matrimonial que relacionaba a los mexicas, a través de Acamapichtli y el linaje de Culhuacan, con los señores de Tula, hecho ya destacado desde los trabajos de Chavero. Con esta relación los mexicas se sintieron herederos del pasado tolteca y con la prerrogativa de conquistar y gobernar a otros pueblos: “En virtud de ese derecho, al desempeñarse como futuros conquistadores no harían más que readquirir lo que les pertenecía por derecho en su

¹⁷ Davies, “Tula...”, p. 113.

¹⁸ Nigel Davies, *El imperio azteca. El resurgimiento tolteca*, México, Alianza, 1992, p. 20.



calidad de ‘mexicas culhuas’ o, posteriormente, de ‘toltecas’¹⁹. Esta tesis es muy interesante, pero deja ciertas interrogantes que hacen difícil su aceptación tal como ha sido expuesta, pues, por principio de cuentas, es un tanto tautológica, ya que no es clara la razón por la cual las formaciones políticas hegemónicas mesoamericanas tengan necesariamente que ser la encarnación a un antiguo poder; por otro lado, es un hecho conocido que diversos linajes de gobernantes indígenas se presentaban como descendientes de los toltecas, por lo que, en principio, tendrían los mismos derechos que los mexicas para expandirse militarmente, pero aparentemente algunos grupos no lo intentan, tal es caso de los señores de Cholula y de la misma Culhuacan; y por último, en ningún lugar consta que los mexicas se llamaran a sí mismos toltecas.²⁰

Pese a estas y otras objeciones que podrían plantearse a la propuesta de Davies, queda en pie una idea de capital importancia, el de la relevancia y el uso político del pasado tolteca por parte de los mexicas para justificar su propio dominio político y militar, aunque no fuera necesariamente para ostentarse como la reencarnación Tula Xicocotitlan, se puede coincidir en lo general con Davies cuando afirma: “Resulta casi imposible no hacer demasiado hincapié en la medida en que el pasado de los aztecas fungió como espuela en el curso integral de sus conquistas”.²¹

Alfredo López Austin (1938-2021)

La obra de Alfredo López Austin²² es tan amplia como sólida y está centrada sobre todo en los aspectos del pensamiento religioso de

¹⁹ *Ibidem*, p. 38.

²⁰ Aunque hay abundantes representaciones plásticas mexicas que se inspiran, e incluso siguen, los modelos de Tula Xicocotitlan. Véase Beatriz de la Fuente “Retorno al pasado tolteca en el arte Mexica”, *Artes de México*, nueva época, México, n. 7, primavera 1990, p. 36-53

²¹ Davies, *El imperio azteca...*, p. 42.

²² Sobre la vida y la obra de este autor véase, entre otros, los siguientes trabajos: Lorenzo Ochoa, “Alfredo López Austin: colega y amigo”, *Anales de Antropología*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, v. XXXIV, 2000, p. 365-367; *Alfredo López Austin. Vida y obra*, coordinación de



los antiguos nahuas, tratando siempre de contextualizarlo y entenderlo en el marco general de la dinámica social, política y económica mesoamericana, en esta visión puede verse un interés por vincular el estudio histórico con la antropología y otras disciplinas. Entre sus múltiples y valiosas aportaciones no descuidó la cuestión tolteca y dedicó uno de sus libros a la figura de Quetzalcóatl, se trata de *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, publicado en 1973. Obra que, sin duda, es una de las mejores investigaciones que se han hecho sobre tan huidizo personaje.²³

López Austin, después de reconocer, como casi todos los autores, el problema de la confusión entre historia y mito en las fuentes de tradición indígena plantea la disyuntiva, vista en el caso de Seler y Kirchhoff, sobre la posibilidad de ubicar geográficamente los lugares que se mencionan en las migraciones que pasan por Tula y que parecen corresponder a un ordenamiento mítico o cosmológico. Sobre este problema se han presentado dos posiciones: la primera se trata de lugares míticos sin correspondencia con lo real, y la segunda, se trata de lugares que efectivamente tienen una existencia real. Al respecto López Austin apunta una posibilidad más, que la historia de los pueblos no es un simple recordatorio del pasado con elementos míticos y simbólicos, sino que efectivamente los pueblos hicieron un recorrido visitando lugares reales que tenían valor simbólico, que la geografía terrenal reproduce idealmente la geografía celestial, esto es “la existencia real de ciudades que corresponden a lugares míticos, ordenadas también con ese tipo de plantillas, pero repetidas varias veces en la geografía y en el tiempo, siempre surgidas de una peregrinación, de una historia que sigue en

Eduardo Matos Moctezuma, y Ángela Ochoa, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México, 2017; Pablo Escalante Gonzalbo, “Alfredo López Austin y la gran renovación de los estudios sobre el México indígena”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, v. LXXI, n. 4, 2022, p. 1819-1832.

²³ Para un acercamiento distinto a esta obra véase Federico Navarrete, “La historia y la antropología tras las huellas de los hombres-dioses”, en *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, edición de Evelia Trejo y Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, p. 403-418.

su curso un mito previo”.²⁴ En lo que claramente continúa y profundiza es en la dirección señalada por Kirchoff e intuita por Chave-ro. Los distintos pueblos mesoamericanos no sólo recordarían sus hechos en términos míticos, sino que habrían vivido en la realidad histórica siguiendo los esquemas mentales y de conducta del mito. De esta manera, tanto la historia recordada como la historia vivida y la historiografía estarían pautadas por el mito. Por esto, López Austin señala que no es prudente hacer investigaciones que parcelen el contenido de las fuentes en los términos tradicionales y limitados de historia y mito, y advierte: “Quien busque o historia o mitos solos obtendrá una respuesta parcial”.²⁵

Según López Austin, los aspectos que se refieren a la unidad entre la geografía celeste y la terrestre pueden extenderse también al tiempo y a los acontecimientos. Había pautas religiosas para la realización de ciertas actividades en fechas propicias, eso provocó un fenómeno doble, por una parte, en ocasiones los pueblos y sus dirigentes esperaron el tiempo adecuado para llevar a cabo diversas acciones, como la dedicación de un templo, la fundación de una ciudad y, por otra parte, modificaron el registro de los acontecimientos para que coincidiera con el esquema o pauta del mito. Esta es una de las razones de la confusión en la cronología de las fuentes. Estos aspectos se aplican plenamente al caso de Tula, en el cual tanto la geografía como el tiempo están marcados por la pauta del mito.

Pero no sólo es eso, López Austin postula que este fenómeno se extendió también hasta la vida de los individuos; de modo que es posible constatar la presencia en toda Mesoamérica de hombres estrechamente vinculados a algún dios en específico, al grado que ambos, hombre y dios se confundieron en la conciencia en el tiempo mesoamericano y en la historiografía de tradición indígena en el tiempo novohispano, siendo muy difícil establecer la frontera entre ambos. Esta institución es la que López Austin llamó el hombre-dios, en la cual una fracción de la fuerza y de la materia que constituyen

²⁴ Alfredo López Austin, *Hombre-Dios, Religión y política en el mundo náhuatl*, 2a. edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, p. 91.

²⁵ *Ibidem*, p. 98.



a un dios se alojaba en el corazón de un hombre concreto, con ello el individuo en cuestión se ligaba de tal modo a la deidad que de cierta manera era el dios mismo. Estos personajes, múltiples y constantes en la historia mesoamericana, seguían en sus vidas terrenales las pautas marcadas por el mito del dios al cual estaban vinculados, esto trajo consigo una fuerte unidad en la vida de cada uno de aquellos que se fundían con el dios, con ello “los hombres-dioses cumplen sobre la tierra un paso obligatorio establecido en el mundo divino antes del inicio de tiempo. Los hombres-dioses tienen su vida pautada”.²⁶

Este es precisamente el caso de Quetzalcóatl, ¿o siguiendo a López Austin habría que decir “los casos”? Porque la institución del hombre-dios era recurrente, no fue uno, sino muchos, quienes en diversos tiempos, lugares y circunstancias creyeron ser el dios Quetzalcóatl y vivieron como él. Al mismo tiempo cada Quetzalcóatl sobre la tierra fue agregando algún elemento a la biografía del dios y así se le encuentra por todos lados.

No podemos olvidarlo. Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, solo, tal vez pueda ser negado; pero no si se le unen otros cuyas vidas con iguales razones pudieran caer en la interpretación escéptica, y de los que existen datos históricamente incontrovertibles: vivieron, todos reyes, todos en los últimos años mesoamericanos, todos con vidas suficientemente documentadas, más sin duda como hombres que como hombres-dioses.²⁷

Ese fue el misterio de Tula, un misterio que, por una parte, seguía las pautas marcadas por el mito en su geografía, en su cronología, en la vida de sus gobernantes, pero, por otra parte, se enfrasca en las dinámicas sociales y políticas propias de sus circunstancias. Tiempo después, un sistema de registro histórico también cargado de pautas religiosas compaginaba los sucesos influidos por el mito con aquellos que fueron independientes, y los interpretaba nuevamente bajo las normas del mito: “En resumen, estamos no

²⁶ *Ibidem*, p. 157.

²⁷ *Ibidem*, p. 143.



sólo frente a un material muy distinto al que ‘normalmente’ manejan los historiadores, sino que la vida misma que produjo esta historia seguía cursos que difícilmente podemos comprender”.²⁸ El trabajo de López Austin se presenta como un notable y señero esfuerzo por encontrar y postular nuevas formas de acercamiento a las fuentes y su contenido.

David Carrasco (1944-)

Este autor dedicó un libro a la cuestión, *Quetzalcóatl and the Irony of Empire: Myths and Prophecies in the Aztec Tradition* en 1982. Esta obra, elaborada desde la perspectiva de la llamada historia de las regiones, se propone estudiar al dios Quetzalcóatl y a su ciudad Tollan, como un mito, o mejor dicho mitologema, el cual era fuente de autoridad y poder para los antiguos gobernantes indígenas, para la edificación de ciudades capitales hegemónicas y como referente para la expansión militar de los pueblos mesoamericanos.

Al igual que otros autores considera que el complejo de Quetzalcóatl y Tollan tuvo sus orígenes y primeras manifestaciones materiales y sociales de poder en el pasado de Mesoamérica, en particular los ubica durante el Clásico en Teotihuacan (100-650). Este complejo se mantuvo y continuó renovado en sitios posteriores del Epiclásico (650-1200) y el Posclásico (1200-1521) que encarnaron el concepto de Tollan como Xochicalco, Chichén Itzá, Cholula y, por supuesto, Tenochtitlan. Así, sostiene que la fuente principal de legitimidad, autoridad y dominio político de Mesoamérica fue la creencia en el dios Quetzalcóatl. También considera que existen suficientes elementos para sostener que desde tiempos antiguos existía la idea del retorno de Quetzalcóatl, quien vendría a instalarse en el mando de la ciudad capital hegemónica que en ese momento trataría de reconstruir la gloria de los toltecas.

Para Carrasco, los mexicas tenían una actitud dual respecto del legado y la imagen de Quetzalcóatl. Por una parte, fue la fuente

²⁸ *Ibidem*, p. 160.

ideológica de su dominio político; por otra, ellos consideraban tener un cierto grado de ilegitimidad para ejercer el mando y por eso temían su posible regreso. Debido a esto, Carrasco mantiene la interpretación tradicional que sostiene que a la llegada de las expediciones hispanas a las costas mesoamericanas los indígenas identificaron al capitán Hernando Cortés con Quetzalcóatl, lo cual provocó una severa crisis en el mando mexica ya que pensaron que el dios regresaba a reclamar el mando político. De ahí la expresión de lo que este autor llama “la ironía de imperio”, para él, las mismas creencias que hicieron posible la expansión militar tenochca y el encumbramiento de Tenochtitlan, fueron las causantes de su caída y derrota. Así lo expresa el autor:

La ironía de la situación comienza a mostrarse cuando vemos que el regreso de Quetzalcóatl descubrió una atmósfera de inestabilidad cósmica y la inferioridad cultural que aparentemente había plagado a los aztecas capital desde su fundación. Mientras los aztecas habían reclamado el derecho divino a la legitimidad tolteca y había ordenado espacialmente su capital de acuerdo a las fórmulas cosmo-mágicas de las antiguas capitales, sufrieron la ansiedad de que su autoridad fuera ilegítima y que su ciudad estaría sujeta a un golpe letal de los dioses.²⁹

De esta forma Carrasco recupera muchos de los elementos ya señalados por otros autores, pero agregando aportes y argumentos valiosos e interesantes desde la perspectiva de la historia de las religiones.

Michel Graulich (1944-2015)

Por su parte Michel Graulich,³⁰ quien hizo estudios de historia del arte y arqueología, trató la cuestión tolteca en dos libros notables,

²⁹ David Carrasco, *Quetzalcoatl and the Irony of Empire: Myths and Prophecies in the Aztec Tradition, Edition Revised*, Boulder, University of Colorado Press, 2000, p. 55.

³⁰ Sobre este autor y su copiosa obra véase Sylvie Peperstraete, Nathalie Ragot, Guilhem Olivier y Élodie Dupey García, “Michel Graulich, 1944-2015”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, enero-junio 2015, n. 49, p. 261-302.

Mitos y rituales del México antiguo, publicado en 1987 y *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollan*, en 1988, así como en el artículo “Los reyes de Tollan”, de 2002. En ambos libros, que derivan directamente de su tesis doctoral, Graulich esgrime más o menos los mismos argumentos sin agregar cambios mayores en su razonamiento. La diferencia más importante entre uno y otro es el orden de exposición.³¹

Graulich considera que los documentos que refieren la historia de los toltecas están llenos de contradicciones, y los estudios que pretenden reconstruir el pasado de Tula a partir de estas fuentes adolecen de varias deficiencias. Por esto concluye que “nada está claro en cuanto a Quetzalcóatl y los toltecas. Las fuentes son pocas y contradictorias, por lo que surge la inevitable pregunta: ¿pretenden transmitir datos históricos y, más en concreto, historia tal y como la entendemos nosotros?”³² Esta pregunta, que parece resumir la disyuntiva del debate existente sobre la naturaleza mítica o histórica de las fuentes de tradición mesoamericana, en realidad encierra una sutil trampa; por supuesto que los mesoamericanos no pretendían transmitir “datos históricos”, pues ese concepto es del siglo XIX europeo; por otra parte, tampoco podían hacer historia “tal y como la entendemos nosotros”, porque no estaban bajo nuestras circunstancias culturales, tal pregunta implica un anacronismo de fondo y una falta de perspectiva cultural evidente, lo que pretendían era narrar aquello que creían había acontecido en el pasado tal y como ellos lo entendían.³³

³¹ Graulich en *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollan*, Antwerpen, Instituut voor Amerikanistiek, 1988, p. 43, dice: “El presente trabajo es la traducción y la amplificación de dos capítulos de mi tesis doctoral”. Por su parte Blas Román Castellón Huerta llegó a conclusiones muy similares a las de Graulich, lo que originó una discusión entre ambos investigadores, véase del primero *Análisis estructural del ciclo de Quetzalcóatl. Una aproximación a la lógica del mito en el México antiguo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, p. 255-265.

³² Graulich, *Quetzalcóatl...*, p. 21.

³³ Al respecto pueden recordarse las palabras de Johan Huizinga: “Cada cultura crea y tiene necesariamente que crear su propia forma de Historia. El tipo de cultura determina lo que es para ella Historia y cómo ha de ser ésta.” Johan Huizinga, “En torno a la definición del concepto de historia”, en *El concepto de la historia y otros ensayos*, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 93.



Bajo la premisa de que las fuentes no narran una historia, sino un mito o más precisamente, un ciclo mítico, Graulich se lanza a la crítica de los intentos de reconstrucción histórica aduciendo, con toda razón, que no han sido capaces de resolver todas las contradicciones en las fuentes y, sobre todo, por seleccionar de entre los datos y las fuentes aquellos que consideran más valiosos, “los partidarios del Quetzalcóatl histórico incurren en el grave error de escoger de las fuentes lo que les conviene”.³⁴ Cuando de lo que se trata —desde su perspectiva— es de comparar todas las fuentes, porque, al tratarse de mitos, es necesario conocer todas las variantes para estudiarlos cabalmente. En esto se apoya, como él mismo declara, “en la nueva mitología comparada”,³⁵ perspectiva de análisis del mito planteada por Georges Dumezil, también retoma algunos aspectos de los trabajos de Claude Levi-Strauss y Mircea Eliade, sobre todo utiliza un método comparativo sistemático, buscando juegos de asociaciones y oposiciones, así como tramas y estructura narrativas.³⁶

Además agrega que es necesario ampliar el campo de investigación y no limitarse a los documentos de una sola región de Mesoamérica o un grupo étnico específico, pues al extender la visión del problema “podrá determinarse si estamos ante acontecimientos únicos o, al contrario, ante temas míticos recurrentes”.³⁷ Este es uno de los ejes de su interpretación, la equiparación entre el discurso histórico con la narración de acontecimientos únicos e irrepetibles en secuencias lineales, frente a los mitos, que expresan temas recurrentes y tienen una estructura cíclica. Graulich sostiene que los relatos sobre Tula y Quetzalcóatl son totalmente míticos, para él no hay elementos para sostener la historicidad, en el sentido de realidad fáctica, de ninguno de los pasajes de los textos ni de ninguno de los personajes mencionados en las fuentes.

Para él, el devenir de Tula es la expresión de un modelo paradigmático mesoamericano que equipara la duración de un día con

³⁴ Graulich, *Quetzalcóatl...*, p. 27.

³⁵ *Ibidem*, p. 31.

³⁶ *Ibidem*, p. 31-35.

³⁷ *Ibidem*, p. 34.

un año, una era o Sol y con el desarrollo de un estado. Es un ciclo solar que empieza en la media noche cuando se crea un nuevo Sol; continúa con el periodo en que el Sol viaja para llegar al cenit, este es un periodo de auge en el que predominan dioses y pueblos guerreros, nómadas y conquistadores; a partir del mediodía el Sol regresa al oriente y el disco solar que viaja al ocaso es solo el reflejo del astro en un espejo mágico, es un falso Sol o más bien es una forma de la Luna; este falso Sol finalmente es aniquilado en la media noche. Según Graulich la historia tolteca y la vida de Quetzalcóatl se acoplan plenamente a este modelo solar: “Además de ser el paradigma de todo tipo de vida o de reino, el modelo del día determinaba la concepción de la historia”.³⁸

Para Graulich el vínculo de lo tolteca con lo mexica está en que los tenochcas veían a Quetzalcóatl y Tollan como fuente de autoridad política. Al igual que otros muchos autores considera que Hernando Cortés fue confundido e identificado con el dios Serpiente Emplumada, y que Motecuhzoma Xocoyotzin le entregó el poder al capitán extremeño.

La tesis de Graulich tiene, en general, una gran coherencia interna y está sostenida con gran erudición, pero adolece de tres problemas fundamentales; primero, sustenta todo su esquema del “falso Sol” en un sólo dato de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*;³⁹ segundo, fuerza un poco las cosas para acomodar todos los acontecimientos a este esquema postulando, en algunos casos, débiles equivalencias entre muchos personajes, pasajes y lugares, en ocasiones sustentadas en vagas semejanzas fonéticas, y tercero, es posible encontrar una posible contradicción en sus afirmaciones sobre Tula.

Se ha visto que el criterio seguido por Graulich para definir si se está frente a un mito o un hecho histórico es si se trata de un acontecimiento irrepetible o de un tema recurrente, además de tener en cuenta textos de todo el ámbito mesoamericano. Pues bien, Graulich

³⁸ *Ibidem*, p. 48.

³⁹ “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Juan Bautista Pomar *et al.*, edición e introducción de Joaquín García Icazbalceta, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941 (Sección de Historia, 2), cap. III, p. 211-212.

afirma que la narración de la caída de Tula sólo se contaba en el Altiplano y no en el resto de Mesoamérica, para él esto es prueba de ser una invención reciente de los mexicanos, pero en sus propios términos, si no es recurrente, y si no se le conoce en el resto del México antiguo bien podría ser prueba de que no sólo es un mito y de que puede tener otro trasfondo, dicho en sus propios términos, de que tuviera una base histórica.

Es justo reconocer que el autor en su trabajo más reciente sobre el tema “Los reyes de Tollan”, de 2002, llega a admitir la posible existencia histórica de los toltecas, pues al comentar las referencias en las fuentes a conquistas militares se pregunta si se trata de “informaciones históricas aprovechables”, a lo que él mismo responde: “Sin duda deben haber existido los toltecas y su imperio, si bien su ascenso y caída fueron vertidos en términos míticos”.⁴⁰ Lo que equivale a decir que sí, pero no.

Guadalupe Mastache (1942-2004) y Robert H. Cobean (1948-)

Guadalupe Mastache y Robert H. Cobean,⁴¹ este par de arqueólogos ha explorado en la zona de Tula Xicocotitlan durante muchos años y escrito varios trabajos, entre ellos pueden mencionarse el artículo titulado “Tula”, aparecido en 1985, así un libro con el mismo nombre que se publicó en 1995; en 2002, junto con Dan Healan publicaron otro libro titulado *Ancient Tollan. Tula and the Toltec Heartland*, así como el trabajo de difusión “Tollan de Hidalgo. La Tollan histórica”, aparecido en 2007; su aportación más reciente es el libro

⁴⁰ Michel Graulich, “Los reyes de Tollan”, *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, 2002, v. XXXII, p. 98. Más adelante agrega: “Mi conclusión general es que estoy siempre convencido de que hubo un imperio tolteca prestigioso y un culto muy difundido de la Serpiente emplumada, que esta época fue considerada más tarde como una Edad o Sol y que la historia de los toltecas narrada en las fuentes es sólo la historia de Quetzalcóatl como dios principal y tutelar de los toltecas y de su Sol. Aparte de eso, sólo conocemos algunos nombres, fechas y conquistas poco elocuentes”, p. 109.

⁴¹ Véase Robert H. Cobean, “Alba Guadalupe Mastache Flores, 1942-2004”, *Anales de Antropología*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, v. XXXVII, 2003, p. 329-334.

Tula, publicado en 2012 junto con Elizabeth Jiménez García. Las ideas centrales de sus escritos, respecto del tema que nos ocupa, son básicamente las mismas, si bien los trabajos más recientes son muy prolijos, detallados y cuentan con información arqueológica actualizada.

Mastache y Cobean son de la misma opinión que ya hemos visto sobre las fuentes, para ellos se trata de una mezcla de elementos míticos e históricos. Retoman la idea ya expresada por otros autores sobre los planos de la descripción de Tula, la ciudad real, que para ellos sin duda es Tula Xicocotitlan, y otra sobre una ciudad legendaria donde todas las maravillas tienen lugar. El objetivo de sus estudios es hacer una síntesis de la información que han aportado las distintas exploraciones arqueológicas en la ciudad de Tula Xicocotitlan a lo largo del tiempo, por lo cual se centran casi exclusivamente en ese tipo de datos, y sólo en pocos casos tratan de interpretar los materiales de las exploraciones a la luz de las fuentes escritas novohispanas. Es decir, su intento principal es reconstruir, con base en los restos de la cultura material, ciertos aspectos de lo que fue la ciudad mesoamericana de Tula Hidalgo.

En los comienzos de Tula como fenómeno urbano se construyó un recinto ceremonial, bautizado como Tula Chico, que se encuentra al norte del recinto posterior y que es el que está abierto al público visitante. Tula Chico fue abandonado sin que se construyera nada nuevo sobre el terreno en todo el desarrollo de la ciudad. Este evento es concurrente con cambios significativos en la traza urbana y en la densidad demográfica de la ciudad. Mastache y Cobean proponen que este abandono podría coincidir y explicarse con el acontecimiento relatado en los textos de tradición indígena del conflicto entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, la salida de Topiltzin Quetzalcóatl estaría recordada por el abandono de Tula Chico, lugar que queda como una “tierra de nadie”, a la “manera de un monumento y testimonio permanente sobre la naturaleza y magnitud del conflicto que ahí tuvo lugar”.⁴² Mientras que la construcción de un nuevo y más

⁴² Guadalupe Mastache y Roberto Cobean, “Tula”, en *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, Jesús Monjarás-Ruiz *et al.*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, p. 283.

grande recinto ceremonial “sería un símbolo de la victoria y de la consolidación en el poder del nuevo grupo dirigente”.⁴³

Esta propuesta —que acepta de manera implícita la interpretación de la historia tolteca hecha por Jiménez Moreno— no explica el hecho de que en algunas fuentes se coloque expresamente a Quetzalcóatl al final del devenir tolteca, ni los mecanismos a través de los cuales un acontecimiento acaecido antes de que Tula alcance su máximo esplendor sea prácticamente el único hecho que se recuerde en las crónicas. Además, si efectivamente Topiltzin Quetzalcóatl salió al momento del abandono de Tula Chico, esto significaría que le dejó la ciudad y su posterior desarrollo a Tezcatlipoca, lo cual plantearía el problema de porqué la deidad triunfadora está tan poco representada en la iconografía, y porqué no se le vincula con el de mayor auge de la ciudad que, según esta interpretación, habría presidido. Es significativo que en un trabajo posterior hablen de las “Leyendas de Quetzalcóatl y Tezcatlipoca”,⁴⁴ pues implica que para ellos los relatos de tradición indígena están en una ambigua, nebulosa e indiferenciada región intermedia entre el mito y la historia. Sin embargo, nunca son claros sobre qué entienden por leyenda, mito e historia, ni cómo trabajar estos aspectos en las fuentes escritas o cómo relacionarlos con los datos arqueológicos, por lo tanto, son poco útiles como categorías analíticas.

Al hablar de las expresiones plásticas de Tula, siguiendo en parte las ideas de otros investigadores y con la coautoría de Elizabet Jiménez, proponen que los relieves de las pilares de la llamada Pirámide B o de Tlahuizcalpantecuhtli, son “retratos” de gobernantes y altos dignatarios de la sociedad tolteca, de tal suerte que es posible que dicho edificio sea “un santuario o monumento conmemorativo de las dinastías reales de Tula”.⁴⁵ En este marco de ideas proponen que un fragmento de pilastra encontrado por Acosta donde aparece

⁴³ Robert H. Cobean y Guadalupe Mastache, *Tula*, en *Xochicalco y Tula* Leonardo López Luján, Robert H. Cobean y Alba Guadalupe Mastache, Turín, Jaca Book/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, p. 169.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 169.

⁴⁵ Robert H. Cobean, Elizabeth Jiménez García y Alba Guadalupe Mastache, *Tula*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2012, p. 75.

un personaje con el antropónimo de Quetzalcóatl, sea parte de un fragmento recientemente encontrado donde están representados los dioses Tezcatlipoca y Tláloc, lo cual “sugiere la probable coexistencia de los cultos a Topiltzin Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, y admiten la posibilidad de que realmente pudo haber ocurrido el conflicto entre el rey y los seguidores de Tezcatlipoca que se describe en las crónicas, que terminó con la expulsión de Quetzalcóatl y su facción de Tula.” A lo que agregan: “Colocar juntas sus imágenes en uno de los dos edificios más sagrados de Tula indica que las narraciones escritas en las crónicas indígenas sobre los toltecas y la antigua Tollan definitivamente sí están representadas en la iconografía, independientemente de si esas crónicas describan acontecimientos históricos o puramente míticos”.⁴⁶ Sin embargo no fijan una postura clara sobre la historicidad de los personajes, aunque dejan abierta la posibilidad de un trasfondo de acontecimientos históricos en la tradición indígena.

Los autores señalan los vínculos culturales existentes entre Tula Xicotitlan y Tenochtitlan, que se pueden apreciar en la arquitectura, en la disposición de ciertos espacios ceremoniales, aspectos que “seguramente fueron retomados por los mexicas, quienes recordaban sus nexos ancestrales con Tula, sobre todo por el linaje de Quetzalcóatl [...] vínculo que les daba a sus tlatoanis el lazo de sangre con los dioses”.⁴⁷ De esta manera, los toltecas de Tula Xicotitlan y los mexicas de Tenochtitlan participan de una misma tradición cultural, con lo cual siguen la línea interpretativa trazada inicialmente por Chavero, continuada por Charnay y reforzada tanto por Acosta como por Moedano.

La principal ausencia que puede señalarse al trabajo de Mastache, Cobean y Jiménez es la falta de revisión sistemática de las fuentes de tradición indígena, y los estudios basados en ellas, por lo cual

⁴⁶ *Ibidem*, p. 74. Véase Beatriz de la Fuente *et al.*, *Escultura en piedra de Tula, catálogo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, (Cuadernos de Historia del Arte, 50), p. 93-94, ilustración 69, y Elizabeth Jiménez García, *Iconografía de Tula. El caso de la escultura*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998, p. 111-113.

⁴⁷ Cobean, Jiménez y Mastache, *Tula*, p. 202.



pierden la oportunidad de proponer nuevos vínculos entre el análisis histórico y el arqueológico, para lo cual están muy bien pertrechados.⁴⁸ Aunque, debe recordarse, su propósito es elaborar una síntesis desde la arqueología, lo cual logran cabalmente.

Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1964-)

Una de las más recientes y significativas aportaciones sobre el problema de Tula y los toltecas en la historiografía mexicana es libro de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Mito y realidad de Zuyuí. Serpiente emplumada y las transformaciones mesoamericanas del Clásico al Posclásico*, de 1999, en este ensayo López Austin y López Luján desarrollan una hipótesis de trabajo planteada con anterioridad en otra obra suya, *El pasado indígena*, aparecida en 1996, en donde sólo habían dado un resumen de sus ideas sobre la cuestión.⁴⁹ A lo que deben agregarse los trabajos “Tollan y su gobernante Quetzalcóatl”, y “Los mexicas en Tula y Tula en México Tenochtitlan”, aparecido en 2007.

En *Mito y realidad de Zuyuí* se proponen presentar una hipótesis sobre “el surgimiento de un sistema político multiétnico sustentado en la ideología de [el dios] Serpiente Emplumada”.⁵⁰ Dicha ideología combinaba creencias y prácticas religiosas para dar fundamento al poder político. Según lo plantean López Austin y López Luján esta ideología era compartida por diferentes pueblos en distintas zonas de Mesoamérica, por lo cual sería incorrecto designarlos por un término que denotara una relación étnica, lingüística o geográfica específica, así que deciden utilizar la palabra Zuyuí, nombre de un lugar de origen mencionado en varias fuentes

⁴⁸ Esta parquedad también se nota en otro trabajo colectivo, Alba Guadalupe Mastache, Robert H. Cobean y Dan Healan, *Ancient Tollan. Tula and the Toltec Heartland*, Colorado, University Press of Colorado, 2002, donde no abordan el problema.

⁴⁹ Alfredo López Austin, y Leonardo López Luján, *El pasado Indígena*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2005, p. 273-297.

⁵⁰ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Mito y realidad de Zuyuí. Serpiente emplumada y las transformaciones del Clásico al Posclásico*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 1999, p. 9.

del ámbito maya.⁵¹ Por los mismos motivos prefieren hablar del dios Serpiente Emplumada y no nombrarlo como Quetzalcóatl o Kukulkán.

La forma en que los autores plantean el problema los lleva a ampliar los términos en los que tradicionalmente se ha discutido, tanto en lo temporal como en lo espacial. En lo temporal, no se limitan al periodo Posclásico, sino que lo enmarcan en el proceso de reajuste mesoamericano que va desde la caída de Teotihuacan y el mundo Clásico hasta las vísperas de la conquista española, y en lo espacial, dejan de ver sólo el Altiplano Central para considerar todo el ámbito mesoamericano.

Los autores definen lo zuyuano como una forma de organización sociopolítica que se caracteriza por controlar, en un mismo territorio, a pueblos de diversa filiación étnica y lingüística en un sistema que respetaba las formas particulares de organización de cada pueblo, al tiempo que supeditaban a todos los grupos al control de un estado hegemónico. Por eso el fin primordial de la obra es “encontrar una liga entre la acción política que pretendía innovar las relaciones regionales y un complejo ideológico que le servía de sustento”.⁵² Lo “zuyuano” se fundamenta en dos estructuras principales: una ideología que pretendía armonizar a los diferentes pueblos en un gran orden político que se presentaba como encarnación de un orden superior divino, y un aparato militar capaz de someter de manera efectiva a los grupos renuentes a participar de este orden supra étnico.

El núcleo de la ideología que sustentaba las pretensiones y las prácticas políticas de los zuyuanos es la creencia en la mítica ciudad de Tollan y en la acción del dios Quetzalcóatl. La ciudad de Tollan era presentada como el lugar de creación del género humano, donde todos los hombres existían unidos y hablaban la misma lengua;

⁵¹ Véase *El Libro de los Libros de Chilam Balam*, edición, traducción e introducción de Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, p. 57, 106, 131, 144, 157, 204-219. *Memorial de Solalá (Memorial de Tecpan-Atitlan)*, *Anales de los cakchiqueles. Título de los señores de Totonicapán*, edición, introducción y notas de Adrián Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, registra Zuyva, p. 57, 61. *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, traducción, introducción y notas de Adrián Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 184, 191.

⁵² López Austin y López Luján, *Mito y realidad...*, p. 37.



mientras que el dios que presidía Tollan distribuía los dones y era el creador genérico de los seres humanos, era ni más ni menos que Serpiente Emplumada. Es al salir de este lugar de origen que los grupos humanos adquieren su dios patrón particular, y todo aquello que los caracteriza, una lengua, sus propias costumbres, un oficio especializado que será su base económica. De manera atinada los autores destacan el aspecto astral del dios Serpiente Emplumada, pues en él es posible percibir con más fuerza y claridad sus características de dios guerrero y conquistador, elementos que son muy importantes tanto para el complejo ideológico como para la práctica política de los grupos zuyuanos. Por su parte, para los mexicas la Tollan del mundo sacro, y la legendaria Tula Xicocotitlan fueron referentes fundamentales de su propio proyecto hegemónico, pues para los mexicas “hay la necesidad de transformar su capital, primero, en sucesora de la Tula legendaria, y posteriormente en la nueva proyección de la Tollan anecuménica”.⁵³ De esta forma, si bien los tenochcas retomaron elementos importantes de la “ideología zuyuna”, también se separaron de ellos, en particular trataron de otorgar a su dios patrón Huitzilopochtli buena parte de los atributos de poder de Serpiente Emplumada, por eso, durante la conquista española, al identificar a Hernando Cortés con Quetzalcóatl, los mexicas pensaron que el dios regresaba a reocupar el poder que ellos detentaban.⁵⁴

Sin embargo, hay algunos aspectos de la tesis expuesta que suscitan más preguntas que certezas, para la cuestión aquí abordada las más relevantes giran en torno a un problema básico, si la hipotética ideología zuyuana sustentaba el ejercicio del poder a través del culto al dios Serpiente Emplumada, entonces cabe preguntar qué papel jugaban las tradiciones sobre la caída de Tula y la derrota de Quetzalcóatl a manos de Tezcatlipoca; también debe preguntar-

⁵³ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, “Los mexicas en Tula y Tula en México Tenochtitlan”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 2008, n. 38, p. 73. Cfr. Pastrana, “Notas sobre la apropiación del pasado tolteca en el presente mexicana”, en *El historiador frente a la historia. El tiempo en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, 234 p., ils., p. 181-194.

⁵⁴ *Idem*.



se el por qué dichas tradiciones sólo se dan en el Altiplano Central de México. También es claro que los detalles de algunas fuentes parecen hablar de una Tula terrenal, frente a otras que hablan aparentemente de una Tula ideal; por otra parte, si el concepto de esta ciudad es panmesoamericano, sin liga con un grupo o lengua específica, entonces cabe preguntarse la razón por la cual el nombre mismo de la ciudad ideal, Tollan o Tullán, que se usa en casi todos lados, es claramente un nahuatlismo, lo que podría llevar a pensar que el orbe náhuatl fue particularmente importante en la difusión de los conceptos de Tollan y del dios Serpiente Emplumada.⁵⁵ Son aspectos sobre los cuales los autores no abundaron, pero dejaron numerosas y sugestivas pistas para continuar las investigaciones. Sin duda la cuestión tolteca sigue abierta, pues, como lo señalan los propios autores: “Reconocemos que nuestra presentación es susceptible de extensas ampliaciones y rectificaciones, por lo cual la sometemos a la crítica de nuestros colegas”.⁵⁶

⁵⁵ Véase *El Libro de los Libros...*, p. 58; *Memorial de Solalá...*, p. 47-48, 51-57; *Popol Vuh...*, p. 92, 184, 191.

⁵⁶ López Austin y López Luján, *Mito y realidad...*, p. 47.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



PARA TERMINAR

Nunca se pareció del todo a su leyenda, pero se fue acercando.

Jorge Luis Borges, *Historia mundial de la infamia*

En 1918, Walter Krickeberg escribió a propósito de la cuestión tolteca: “En todo el tiempo que ha existido la ciencia americanista, la explicación de esta leyenda ha ocupado a la diversa calidad de autores, más que ninguna otra cuestión, relacionada con las naciones civilizadas de América. En general, el campo de los sabios se ha dividido en dos partes, según se prefiera la explicación mítica o histórica”.¹

Si el amable lector ha tenido la paciencia de seguir este trabajo encontrará que estas palabras, escritas hace más de un siglo, conservan plena vigencia. Efectivamente, la cuestión tolteca se ha planteado básicamente en dos bandos, el de los que defienden una interpretación histórica y el de los que mantienen una interpretación mítica. Hoy en día la diferencia principal con la situación señalada por el estudioso alemán estriba en que ahora existen puntos de contacto entre ambas posiciones. Así, por una parte, los historiadores han aceptado la necesidad de replantearse distintas cuestiones respecto de las fuentes, como el simbolismo, las mentalidades, lo imaginario y el análisis del discurso, lo que hace más enriquecedor el trabajo del historiador y le permite valorar mejor las dimensiones simbólicas, ideológicas y políticas de los textos antiguos. Por su parte, varios de los investigadores que han abordado la perspectiva sacra y mítica de las fuentes, admiten la relevancia de estudiar la historicidad, así como los condicionamientos sociales, políticos e

¹ Walter Krickeberg, *Los totonaca. Contribución a la etnografía histórica de la América Central*, traducción de Porfirio Aguirre, México, Secretaría de Educación Pública/Talleres Gráficos del Museo Nacional, 1933, p. 116.



historiográficos de los textos que estudian y, por ende, la necesidad de someterlos a la crítica histórica e historiográfica lo cual amplía el alcance de muchos trabajos. También hay mayor conciencia de la necesidad de entablar un diálogo interdisciplinario más amplio y constante, especialmente entre los invaluable aportes del trabajo arqueológico y el análisis de las obras escritas.

Al principio de esta investigación se plantearon tres preguntas fundamentales. La primera de ellas fue sobre las fuentes, al respecto hay que recordar que ésta es una de las cuestiones nodales del problema, o quizás sea la parte medular, el establecer el carácter y naturaleza de las fuentes y la historiografía de tradición mesoamericana. De manera frecuente se ha incurrido en caracterizar las narraciones referidas en estas obras como míticas, legendarias o históricas, sin que en todos los casos se halla emprendido un examen cuidadoso de los textos y sus contenidos para comprender su organización interna. No todos los estudiosos han definido adecuadamente los conceptos de mito, leyenda e historia, los cuales han sido expresados comúnmente como términos, por una parte, mutuamente excluyentes, y por otra, equivalentes a lo real e irreal, a la verdad y la mentira, con el resultado de generar un debate en términos dicotómicos de blanco o negro sin una zona gris intermedia.

Es notable, y revelador, que cuestiones fundamentales sobre los perfiles culturales, sociales y políticos de los autores de las obras de tradición indígena no han sido planteadas ni desarrolladas de manera sistemática. Puede afirmarse lo mismo sobre sus destinatarios, se ignoran los perfiles de los públicos al que estaban destinadas, los contextos de lectura, así como las formas de esta, su posible recepción y la intencionalidad con que fueron elaboradas. En otros contextos estas serían preguntas fundamentales que deben responderse antes de intentar una reconstrucción histórica o una interpretación de un ciclo mítico, faltan en el caso de Mesoamérica. La crítica documental, textual e historiográfica de las obras de tradición indígena ha sido relativamente escasa e insuficiente en lo que toca a los estudios sobre el problema tolteca. Si bien se han planteado distintas propuestas sobre las posibles categorías nahuas para conocer, cons-

truir y expresar el pasado, debe reconocerse que dichas propuestas no han sido del todo adecuadas para poder establecer con claridad las características formales, los tópicos o los contenidos de las categorías de raigambre mesoamericanas acerca del pasado.²

Un aspecto común, prácticamente en todos los autores, es la idea de separar, dividir y extraer datos y noticias de las obras de tradición indígena, por así decirlo “depurarlas” de interferencias “legendarias”, “míticas”, o “históricas”, según la predilección de cada estudioso. En contraste no hay esfuerzos suficientes para comprender a esas mismas obras como unidades significativas por sí mismas y no únicamente como fuentes de información. Sin duda el concepto de verdad de cada investigador y las preguntas de investigación que se formulan han llevado a ver en las narraciones de tradición mesoamericana sólo aquellos aspectos que son útiles, sin preocuparse por saber qué hacen en los textos mismos, qué función cumplen dentro del discurso de las obras historiográficas de tradición indígena, ni en el contexto social y cultural en que fueron elaboradas. Esto nos remite a tratar de entender las obras desde sus propias características y peculiaridades discursivas, así como en sus relaciones con todo un *corpus* documental, porque es en la comparación donde se podrán encontrar aquellos

² Véase, entre otros trabajos, los de Miguel León-Portilla, *La historia y los historiadores en el México antiguo. Discurso de ingreso*, México, El Colegio Nacional, 2012; Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, 3a. edición, 2 v., México, Porrúa, 1987; José Rubén Romero Galván, “Introducción”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, coordinación de José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 9-20 y Miguel Pastrana, “Historiografía de tradición indígena”, en *Historia general ilustrada del Estado de México*, 6 v., Gobierno del Estado de México/El Colegio Mexiquense, 2011, v. II, p. 55-85, “Una historiografía en busca de historiadores. La historiografía de tradición indígena”, *Historiagenda*, octubre de 2018-marzo de 2019, 4a. época, n. 38, p. 5-13. Al respecto es necesario tomar en cuenta el intercambio de ideas entre Nicholson y Graulich a propósito del libro del primero *Topiltzin Quetzalcóatl...*, véase Nicholson “Commentary [a la reseña de M Graulich]”, *Nahua Newsletter*, febrero 2002, n. 33, p. 18-21, y “Commentary [a la respuesta de Graulich]”, *Nahua Newsletter*, noviembre 2002, n. 34, p. 13-14; Graulich “Review of H. B. Nicholson, *Topiltzin Quetzalcóatl of Tollan*”, *The Nahua Newsletter*, febrero 2002, n. 33, p. 14-17, y “Commentary”, *The Nahua Newsletter*, noviembre 2002, n. 34, p. 11-13; así como el comentario de Michael E. Smith a ambos autores “Comments on the Historicity of Topiltzin Quetzalcoatl, Tollan, and the Toltecs”, *The Nahua Newsletter*, noviembre 2003, n. 36, p. 31-37.

elementos que nos permitan plantear las categorías comunes a toda esa producción.

Si se logra conocer cuál era la imagen de Tula, los toltecas, Quetzalcóatl y la *toltecáyotl*, entre los mexicas y otros grupos nahuas a través de su discurso acerca del pasado, un discurso sobre el pasado que dice ser verdadero, que entraña profundos vínculos con el presente desde el cual se expresa y que por ello es plenamente historiográfico,³ estaremos en posibilidades de comprender cual era la imagen del pasado que pretendían forjar y los motivos políticos, sociales, religiosos e ideológicos de su elección. Así como el sector social que construyó y transmitió esa imagen del pasado y a qué grupos sociales estaba destinada. Aspectos sobre los cuales los trabajos de León-Portilla apuntan ideas que deben explorarse con más detenimiento.

Sobre la segunda pregunta, ¿qué es Tula? Encontramos las más variadas respuestas, mismas que están en estrecha relación con la idea de la naturaleza misma de las fuentes de cada investigador. Destaca por supuesto la disyuntiva entre quienes, como Orozco, sostienen la existencia histórica de Tula y Quetzalcóatl, frente a un Brinton que la niega completamente. Más de 100 años después algunos investigadores continúan en la misma disyuntiva. Sorprende la modernidad de Chavero que vislumbra algo de lo que será una de las características de los intentos por salvar la dicotomía entre mito e historia, al ver en el mito no sólo un juego religioso sino una experiencia que se vive cotidianamente e influye en los acontecimientos. Esta idea será desarrollada, muchos años después, con renovado vigor y creatividad por Kirchhoff y López Austin.

Sin embargo, hay que recalcar que aún subsiste el problema de incompatibilidad entre el registro arqueológico de Tula Xicocotitlan y el discurso de las fuentes sobre la ciudad de Quetzalcóatl. Es necesario revisar las bases mismas sobre las cuales los estudiosos han intentado hacerlo; pues en principio se trata de dos formas diferentes

³ Véase Edmundo O’Gorman, “La conciencia histórica en la Edad Media”, en Edmundo O’Gorman, *Historiología. Teoría y práctica*, estudio introductorio y selección de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 29-66.



de concebir, pensar y conocer el pasado. Por un lado, está la tradición indígena de representar el pasado y que transmite antiguos saberes, mientras que, por otro lado, está la arqueología, la cual se constituye bajo el modelo decimonónico de las ciencias sociales. En este sentido puede decirse que hay dos grandes vetas en el acercamiento al pasado tolteca, uno es el estudio sistemático de la tradición indígena consignada en la historiografía y documentos del periodo novohispano y otro de la arqueología fraguada desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Sin embargo, ambos tipos de acercamiento no han resuelto los problemas básicos y no se ha establecido el diálogo adecuado entre ambas perspectivas.

La tercera pregunta, ¿qué relación tienen los mexicas con Tula? fue, por supuesto, la menos contestada. En muchos casos se pondrá la atención en los vínculos de tradición cultural compartida manifestada de manera material que estudia la arqueología, como refrendada por los textos nahuas. En las obras revisadas destacó el vínculo con el linaje de Tula a través del parentesco con Culhuacan señalado por Chavero y retomado por muchos autores. En las diversas propuestas estaba presente la idea de que los mexicas se ligaban a los toltecas para justificar, de alguna manera y ante instancias que nunca se definen, sus pretensiones de dominio. Sin duda es claro que lo tolteca, la ciudad de Tollan y figura de Quetzalcóatl fueron fundamentales en la construcción de las estructuras culturales, religiosas y de dominio político entre los mexicas y otros pueblos nahuas. También es claro que esto no fue una mera copia o trasunto, sino que implicó una reinterpretación de los viejos modelos consignados en las tradiciones acerca del pasado. Esta es una de las cuestiones que mejor puede responder un estudio de historia de la historiografía, pues al establecer qué idea tenían del poder tolteca y del suyo propio se podrá profundizar más en la conciencia histórica y política de los mexicas.

Después de este recorrido historiográfico tan largo es claro que el calidoscopio tolteca aun dista mucho de agotarse y tiene muchísimas imágenes más que entregarnos. La investigación sobre Tula y los toltecas goza de cabal salud y está en plena producción, por lo que este trabajo es tan sólo un breve balance de la discusión en el



campo de la historiografía mexicana.⁴ Quizás el mejor corolario de este extenso recorrido historiográfico de la cuestión tolteca sea retomar las palabras de Walter Lehman acerca del conocimiento de la historia indígena antigua de México: “con todo y la variedad de todas estas fuentes de información, con todo y la tremenda cantidad de documentos ya colectados, encontramos que prevalecen tantos errores, tanta incertidumbre, tal cantidad de prejuicios, que debemos tomarlo como una advertencia para ser modestos y prudentes en nuestras afirmaciones”.⁵

⁴ Entre esos numerosos trabajos pueden mencionarse, como una breve muestra, los escritos de Shanon Dugan Iverson, “Los eternos toltecas: historia y verdad durante la transición del periodo azteca al colonial en Tula, Hidalgo”, *Arqueología Iberoamericana*, 2018, año X, v. 37, suplemento 3, p. 3-27; J. K. Kowalski y C. Kristan-Graham, *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World*, Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 2007; Michael E. Smith, “La fundación de las capitales de las ciudades-estado aztecas: la recreación ideológica de Tollan”, en *Nuevas ciudades, nuevas patrias. Fundación y recolocación de ciudades en Mesoamérica y el Mediterráneo antiguo*, Ma. Josefa Iglesias Ponce de León, Rogelio Valencia Rivera y Andrés Ciudad Ruíz, Madrid, Universidad Complutense/Sociedad Española de Estudios Mayas, 2006, p. 257-290; Anamaria Ashwell, “Las Cholulas y su patrimonio arqueológico y cultural amenazado”, *Elementos*, v. 102, 2016, p. 17-23 y Patrick Johansson, “Vejez, muerte y renacer de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl”, *Arqueología Mexicana*, 2016, n. 139, p. 16-25.

⁵ Citado por Ignacio Bernal, *Historia de la arqueología en México*, 2a. edición, México, Porrúa, 1992, p. 148.



OBRAS CONSULTADAS

- ACOSTA, Jorge R., “La ciudad de Quetzalcóatl”, *Cuadernos Americanos*, v. II, n. 2, marzo-abril 1942, p. 121-131.
- , “Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos (Antes Revista Mexicana de Estudios Históricos)*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1956-1957, v. XIV (Segunda parte), p. 75-110.
- , “Los toltecas”, en *Los señoríos y estados militaristas*, coordinación de Román Piña Chan, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976, 368 p., ils. (México, Panorama Histórico y Cultural, IX), p. 137-158.
- , “La zona arqueológica”, en *Tula. Guía oficial*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1967, 70 p., ils., p. 23-69.
- ACOSTA, Josef de, *Historia natural y moral de las Indias*, edición crítica de Fermín del Pino-Díaz, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, LVI + 330 p., ils.
- ALFARO CUTANGA, Margarita, *El caballero don Mariano Fernández de Echeverría y Veitia*, prólogo de Isolda Alfaro, Madrid, Testimonio, 2003, 300 p.
- ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, “Compendio histórico del reino de Texcoco”, en *Obras históricas*, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, 2a. edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985 (Historiadores y Cronistas de Indias, 4), v. I, p. 417-521.
- ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando de, *Crónica mexicáyotl*, 2a. edición, introducción, paleografía y traducción de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, XXVIII + 190 p., láms. (Primera Serie Prehispánica, 3).
- “Anales de Cuauhtitlan”, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, 2a. edición, introducción, traducción y notas de



Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, 162 p., lams. (Primera Serie Prehispánica, 1), p. 3-68.

ASHWELL, Anamaría, “Las Cholulas y su patrimonio arqueológico y cultural amenazado”, *Elementos*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, v. 102, 2016, p. 17-23.

BATRES, Leopoldo, “Teotihuacan o la ciudad sagrada de los toltecas”, en *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, edición, compilación, traducción y notas de Roberto Gallegos Ruiz, José Roberto Gallegos Tellez Rojo y Miguel Pastrana Flores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, 674 p., ils., p. 276-285 [1889].

BERNAL, Ignacio, *Historia de la arqueología en México*, 2a. edición, México, Porrúa, 1992, 208 p., ils.

———, *Introducción a la arqueología*, prólogo de Alfonso Caso, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, 164 p., ils.

BLOCH, Marc, *Apología de la historia o el oficio de historiador*, traducción de María Jiménez, Danielle Zaglavsky y Ma. Antonia Neira, edición anotada por Étienne Bloch, prefacio de Jaques Le Goff, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 398 p.

BOTURINI BENADUCI, Lorenzo, *Historia general de la América septentrional*, edición, estudio, notas y apéndice de Manuel Ballesteros Gaiibrois, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990, LIV + 346 p., ils. (Historiadores y Cronistas de Indias, 8).

———, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, 2a. edición, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 2007, LXXX + 200 p. (“Sepan Cuantos...”, 278).

———, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional. Fundada sobre material copioso de figuras, Symbolos, Caracteres, y Geroglíficos, Cantares, y Manuscritos de Autores Indios, últimamente descubiertos*, facsímil [1746], palabras preliminares de Ma. Teresa Franco, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, VIII + [40] + 168 + [8] + 96 p.



- BRAMBILA PAZ, Rosa y Beatriz Cervantes Jáuregui, *Milagros, virtudes y empeños. La disputa por el alma novohispana*, prólogo de Francisco Morales, México, Crítica, 2017, 490 p.
- BRADING, David A., *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, 770 p., ils. (Historia).
- BRINTON, Daniel G., *American Hero-Myths. A Study in the Native Religions of the Western Continent*, edición facsimilar, Nueva York, Johnson Reprint Corporation, 1970, 252 p.
- , “The toltecs and their fabulous empire”, en *Essays of an Americanist*, Daniel G. Brinton, edición facsimilar, Nueva York, Johnson Reprint Corporation, 1970, 490 p., p. 83-100.
- CAMELO, Rosa, “La historiografía colonial en Nueva España”, en *La creación de una imagen propia. La tradición española*, coordinación de Rosa Camelo y Patricia Escandón, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012 (Historiografía Mexicana, II), v. I, p. 17-38.
- , “La totalidad del texto”, en *La experiencia historiográfica. VIII Coloquio de Análisis Historiográfico*, edición de Rosa Camelo y Miguel Pastana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2009, 286 p., ils. (Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 7), p. 11-22.
- Cantares mexicanos*, 4 v., edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fideicomiso Teixidor, 2011-2019, ils.
- CAÑIZALES ESGUERRA, Jorge, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, traducción de Susana Moreno, México, Fondo de Cultura Económica, 2007, 638 p., ils. (Historia).
- CARBONELL, Charles-Olivier, *La historiografía*, traducción de Aurelio Garzón, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 164 p. (Breviarios, 353).
- CARRASCO, David, *Quetzalcoatl and the Irony of Empire: Myths and Prophecies in the Aztec Tradition, Edition Revised*, Boulder, University of Colorado Press, 2000, XVIII + 280 p., ils.



CASO, Alfonso, “El complejo arqueológico de Tula y las grandes culturas indígenas de México”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1941, v. v, n. 2-3, p. 85-95.

CASTELLÓN HUERTA, Blas Román, *Análisis estructural del ciclo de Quetzalcóatl. Una aproximación a la lógica del mito en el México antiguo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, 270 p., ils. (Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia).

CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, 2a. edición, 4 v., edición y prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1958, ils. (Escritores Mexicanos, 7-10).

———, *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1974, 168 p.

COBEAN, Robert H., “Alba Guadalupe Mastache Flores”, *Anales de Antropología*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, v. XXXVII, 2003, p. 329-334.

———, “La alfarería tolteca”, en *La producción alfarera en el México antiguo*, coordinación de Beatriz Leonor Merino Carrión y Ángel García Cook, 5 v., México, Instituto Nacional de Antropología, 2005-2007, ils, v. IV, p. 57-75.

——— y Alba Guadalupe Mastache, “La excavación monumental en Tula”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, coordinación de Ma. de la Luz del Valle Berrocal, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, 644 p., ils. (*Desarrollo técnico*, 6), p. 147-187.

———, “Tollan en Hidalgo. La Tollan histórica”, *Arqueología Mexicana*, Raíces, México, 2007, v. XV, n. 85, p. 30-35.

———, “Tula”, en *Xochicalco y Tula*, Leonardo López Luján, Robert H. Cobean y Alba Guadalupe Mastache, Turín, Jaca Book/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, 238 p., ils., p. 145-221.

———, Elizabeth Jiménez García y Alba Guadalupe Mastache, *Tula*, traducción de Aarón Arboleyda Castro, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2012, 230 p., ils. (Ciudades).

Códice Vaticano A. 3738, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica/Akademische Druckund Verlagsanstalt, 1996 (Códices Mexicanos, XII).



- “Conclusiones adoptadas por la reunión de la Primera Mesa Redonda de Antropología”, en *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, edición, compilación, traducción y notas de Roberto Gallegos Ruiz, José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel Pastрана Flores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, 674 p. ils., p. 513-514.
- CHARNAY, Désiré de, “Las antiguas villas del Nuevo Mundo (capítulo IV)”, en *Proyecto Tula*, coordinación de Eduardo Matos, 2 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Secretaría de Educación Pública, 1974, 116 p., ils. (Científica, 15, 33), v. I, p. 17-25.
- , “Las antiguas villas del Nuevo Mundo (capítulo V)”, en *Proyecto Tula*, coordinación de Eduardo Matos, 2 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Secretaría de Educación Pública, 1974, 116 p., ils. (Científica, 15, 33), v. II, p. 15-20.
- , “Mis descubrimientos en México y en la América Central. Viaje al Yucatán y al país de los lacandones”, en *América pintoresca. Descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores, Carlos Wiener, doctor Crevaux, D. Charnar, etc., etc.*, edición facsimilar, México, Libros de México, 1981, 862 p., ils., p. 264-476.
- CHAVERO, Alfredo, “Historia antigua y de la conquista”, en *México a través de los siglos*, Vicente Riva Palacio *et al.*, 10 v., México, Cumbre, 1987, v. I-III, ils.
- CHILDE, Vere Gordon, *Introducción a la arqueología*, prólogo de Juan Maluquer de Montes, traducción de Ma. Eugenia Aubet, Barcelona, Ariel, 1989, 182 p., ils. (Ariel, 85)
- CHIMALPAIN CUAUHTEHUANITZIN, Domingo Francisco de San Antón Muñón, *Memorial breve acerca de la fundación de Culhuacan*, estudio, paleografía, traducción, notas e índice analítico por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, LXVIII + 158 p. (Serie de Cultura Náhuatl. Fuentes, 9).
- DAVIES, Nigel, *Los antiguos reinos de México*, traducción de Roberto R. Reyes M., México, Fondo de Cultura Económica, 1995, 248 p., ils.
- , “El concepto azteca de la historia, Teotihuacan y Tula”, traducción de Ulalume González, *Vuelta*, México, febrero 1985, v. IX, n. 99, p. 36-39.



_____, *El imperio azteca, el resurgimiento tolteca*, traducción Guillermina Féher, México, Alianza, 1992, 378 p.

_____, *The Toltecs, Until de Fall of Tula*, Norman, University of Oklahoma Press, 1977, XVIII + 534 p., ils. (The Civilization of the American Indian Series, 144).

_____, *The Toltec Heritage. From the Fall of Tula to the Rise of Tenochtitlan*, Norman, University of Oklahoma Press, 1980, XII + 402 p. ils. (The Civilization of the American Indian Series, 153).

_____, “Tula. Realidad, mito y símbolo”, en *Proyecto Tula*, 2 v., coordinación de Eduardo Matos, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Secretaría de Educación Pública, 1974, 116 p. ils. (Científica, 15), v. I, p. 109-114.

DÍAZ MALDONADO, Rodrigo, *Manuel Orozco y Berra o la historia como la reconciliación de los opuestos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 96 p. (Serie de Teoría e Historia de la Historiografía, 10).

DIEHL, Richard A., *Tula. The Toltec Capital of Ancient México*, London, Thames and Hudson, 1983, 184 p., ils.

DUGAN IVERSON, Shanon, “Los eternos toltecas: historia y verdad durante la transición del periodo azteca al colonial en Tula, Hidalgo”, en *Arqueología Iberoamericana*, traducción de Nelly Zoé Núñez Rendón y Kristin S. Sullivan, 2018, año X, v. 37, suplemento 3, p. 3-27. Disponible en: <http://purl.org/aia/S301>

DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., 2a. edición, edición de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1984, láms. (Biblioteca Porrúa, 36-37).

ESCALANTE GONZALBO, Pablo, “Alfredo López Austin y la gran renovación de los estudios sobre el México indígena”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, v. LXXI, n. 4, 2022, p. 1819-1832.

FLORESCANO, Enrique, *El mito de Quetzalcóatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 182 p., ils. (Cuadernos de la Gaceta, 83).

_____, “La saga de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl”, *Relaciones*, verano 2003, v. XXIV, n. 95, p. 201-234.

FUENTE, Beatriz de la, “Retorno al pasado tolteca en el arte Mexica”, *Artes de México*, Nueva época, México, n. 7, primavera 1990, p. 36-53.

- _____, Silvia Trejo y Nelly Gutiérrez Solana, *Escultura en piedra de Tula, catálogo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 238 p., ils. (Cuadernos de Historia del Arte, 50).
- GALLEGOS RUIZ, Roberto, “Román Piña Chán, un intento de bosquejo biográfico”, en *Homenaje a Román Piña Chan*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1987, 580 p., ils. (Serie Antropológica, 79), p. 37-74.
- GAMBOA CABEZAS, Luis Manuel y Martha García Sánchez, “La conservación y la investigación arqueológica de Tollan Xicocotitlan”, en *Tula y su jurisdicción. Arqueología e historia*, México, compilación de Francisco Luis Jiménez Abollado, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2018, 166p., ils., p. 43-69.
- GAOS, José, “Notas sobre la historiografía”, en *De antropología e historiografía*, México, Universidad Veracruzana, 1967, 318 p. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 40), p. 283-318.
- GARCÍA COOK, Ángel, “Cesar Augusto Sáenz Vargas”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, coordinación de Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. III, p. 405-412.
- GARCÍA CUBAS, Antonio, “Ruinas de la antigua Tollan”, *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, México, Imprenta de Díaz de León y White, 1873, Tercera época, v. I, n. 3, p. 173-187, 2 láms.
- GARCÍA GUAL, Carlos, *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la tabla redonda. Análisis de un mito literario*, 2a. edición, Madrid, Alianza Editorial, 1984, 214 p. (El Libro de Bolsillo, 955).
- GARIBAY K., Ángel María, *Historia de la literatura náhuatl*, 3a. edición, 2 v., México, Porrúa, 1987 (Biblioteca Porrúa, 1-5).
- GILLESPIE, Susan D., “Toltecs, Tula, and Chichén Itzá: the Development of a Archaeological Myth”, en J. K. Kowalski y C. Kristan-Graham, *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World*, Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 2007, ils., p. 85-127.
- GÓMEZ MONTOYA, Mónica Liliana, “José Joaquín Granados y Gálvez. La reconciliación de la sociedad novohispana”, México, tesis de licenciatura.



tura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2007, 102 p.

GRANADOS Y GÁLVEZ, José Joaquín, *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la entrada de la gran nación tolteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos. Trabajadas por un indio y un español*, prólogo de Horacio Labastida, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades/Miguel Ángel Porrúa, 1987, LXXVI + [70] + 564 p., ils. (Biblioteca Mexicana de Escritores Políticos).

GRAULICH, Michel, *Mitos y rituales del México antiguo*, traducción de Ángel Barral, Madrid, Istmo, 1990, 504 p., ils.

———, *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollan*, Antwerpen, Instituut voor Amerikanistiek, 1988, 298 p. (Occasional Publications, 1).

———, “Review of Topiltzin Quetzalcóatl of Tollan de H. B. Nicholson”, *Nahua Newsletter*, 2002, n. 33, p. 14-17.

———, “Commentary [a la respuesta de H. B. Nicholson]”, *Nahua Newsletter*, 2002, n. 34, p. 11-13.

———, “Los reyes de Tollan”, *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, 2002, v. XXXII, p. 87-114.

GUZMÁN Y CÓRDOVA, Sebastián de, “Prólogo a quien leyere”, en *Libra astronómica y filosófica*, Carlos de Sigüenza y Góngora, 2a. edición, presentación de José Gaos, edición de Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, XXXIV + [22] + 252 p. (Nueva Biblioteca Mexicana, 2), p. [13-18]

HANFFSTENGEL, Renata von, y Cecilia Tercero, editoras, *Eduard y Caecile Seler. Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas/Ediciones y Gráficos Eón, 2003, 414 p., ils.

HEREDIA Y SARMIENTO, Joseph Ignacio, “Resumen histórico de las principales naciones que poblaron el país de Anahuac o Virreynato de Nueva España”, en *Sermón panegírico de la gloriosa aparición de nuestra señora de Guadalupe, que en el día 12 de diciembre de 1801 dixo en su*

- santuario el Dr. D. Joseph Ignacio Heredia y Sarmiento, Colegial Beca de Oposicion, Catedrático que fué de Látinidad, de Filosofia, y es hoy de Retorica en el Real y Pontificio Colegio Seminario de México, y Cura Juez Eclesiastico interino de Metepec, México, Imprenta de Doña María Fernández Jáuregui, 1803, 155 p., láminas, p. 71-155.*
- “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Juan Bautista Pomar *et al.*, edición e introducción de Joaquín García Icazbalceta, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, XI + 292 p. (Sección de Historia, 2), p. 209-240.
- “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Mitos e historias de los antiguos nahuas*, paleografía y traducciones de Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, 242 p. (Cien de México), p. 13-95.
- Histoire du Mexique*, en *Mitos e historias de los antiguos nahuas*, paleografía y traducciones de Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, 242 p. (Cien de México), p. 123-166.
- Historia tolteca-chichimeca*, edición facsimilar, edición de Kirchhoff, Paul, Lina Odena Güemes y Luis Reyes García, México, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Gobierno del Estado de Puebla, 1989, 290 p.
- HUIZINGA, Johan, “En torno a la definición del concepto de historia”, en *El concepto de la historia y otros ensayos*, Johan Huizinga, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 452 p., p. 85-97.
- IGLESIA, Ramón, *El hombre Colón y otros ensayos*, introducción de Álvaro Matute, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 274 p.
- ISLAS JIMÉNEZ, Celia y Víctor Alfonso Benítez Corona, “Introducción”, “Estudio preliminar”, en *Wigberto Jiménez Moreno, 1909-1985. Obras escogidas de la historia antigua de México*, edición de Cecilia Islas Jiménez y Víctor Alfonso Benítez Corona, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017, 532 p., ils., p. 13-37, 39-46.
- JIMÉNEZ ABOLLADO, Francisco Luis, compilador, *Tula y su jurisdicción. Arqueología e historia*, México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2018, 166p., ils.



JIMÉNEZ GARCÍA, Elizabet, *Iconografía de Tula. El caso de la escultura*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998, 518 p., ils. (Científica, 364).

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, “50 años de historia mexicana”, en *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones*, introducción y compilación de Evelia Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2010, 360 p. (Lecturas Universitarias, 48), p. 29-34.

———, “Conclusiones del profesor Wigberto Jiménez Moreno”, en *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, edición, compilación, traducción y notas de Roberto Gallegos Ruiz, José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel Pastrana Flores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, 674 p. ils., p. 507-510.

———, “Diferente principio del año entre diversos pueblos y sus consecuencias para la cronología prehispánica”, en *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, prehistoria, historia antigua y lingüística mexicanistas. Homenaje a Hermann Beyer*, México, Sociedad Alemana Mexicanista 1958, v. 9, p. 137-152.

———, *Historia antigua de México*, México, Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1953, 83 + 28 p. (Publicaciones de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1).

———, “Historia tolteca”, edición y advertencia de Miguel Pastrana Flores, en *Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, septiembre-diciembre 2005, n. 74, p. 2-25.

———, “Introducción”, en *Guía arqueológica de Tula*, Alberto Ruiz Lhuillier, introducción de Wigberto Jiménez Moreno, México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México, 1945, 96 p., ils., p. 7-18.

———, *Obras escogidas de la historia antigua de México*, edición de Celia Islas Jiménez y Víctor Alfonso Benítez Corona, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017, 532 p., ils.

———, “Origen y desarrollo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1940-49, v. X, p. 135-141.



- _____, “Los portadores de la cultura teotihuacana”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, julio-septiembre de 1974, v. 24, n. 1, p. 1-12.
- _____, “Síntesis de la historia precolonial del Valle de México”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1954-55, v. XIV (parte 1), p. 219-236.
- _____, “Tula, ciudad de Quetzalcóatl”, en *Obras escogidas*, Wigberto Jiménez Moreno, investigación, compilación y estudio preliminar de Cecilia Islas Jiménez y Víctor Alfonso Benítez Corona, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017, 532p., ils., p. 69-82.
- _____, “Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1941, v. V, n. 2-3, p. 79-83. Reproducido en *De Teotihuacan a los aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, Miguel León-Portilla, 2a. edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, 612 p. (Lecturas Universitarias, 11), p. 130-134.
- JOHANSSON K., Patrick, “Vejez, muerte y renacer de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl”, *Arqueología Mexicana*, 2016, n. 139, p. 16-25.
- JONES, Lindsay, *Twin City Tales: A Hermeneutical Reassessment of Tula and Chichén Itzá*, Niwot, University of Colorado Press, 1995, ils.
- KEEN, Benjamin, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 610 p., láms.
- KIRCHHOFF, Paul, “Calendarios tenochca, tlatelolca y otros”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. 14, n. 2, 1954-1955, p. 257-267.
- _____, “El Imperio Tolteca y su caída”, en *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, recopilación de Jesús Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila y Emma Pérez-Rocha, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, 522 p., ils, p. 249-272.
- _____, “¿Se puede localizar Aztlán?”, en *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, recopilación de Jesús Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila y Emma Pérez-Rocha, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, 522 p., ils, p. 331-341.
- _____, “Quetzalcóatl, Huémac y el fin de Tula”, *Cuadernos Americanos*, México, noviembre-diciembre 1955, v. LXXIXV, n. 6, p. 163-196.



KRICKEBERG, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, traducción de Sita Garst y Jasmin Reuter, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 476 p., ils.

———, “Introducción” y “Notas”, en *Mitos y leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas*, edición, introducción y notas de Walter Krickeberg, traducción de Johanna Faulhaber y Brigitte von Mentz, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, 268 p., ils. p. 9-17, 207-253.

———, *Los totonaca. Contribución a la etnografía histórica de la América Central*, traducción de Porfirio Aguirre, México, Secretaría de Educación Pública/Talleres Gráficos del Museo Nacional, 1933, 242 p., ils.

KOWALSKI, J. K. y C. Kristan-Graham, *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World*, Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 2007, ils.

KUBLER, George, “Chichén Itzá y Tula”, *Estudios de Cultura Maya*, 1961, v. I, p. 47-79.

LABASTIDA, Horacio, “Prólogo”, en *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la entrada de la gran nación tolteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos. Trabajadas por un indio y un español*, José Joaquín Granados y Gálvez, prólogo de Horacio Labastida, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades/Miguel Ángel Porrúa, 1987, LXXVI + [70] + 564 p., ils. (Biblioteca Mexicana de Escritores Políticos), p. IX-LXXIV.

LAFAYE, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México. Abismo de conceptos, identidad, nación, mexicano*, prefacio de Octavio Paz, traducción de Ida Vitale, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, 564 p., ils.

LE RIVEREND BRUSONE, Julio J., “La Historia antigua de México del padre Francisco Javier Clavijero”, en *Estudios de historiografía de la Nueva España*, Ramón Iglesia y otros, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1945, 330 p., p. 293-323.

———, “Historiadores de México en el siglo XVIII”, México, tesis de maestría en Historia, El Colegio de México, 1946, 172 p.

———, “Problemas de historiografía”, *Historia Mexicana*, v. 3, n. 1, julio de 1953, p. 52-68.

- LEHMAN, Walter, *Una elegía tolteca*, prólogo de Wigberto Jiménez Moreno, traducción de R. P. Hendrichs, México, Sociedad México-Alemana Alejandro de Humbolt, 1941, 52 p. (Folleto, 2).
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, 2a. edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, 198 p., ils.
- , “Los chichimecas de Mixcóatl y los orígenes de Tula”, en *Historia de México*, coordinación de Miguel León-Portilla, 3 v., México, Salvat, 1978, ils. v. III, p. 1-10.
- , “Estudio preliminar”, en *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, Lorenzo Boturini Benaduci, 3a. edición, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 2007, LXXX + 200 p. (“Sepan Cuantos...”, 278), p. IX-LXIX.
- , “Francisco Xavier Clavigero”, en *Historiografía mexicana*, coordinación de Juan A. Ortega y Medina, Rosa Camelo y Patricia Escandón, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012, v. I, t. I, p. 605-642.
- , *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, prólogo de Ángel Ma. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, XII + 462 p. (Serie de Cultura Náhuatl Monografías, 10).
- , *La historia y los historiadores en el México antiguo. Discurso de ingreso*, salutación de Guillermo Haro, contestación de Agustín Yáñez, palabras finales Luis Echeverría Álvarez, México, El Colegio Nacional, 2012, 74 p.
- , “La historia prehispánica en nuestro Instituto”, *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Universidad Nacional Autónoma de México, n. 63, enero-abril 2002, p. 3-63.
- , *Quetzalcóatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, 102 p., ils. (Presencia de México, 1).
- , “Ruina y dispersión de los toltecas”, en *Historia de México*, coordinación de Miguel León-Portilla, 3 v., México, Salvat, 1978, ils. v. III, p. 47-58.
- , “Tendencias en las investigaciones históricas de México”, en *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y*



- reflexiones*, introducción y compilación de Evelia Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2010, 360 p. (Lecturas Universitarias, 48), p. 61-122.
- , “Toltecáyotl, conciencia de una herencia de cultura”, en *Toltecáyotl, aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, 466 p., ils. (Sección de Obras de Antropología), p. 15-35.
- , “Tula y la toltecáyotl”, en *Historia de México*, coordinación de Miguel León-Portilla, 3 v., México, Salvat, 1978, ils. v. III, p. 11-26.
- , “Tula Xicocotitlan. Historia y arqueología”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008, n. 39, p. 65-86.
- “Leyenda de los Soles”, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, 2a. edición, introducción, traducción y notas de Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, 162 p., láms (Primera Serie Prehispánica, 1), p. 119-142.
- El Libro de los Libros de Chilam Balam*, edición, traducción e introducción de Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, 268 p., ils. (Biblioteca Americana, 8).
- LIVERANI, Mario, *Imaginar Babel. Dos siglos de estudios sobre la ciudad oriental antigua*, traducción de Juan Vivanco, Barcelona, Ballaterra, 2013, 516 p., ils. (Arqueología).
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, 2a. edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 210 p. (Serie de Cultura Náhuatl Monografías, 15).
- , “Los mitos en la obra de Sahagún”, en Miguel León-Portilla *et al.*, *Bernardino de Sahagún. Quinientos años de presencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2002, 278 p. ils., p. 81-96.
- , *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 262 p., ils.
- y Leonardo López Luján, “Los mexicas en Tula y Tula en México-Tenochtitlan”, *Estudios de cultura náhuatl*, México, Universidad Nacional



- Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008, n. 38, p. 33-83, ils.
- , *Mito y realidad de Zuyúá. Serpiente emplumada y las transformaciones del Clásico al Posclásico*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 1999, 168 p., ils.
- , *El pasado Indígena*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2005, 332 p., ils.
- LÓPEZ HERNÁNDEZ, Haydeé, “Historia y olvido. Enrique Juan Palacios Mendoza (1881-1953) y los estudios históricos arqueológicos en México”, México, tesis de maestría en Historia de la Ciencia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2006, 133 p.
- MANEIRO, Juan Luis, “Javier Clavijero”, en *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri, prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, xxx + 262 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 74), p. 199-210.
- MANZANILLA, Linda y Leonardo López Luján, editores, *Historia antigua de México*, 2a. edición, 4 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, 2001, ils.
- MARTÍNEZ MARÍN, Carlos, “Wigberto Jiménez Moreno, una semblanza académica”, en *Historiadores de México en el siglo XX*, compilación de Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, 558 p., p. 211-234.
- MASTACHE, Alba Guadalupe y Robert H. Cobean, “Tula”, en *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, recopilación de Jesús Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila y Emma Pérez-Rocha México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, 522 p., ils, p. 273-307.
- , *Tula. Guía oficial*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Salvat, 1991, 92 p. ils.
- , Robert H. Cobean y Dan Healan, *Ancient Tollan. Tula and the Toltec Heartland*, Colorado, University Press of Colorado, 2002, 412 p., ils. (Mesoamerican Worlds).



MATUTE, Álvaro, “La historiografía mexicana contemporánea”, en *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones*, introducción y compilación de Evelia Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2010, 360 p. (Lecturas Universitarias, 48), p. 123-135.

———, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, 88 p. (Serie de Historia Novohispana, 26).

———, “Lorenzo Boturini”, en *Historiografía mexicana*, coordinación de Juan A. Ortega y Medina, Rosa Camelo y Patricia Escandón, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012, v. I, t. I, p. 481-495.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, “Henry B. Nicholson. Obituario”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, v. XXXVIII, p. 477-507.

———, “Jorge R. Acosta”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. IX, p. 45-52.

———, “Tula de los toltecas”, en *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México, Océano, 2001, 384 p., ils., p. 315-329.

——— y Ángela Ochoa coordinadores, *Alfredo López Austin. Vida y obra*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, 164 p., ils.

MENDIZÁBAL OTHÓN DE, Miguel y Enrique Juan Palacios, “El templo en Teotihuacán”, en *Obras completas*, Miguel Othón de Mendizábal, 6 v., México, Cooperativa de Trabajadores de los Talleres Gráficos de la Nación, 1946, v. II, p. 343-353.

———, “Quetzalcóatl y la irradiación de su cultura en el antiguo territorio mexicano”, en *Obras completas*, Miguel Othón de Mendizábal, 6 v., México, Cooperativa de Trabajadores de los Talleres Gráficos de la Nación, 1946, v. II, p. 347-367.

Memorial de Solalá (Memorial de Tecpan - Atitlan), *Anales de los cakchiqueles. Título de los señores de Totonicapán*, edición, introducción y notas de Adrián Recinos, traducción de Adrián Recinos y Dionisio José Chonay, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 304 p.

- MEYER, M. Alejandro, “Alfredo Chavero”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. 9, p. 588-601.
- MOEDANO KÖER, Hugo, “Las cariátides de Tula y los hallazgos de Guatemala 12”, *El Nacional*, 24 de agosto de 1944, v. XXI, n. 5531, p. 3, 10.
- , “¿La cultura azteca es realmente azteca? Significación de los últimos hallazgos arqueológicos en la ciudad de México”, *Hoy*, 4 de noviembre de 1944, p. 54-57.
- , “El friso de los caciques”, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1947, t. II, p. 113-136.
- , “El nexo cultural entre los aztecas y los toltecas”, *El Nacional*, 4 de noviembre de 1944, v. XXI, n. 5603, p. 2, 5.
- , “Un sensacional descubrimiento, la influencia de los tolteca en Tenochtitlan”, *El Universal*, 13 de agosto de 1944.
- , *Tollan. Algunos de los problemas históricos y arqueológicos de Tula, y su probable solución*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1945-1946, IV + 165 p., ils.
- , “Tula y sus problemas”, *El Nacional*, 10 de septiembre de 1944, v. XXI, n. 5549, p. 3, 5.
- MOLINA, Alonso de, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, 2a. edición, edición facsimilar, estudio preliminar, de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1977, LXIV + 124 + 162 p. (Biblioteca Porrúa, 44).
- MÓNACO, Emanuela, “Quetzalcóatl de Tollan”, *Historias*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Estudios Históricos, n. 35, p. 45-82.
- MONTEMAYOR GARCÍA, Felipe, “Hugo Moedano Koer”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. II, p. 600-604.
- NAVARRETE, Federico, “La historia y la antropología tras las huellas de los hombres-dioses”, en *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, edición de Evelia Trejo y Álvaro Matute, México, Universidad Nacional



- Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, 590 p. (Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3), p. 403-418.
- NICHOLSON, Henry B., “Commentary [a la reseña de M Graulich], *Nahua Newsletter*, 2002, n. 33, p. 18-21.
- , “Commentary [a la respuesta de Graulich]”, *Nahua Newsletter*, 2002, n. 34, p. 13-14.
- , *Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan. The Once and Future Lord of the Toltecs*, prefacio de Gordon Willey, prólogo de Alfredo López Austin, Boulder, University Press of Colorado, 2001, LXIII + 360 p., ils. (Mesoamerican Worlds).
- , “Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan. A Problem in Mesoamerican Religion and History”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, enero-junio 2020, v. 59, p. 211-230.
- NOGUEZ, Xavier, “La zona del Altiplano central en el Posclásico, la etapa tolteca”, en *Historia antigua de México*, edición de Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, 2a. edición, 4 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, 2001, ils., v. III, p. 199-235.
- O’GORMAN, Edmundo, “Cinco años de historia en México”, *Históricas*, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, n. 65, septiembre-diciembre 2002, p. 15-28.
- , “La conciencia histórica en la Edad Media”, en Edmundo O’Gorman, *Historiología. Teoría y práctica*, estudio introductorio y selección de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, xxxviii + 206 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 130), p. 29-66.
- , *Cuatro historiadores de indias*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 252 p. (SepSetentas, 51).
- OCHOA, Lorenzo, “Alfredo López Austin, colega y amigo”, *Anales de Antropología*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, v. xxxiv, 2000, p. 365-367.
- , “Reseña de Román Piña Chan, *Historia arqueología y arte prehistórico*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1974, v. 9, p. 387-392.



- OLIVIER, Guilhem, “Obituario Henry B. Nicholson, 1925-2007”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008, v. XXXIX, p. 330-342.
- , “Michel Graulich”, *Journal de la Société des Américanistes*, v. 101, n. 1/2 (2015), p. 297-306.
- “Origen de los mexicanos”, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Juan Bautista Pomar *et al.*, edición e introducción de Joaquín García Icazbalceta, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, XII + 292 p. (Sección de Historia, 2), p. 256-280.
- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, 2a. edición, 4 v., edición y estudio previo de Ángel M. Garibay, biografía y bibliografías por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1978, ils. (Biblioteca Porrúa, 17-20).
- ORTIZ GALICIA, Tania, “La conciencia histórica en el siglo XVIII novohispano a través de la obra sobre el México antiguo de Mariano Veitia”, tesis de maestría en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Maestría y Doctorado en Historia, 2014.
- , “La construcción de la imagen de la Nueva España y la reelaboración de la historia mexicana. Mariano Veitia y la Historia antigua de México”, México, tesis de licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2008, 97 h.
- , “De la polémica a la historia. La doble articulación de la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavigero”, en *El Clasicismo en la época de Pedro José Márquez, 1741-1820. Arqueología, historia, música y teoría arquitectónica*, coordinación de Oscar Flores Flores, México Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas/Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2014, p. 321-334.
- , “En torno a la ‘totalidad del texto’. Una propuesta de relectura de la *Historia antigua* de Mariano Veitia”, en *De historiografía y otras pasiones. Homenaje a Rosa Camelo*, coordinación de Álvaro Matute y Evelia Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2016, 282 p., ils. 167-180.
- PALACIOS, Enrique Juan, “Teotihuacán, los toltecas y Tula”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1941, v. V, n. 2-3, p. 113-134.



PASTRANA FLORES, Miguel, “La caída de Tula en el *Códice florentino*. Escritura y rescate de la memoria náhuatl de un desastre en un contexto catastrófico”, en *L'Élégie du désastre. De l'archive à l'Histoire*, Laura Brodino, Rodrigo Díaz Maldonado y Béatrice Pérez, dirección, París, Éditions Hispaniques/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2019, 218 p., ils. (Histoire et Civilisation), p. 19-36.

———, “Las casas de Quetzalcóatl en Tula y el problema de lo maravilloso en la historiografía náhuatl”, en *La experiencia historiográfica. VIII Coloquio de Análisis Historiográfico*, edición de Rosa Camelo y Miguel Pastrana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2009, 286 p., ils. (Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 7), p. 241-263.

———, “Escritura e imagen de la historia náhuatl. La historiografía de tradición indígena de la conquista”, en *Tenochtitlan. La caída de un imperio*, Eduardo Matos Moctezuma, Miguel Pastrana Flores y Patricia Ledesma Bauchan, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2021, 310 p., ils., p. 277-290.

———, “Fuentes para el conocimiento de la religión de los antiguos nahuas”, en *La religión de los pueblos nahuas*, edición de Silvia Limón Olvera, Madrid, Trotta, 2008, 360 p., ils. (Enciclopedia Iberoamericana de Religiones, 07), p. 73-96.

———, “Historiografía de tradición indígena”, en *Historia general ilustrada del Estado de México*, 6 v., Gobierno del Estado de México/El Colegio Mexiquense, 2011, ils. (Biblioteca Mexiquense del Bicentenario. Colección Mayor), v. II, p. 55-85.

———, “La idea de *tetzáhuatl* en la historiografía novohispana. De la tradición náhuatl a la Ilustración. Consideraciones preliminares”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-junio 2014, v. 47, p. 237-252. Disponible en: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn47/964.pdf>

———, “Una historiografía en busca de historiadores. La historiografía de tradición indígena”, *Historiagenda*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Colegio de Ciencias y Humanidades, octubre de 2018-marzo de 2019, Cuarta época, n. 38, p. 5-13. Disponible en: <https://>

www.cch.unam.mx/comunicacion/sites/www.cch.unam.mx/comunicacion/files/subidas/HistoriAgenda_38.pdf

_____, “Un lugar en la historia universal. La interpretación del pasado indígena en la obra del padre Márquez”, en *El Clasicismo en la época de Pedro José Márquez (1741-1820). Arqueología, historia, música y teoría arquitectónica*, coordinación de Oscar Flores Flores, México Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas/Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2014, 646 p., ils., p. 347-358.

_____, “Notas sobre la apropiación del pasado tolteca en el presente mexica”, en *El historiador frente a la historia. El tiempo en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, 234 p., ils., p. 181-194. Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/428/428_04_08_Notas.pdf

_____, “Textos y contextos del Libro tercero del *Códice florentino*”, en *El universo de Sahagún. Pasado y presente*, 2008, edición de Pilar Máynez y José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, 282 p., ils., p. 189-196.

_____, “Tezcatlipoca contra Quetzalcóatl en la caída de Tula”, *Arqueología Mexicana*, México, Editorial Raíces, noviembre-diciembre 2011, v. XIX, n. 112, p. 30-35.

_____, “Tula y los toltecas en la historiografía de tradición náhuatl”, *Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-abril 2002, n. 63, p. 13. Disponible en: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/boletin/pdf/boletin063.pdf>

_____, “Tula y los toltecas en los textos de Sahagún”, en *El universo de Sahagún. Pasado y presente. Coloquio 2005*, edición de José Rubén Romero Galván y Pilar Maynes, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, 154 p., ils. (Serie de Cultura Náhuatl Monografías, 31), p. 107-113. Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/484/484_04_08_TulaToltecas.pdf

PEPERSTRAETE, Sylvie, Nathalie Ragot, Guilhem Olivier y Élodie Dupey García, “Michel Graulich, 1944-2015”, *Estudios de Cultura Náhuatl*,



México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-junio 2015, n. 49, p. 261-302.

PIÑA CHAN, Román, *Chichén Itzá. La ciudad de los brujos del agua*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, ils.

———, *Historia, arqueología y arte prehispánico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 216 p., ils.

———, *Quetzalcóatl. Serpiente emplumada*, México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1985, 74 p., ils. (Lecturas Mexicanas, 69).

PLANCARTE Y NAVARRETE, Francisco, *Tamoanchan. El Estado de Morelos y el principio de la civilización en México*, presentación de Valentín López González, Cuernavaca, Suma Morelense, 1982, 195 p., ils.

Popol-Vuh. Las antiguas historias del Quiché, 2a. edición, traducción, introducción y notas de Adrián Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 288 p., mapas (Biblioteca Americana. Serie de Literatura Indígena, 1).

PREM, Hanns J., *Manual de la antigua cronología mexicana*, México, Miguel Ángel Porrúa/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2008, 356 p., ils.

“Relación de la genealogía y linaje de los señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España”, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Juan Bautista Pomar *et al.*, edición e introducción de Joaquín García Icazbalceta, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, XII + 292 p. (Sección de Historia, 2), p. 240-256.

REYES EQUIHUAS, Salvador, coordinador, *Vivir la historia. Homenaje a Miguel León-Portilla*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008, 164 p.

REYNOSO, Arturo, *Francisco Xavier Clavigero. El aliento del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica/Artes de México/Universidad Iberoamericana, 2018, 576 p., ils. (Tezontle).

ROMERO GALVÁN, José Rubén, “Introducción”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, coordinación de José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p. (Historiografía Mexicana, I), p. 9-20.



- ROJAS, Gabriel de, “Relación de Cholula”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI. Tlaxcalla*, 2 v., edición de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1984-1985, láms. (Relaciones Geográficas del Siglo XVI, 4, 5), v. II, p. 121-145.
- RONAN, Charles E., *Francisco Javier Clavijero, S. J., 1731-1786. Figura de la ilustración mexicana; su vida y obras*, traducción de Carlos Ignacio Aguilar y otros, Guadalajara, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Universidad de Guadalajara, 1993, 536 p.
- RUZ LHUILLIER, Alberto, *Guía arqueológica de Tula*, introducción de Wigberto Jiménez Moreno, México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México, 1945, 96 p., ils.
- SÁENZ VARGAS, César A., *Quetzalcóatl*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962, 88 p., ils.
- SAHAGÚN, Bernardino de, *Códice florentino. Manuscrito 218-20 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana*, edición facsimilar, 3 v., México, Archivo General de la Nación, 1979.
- , *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 v., introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, prólogo e índice analítico de Josefina García Quintana, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000 (Cien de México).
- , *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., edición de Juan Carlos Temprano, Madrid, 1990 (Historia 16), ils.
- , “La historia del Tohueyo. Narración erótica náhuatl”, en *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra*, edición, paleografía y notas de Miguel León-Portilla, edición e introducción de Ascensión Hernández, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, 352 p., ils., p. 265-301.
- , “El texto sahanguntino sobre los mexicas”, en *Anales de antropología*, introducción, paleografía, traducción, notas y comentarios de Alfredo López Austin, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1985, v. XXII, p. 287-335.
- SÉJOURNÉ, Laurrette, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1984, 220 p. ils. (Lecturas Mexicanas, 30).



———, *Teotihuacan. Capital de los toltecas*, traducción de Guadalupe Sánchez, Siglo XXI, 1994, 292 p., ils.

———, “Tula, la supuesta capital de los toltecas”, *Cuadernos Americanos*, México, v. LXXXIII, n. 1, enero-febrero de 1953, p. 153-169.

———, *El universo de Quetzalcóatl*, prefacio de Mircea Eliade, traducción de Arnaldo Orfila, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, x + 206 p., ils.

SELER, Eduard, *Comentarios al Códice Borgia*, 2 v., traducción de Mariana Frenk, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

———, “¿Dónde se encontraba Aztlan, la patria [original] de los aztecas?”, en *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, recopilación de Jesús Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila y Emma Pérez-Rocha, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, 522 p., ils, p. 309-330.

———, “The End of the Toltec Period”, en *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*, Eduard Selser, 2a. edición, VI v., edición de J. Eric S. Thompson y Francis B. Richardson, traducción de Charles P. Bowditch y J. Eric S. Thompson, Culver City, Labyrinthos, 1996, ils., v. IV, p. 109-111.

———, “The Principal Myth of the Mexican Tribes and the Culture Heroes of Tollan”, en *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*, Eduard Selser, 2a. edición, VI v., edición de J. Eric S. Thompson y Francis B. Richardson, traducción de Charles P. Bowditch y J. Eric S. Thompson, Culver City, Labyrinthos, 1996, ils., v. IV, p. 59-92.

———, “On the toltec question”, en *Collected works in mesoamerican linguistics and archaeology*, Eduard Selser, 2a. edición, VI v., edición de J. Eric S. Thompson y Francis B. Richardson, traducción de Charles P. Bowditch y J. Eric S. Thompson, Culver City, Labyrinthos, 1996, ils., v. IV, p. 103-108.

SEPÚLVEDA Y HERRERA, María Teresa, “Eduard Georg Selser”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. III, p. 436-446.

SMITH, Michael E., “Comments on the Historicity of Topiltzin Quetzalcóatl, Tollan, and the Toltecs”, *Nahua Newsletter*, n. 37, p. 31-36.

———, “La fundación de las capitales de las ciudades-estado aztecas. La recreación ideológica de Tollan”, en *Nuevas ciudades, nuevas patrias*.



- Fundación y recolocación de ciudades en Mesoamérica y el Mediterráneo antiguo*, María Josefa Iglesias Ponce de León, Rogelio Valencia Rivera y Andrés Ciudad Ruiz, Madrid, Universidad Complutense/Sociedad Española de Estudios Mayas, 2006, ils. (Publicaciones de la Sociedad Española de Estudios Mayas, 8), p. 257-290.
- STENZEL, Werner, *Quetzalcóatl de Tula. Mitogénesis de una leyenda Postcortesiana*, traducción de Georg Gartz, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, Facultad de Filosofía y Letras, 1991, VIII + 118 p. (Cuadernos del Unicornio, 13).
- STERPONE, Osvaldo José, “La quimera de Tula”, *Revista de Antropología Americana*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2005, n. 37, p. 141-204.
- , *Tollan a 65 años de Jorge Acosta*, México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007, 64 p., ils. (Patrimonio Cultural Hidalguense, 6).
- SODI M., Demetrio, “Consideraciones sobre el origen de la *toltecáyotl*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1962, v. III, p. 55-73.
- TORQUEMADA, Juan de, *Monarquía indiana, de los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la mesma tierra firme*, 7 v., edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983 (Cronista e Historiadores de Indias, 5).
- TORRE VILLAR, Ernesto de la, “Wigberto Jiménez Moreno, 1909-1985 y su bibliografía antropológica e histórica”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. XXXV, n. 2, 1985, p. 309-333.
- TRABULSE, Elías, “Prólogo”, en *Sermón panegírico de la gloriosa aparición de nuestra señora de Guadalupe*, Joseph Ignacio Heredia y Sarmiento, edición facsimilar, presentación de Julio Gutiérrez, prólogo de Elías Trabulse, México, Sociedad Mexicana de Bibliófilos, 2002, XVIII + 156 p., ils., p. III-XI.
- VAILLANT, George C., *La civilización azteca. Origen, grandeza y decadencia*, traducción de Samuel Vasconcelos, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 316 p., ils.



VEGA VILLALOBOS, María Elena, “El funcionamiento de la escritura jeroglífica náhuatl, la propuesta de Alfonso La Cadena”, *Saberes. Revista de historia de las ciencias y las humanidades*, v. 2, n. 6, México, julio-diciembre 2019, p. 7-31. <http://www.saberesrevista.org/ojs/index.php/saberes/issue/view/6>

VEYTIA, Mariano, “Discurso preliminar de la *Historia general de la Nueva España*”, en “La conciencia histórica en el siglo XVIII novohispano a través de la obra sobre el México antiguo de Mariano Veitia”, Tania Ortiz Galicia, tesis de maestría en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Maestría y Doctorado en Historia, 2014, p. 307-351.

_____, *Historia antigua de México*, 2 v., México, Editorial del Valle de México, 1979.

VICO, Giambatista, *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, introducción de Max H. Fisch, traducción y prólogo de José Carner, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, 312 p. (Conmemorativa 70 Aniversario, 44).

ZAPATA PERAZA, Renée Lorelei, “Désiré Charnay”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. I, p. 567-587.

ZAPETT TAPIA, Adriana, “Paul Kirchhoff”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas 9, 10, 11), v. II, p. 352-360.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
LUCES Y SOMBRAS DEL PASADO TOLTECA EN EL SIGLO XVIII	
Preámbulo, siglos XVI-XVII	21
Lorenzo Boturini Benaduci (1698-1755)	26
Mariano Fernández de Echeverría y Veitia (1718-1780) ..	32
José Francisco Granados y Gálvez (1743-1794)	39
Francisco Javier Clavigero (1731-1787)	42
José Antonio Heredia y Sarmiento (¿1773?-1809)	47
Para cerrar	49
TULA DEL SIGLO XIX AL XX, ERUDICIÓN, NACIONALISMO	
Y ANTROPOLOGÍA	51
Preámbulo	51
Manuel Orozco y Berra (1816-1881)	53
Alfredo Chavero (1841-1906)	57
David G. Brinton (1837-1899)	62
Eduard Seler (1849-1922)	64
Désiré Charnay (1828-1915)	67
Walter Krickeberg (1885-1962)	70
Para cerrar	74
REPLANTEAMIENTO Y PERSISTENCIA DE LA CUESTIÓN	
TOLTECA	77
Preámbulo	77
Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985)	80
Jorge R. Acosta (ca. 1904-1975)	84
Hugo Moedano Köer (19??-1955)	87
Enrique Juan Palacios (1881-1953)	89
Laurette Séjourné (1911-2003)	91



Paul Kirchhoff (1900-1972)	94
César Augusto Sáenz Vargas (1916-1998)	97
Henry B. Nicholson (1925-2007)	98
Román Piña Chan (1920-2001)	100
Para cerrar	103
EL SIGNIFICADO CULTURAL DE TULA Y EL ETERNO	
RETORNO DEL MITO	105
Preámbulo	105
Miguel León-Portilla (1926-2019)	106
Nigel Davies (1920-2004)	110
Alfredo López Austin (1938-2021)	113
David Carrasco (1944-)	117
Michel Graulich (1944-2015)	118
Guadalupe Mastache 1942-2004 y Robert H. Cobean (1948-)	122
Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1964-) . .	126
PARA TERMINAR	131
OBRAS CONSULTADAS	137

UNO DE LOS PROBLEMAS QUE MÁS DESPIERTA el interés de estudiosos del pasado indígena en México es la cuestión de Tula y los toltecas. El presente trabajo aborda este tema desde la perspectiva de la historia de la historiografía. Con tal propósito se establece y analiza una muestra representativa y significativa de las diversas formas de acercarse al problema tolteca a lo largo de cuatro siglos. En una aproximación a las diferentes corrientes de interpretación y a varios autores seleccionados, se han planteado tres preguntas básicas: ¿cómo se concibe la naturaleza de las fuentes e historiografía de tradición indígena y el valor de su contenido para el conocimiento del pasado indígena?, ¿qué es Tula para los diferentes autores? y ¿qué relación existe entre el pasado tolteca y los mexicas? Estos cuestionamientos dirigen la pesquisa.

Miguel Pastrana Flores es un historiador formado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es especialista en la historia y cultura de los pueblos de habla náhuatl. Sus líneas de investigación son la historiografía de tradición indígena y las instituciones religiosas y políticas de tradición mesoamericana. Entre sus trabajos publicados destacan *Historias de la Conquista* (2023) y *Entre los hombres y los dioses. Acercamiento al sacerdocio de calpulli entre los antiguos nahuas* (2008).

Portada: Tollan en *Historia tolteca-chichimeca*, Bibliothèque Nationale de France, Fonds Mexicain 46-58, f. 16 v.



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

historicas.unam.mx

